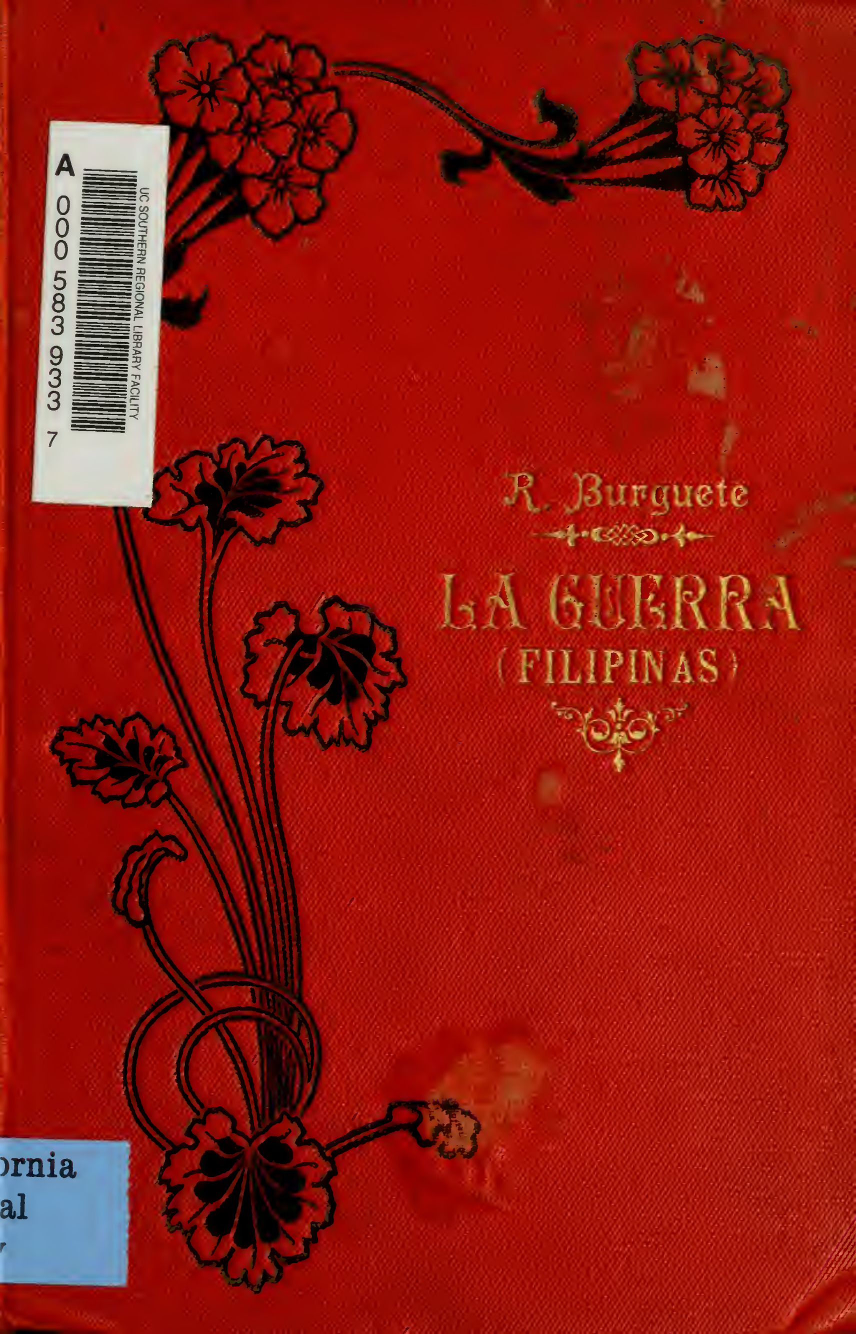

R. Burguete
LA GUERRA
(FILIPINAS)

¡LA GUERRA!

A Sus Altezas Reales los Serenísimos Infantes de España Don Alfonso y Don Luis de Orleáns y Borbón.

EL AUTOR

¡LA GUERRA!

FILIPINAS

(MEMORIAS DE UN HERIDO)

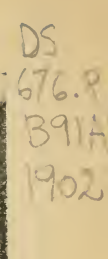
por

RICARDO BURGUETE

del Ejército Español



BARCELONA
Casa Editorial Maucci, Mallorca, 226 y 228
BUENOS AYRES || MÉXICO
Maucci Herms. Cuyo 1070 || Maucci Herms. 1.ª Relox 1
1902





I

Al pasear aquella mañana sobre cubierta alcancé á ver en la lejanía el manchón que sobre la superficie tersa del mar señalaba, por nuestra banda de estribor, las islas Baleares.

Navegaba á la sazón el «Alfonso XIII» sobre un Mediterráneo dormido y terso, al cual no estremecía el más leve soplo. A nuestra altura no llegaba el beso de brisa de las costas ni el suspiro bienhechor arrancado á los golfos, en sus discretos rincones, por la audaz y laminera caricia de las aguas.

Extendía el firmamento su limpidez azulada bajo un sol esplendoroso, y servíale de reverbero la dilatada extensión de aquel mar que dormía, al presente, sus veleidades tormentosas y sus borrascas de Otelo levantino en el enlazado trío de sus tres sultanas: Francia á la cabecera, España é Italia pegadas celosamente á sus costados.

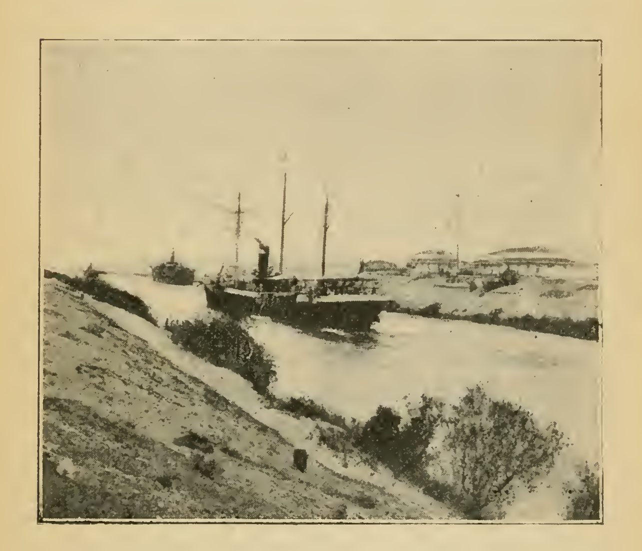
Sobre sí, guarda aquel celoso, enlazando, en aquellos días, con dulce y cariñoso abrazo, las islas favoritas de su serrallo: las Baleares, Córcega, Cerdeña, Sicilia, Candía y más á los pies Chipre, que mal avenida con los usos y costumbres de sus compañeras, duerme en un rincón su somnolencia oriental.

Navegando en derechura del canal de Suez, sólo alcanzamos á divisar las costas de Córcega y de Sicilia, á menos distancia la segunda que la primera. Pero á las dos tan lejos las llevó de nuestros ojos la honestidad y el recato, que de Sicilia sólo pudimos divisar la preñez de sus montes, cuya enorme panza destacaba en el firmamento la silueta prominente del Etna.

Bandadas de gaviotas vinieron con interesada cortesía á saludarnos al avecinar las costas y, después de cruzar el barco de uno á otro costado con curiosidad indiscreta, iban á desaparecer con raudos y sucesivos chapuzones en las aguas, allá lejos... en los confines del horizonte, donde las velas latinas de las innumerables lanchas pescadoras semejaban correc

ta fila de blancos avechuchos graves é inmóviles á nuestro paso, y absortos con la serenidad absorta y contagiosa del mar y del firmamento.

Caminábamos con un andar de catorce millas por



hora en demanda de Port Said para ganar el canal; primera etapa de nuestra ruta á Filipinas.

No era posible distraer la vista en las lejanías de la costa, cuya enorme distancia ante nosotros comía el sonido, el color y la forma.

La superficie uniforme y lisa de las aguas man-

chóse dos ó tres veces con las parduscas velas de algún lanchón que la pesca aventuraba á milla ó milla y media de nuestra altura.

Su presencia bastaba para apiñar por largo rato el pasaje á una de las bandas.

Era un recurso de momento para matar el tedio que comenzaba á nacer en las apacibles horas de aquella travesía, y al que acrecentaba la enorme muchedumbre del pasaje.

El vapor, con ser uno de los más capaces de nuestra Trasatlántica, llevaba abarrotadas las cámaras de primera y segunda.

En todos los camarotes, para dar cabida á los innumerables pasajeros, se habían improvisado literas y de tal modo, en combinación con la puerta, robaban el espacio que les daba acceso, que era preciso llevar riguroso turno para descolgarse ó subir á aquellos estantes con honores de lecho.

Tan ceremoniosas fueron las relaciones con el mío y con tan ruin mezquindad se opuso á mi desenvoltura, que muy pronto dejé su incómodo servicio que además me imponía de antemano reverentes antesalas y decidí acomodarme, para pasar las noches de la navegación, sobre uno de los bancos de cubierta. Ejemplo que tuvo imitadores en el resto de los viajeros, y muy en breve el buen humor nos dió un calificativo que el aburrimiento del pasaje acogió so-

lazadamente y llevó de boca en boca: desde entonces fuimos los *golfos* de á bordo.

Terciada la manta en uno de los hombros, y llevando en el brazo una almohada, nuestra aparición nocturna ante las tertulias de cubierta era acogida siempre con las mismas frases:

—¡Ya suben los golfos!

Acabé por encontrar justísimo el calificativo de nuestra bohemia nocharniega, y entre las chirigotas de las tertulias que encontraba en el tránsito, iba invariablemente á engolfarme con mis mantas en un banco de listones que, á cambio de soportar sus asperezas, daba á mis miembros libre espacio para desenvolverse en toda suerte de extravagantes posturas.

Sobre aquella cama improvisada en la cubierta, al pie del puente del oficial de derrota, lugar sólo accesible á los generales que componían la expedición, pasé las primeras noches de la travesía.

Noches melancólicas y suaves en que, abandonado el cuerpo á la pereza y á la laxitud del día, falta la imaginación de impresiones cotidianas, revela el pensamiento los recuerdos almacenados en la obscura cámara del olvido.

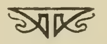
El numeroso pasaje velaba en diversos corros entre las once y las doce, hora en que empezaba el desfile del corro más nutrido: aquel que reclutaba en sus filas todo el elemento femenino que, por su ex-

iguo número, había sentido, desde la primera noche la necesidad instintiva de agruparse.

Hasta mi yacente observatorio llegaban en ocasión las alegres carcajadas de las contertulias y el murmullo del narrador que, al enmudecer de súbito, arrancaba explosiones de alegría.

Adormecidos los sentidos en los recuerdos del pasado ó en la trepidación cadenciosa de la hélice, abría los ojos, y á la luz de las escasas bombillas eléctricas, veía agitarse las rizosas cabezas femeninas que ahogaban en los pañuelos las risotadas ruidosas que iban á morir entre encajes y batistas, con rumor semejante al blando chasquear de las aguas en los costados del buque.

Las noches extendían el firmamento tejido de sombras, y en su fondo escintilaban las innumerables estrellas con discretos parpadeos y guiños inteligentes. Testigos mudos de los amores de aquel mar que, aun en su pereza somnolienta, abrazado á sus islas favoritas, besaba insaciablemente los cuerpos enlazados de sus tres sultanas: Francia al Norte, España é Italia acostadas celosamente á sus costados.





II

Era el baldeo el principal enemigo de los golfos.

Apenas apuntaba la aurora como estrecha cinta metálica por Oriente, cuando la tripulación de servicio dábase de mano y de escoba á barrer con furia sin límites, y entre rabiosos chorros de agua, todos los rincones de cubierta. Ni un solo escondrijo escapaba á la investigación meticulosa del agua ó de la escoba.

Preciso era despertar en medio de las dulzuras de

un sueño firme, y dirigirse, con inseguro paso de noctámbulo, en busca del saloncillo inmediato. Allí volvíase á reanudar el sueño en medio de las voces y de la infernal frotación de los baldeadores. Y tras breve espacio de tiempo, el necesario para que el carmín asomara en la faz sonriente de la aurora, despertaba á todos bruscamente la campanilla anunciando la primera misa del alba. Recogíamos los improvisados petates y con los párpados mortecinos y cargados de sueño, que pronto se encargaban de despavesar las frescas emanaciones de la madera saturada de humedad, y las punzantes y acres brisas matutinas, asistíamos á aquella misa que madrugaba más que la devoción del pasaje. Misa de los golfos, á la que el lugar y el momento prestaban misteriosa unción y virginal frescura, en medio del encanto risueño del alba del día, que, entrando á chorros por las entreabiertas ventanas, iluminaba y hacía resaltar de lleno la deslumbradora blancura del alba del sacrificio.

Port-Said asomó á nuestros ojos en un bello amanecer, el quinto de la navegación. Ibamos á entrar en la cabecera del canal de Suez, obra magna, de la que fueron inspiradores el insigne conquistador Albuquerque y Duarte Galván, hasta que en nuestro siglo realizó el pensamiento Lesseps.

Asienta Port-Said junto á la antigua Pelusa. Su aspecto, para el pasajero, es alegre y pintoresco, por-

que contrasta notablemente con las tierras bajas y areniscas, en que está enclavada la ciudad.

Entramos en la boca del canal, y tomamos puesto entre la larga fila de buques paralelos al muelle.

No había terminado la maniobra del amarre, cuando atracó á uno de los costados del «vapor» un inmenso lanchón, llevando, entre grandes pilas de hulla, una muchedumbre vocinglera y heterogénea, sucia, desarrapada y multicolor.

Con agilidad pasmosa y rapidez increíble, una avalancha de etiopes, de bereberes, de egipcios, gritando como en feroz abordaje, invadieron la cubierta, abriendo las compuertas de los costados; colocaron los andamiajes y dieron principio á la maniobra del suministro del carbón.

La curiosidad de los pasajeros hizo corro á respetable distancia. Aquella invasión de harapientos que sudaban pringue, y en cuyo feroz semblante las negruras naturales de la piel ó las que el carbón adosaba abiertas por el sudor en costrones resquebrajados, hacían resaltar la blancura de los dientes descubiertos á cada instante, por la mímica infatigable de los rostros y de las lenguas, que para cada frase escupían un raudal de sílabas y de sonidos, amenazaba mancharlo todo; no ya con la huella de la que dejaban muestras á su paso, sino con el simple hedor que de pesado y fuerte no tar-

darían en condensar y convertir sus exhalaciones en roña y grasa.

Me asomé con pulcritud á una de las bordas. En el fondo del lanchón, un morazo, de barba apostólica y de aspecto venerable y patriarcal, dirigía la maniobra. Cada vez que una faena exigía el concurso de muchos, aunábase el esfuerzo de los trabajadores con un canto cadencioso y jadeante que acababa en un grito grave, impulsor del esfuerzo mancomún. La operación de subir y bajar los hombres sobre los tablones inclinados que unían el lanchón, se hacía con gran velocidad, y exigía prodigios de equilibrio.

En medio de un finísimo polvo negro que empezaba á mascarse, aparecían doblados en el fondo de la lancha, y dando de mano á las palas para raer el carbón de los rincones, un enjambre de trabajadores con los más extraños atavíos, y los más diversos aspectos: el jaique, el fez, el turbante, el sombrero, el pañuelo, el zaraguey y sobre todas estas prendas el distintivo común del andrajo.

La jota final de cada sílaba en la algarabía infernal de las frases hacía que éstas se semejaran á injurias; y de tal modo el manoteo de los locuaces interlocutores daba visos de verdad á esta creencia mía, que dos ó tres veces esperé ver acabar el trabajo en medio de una brutal y sangrienta batalla á paletazos.

Entre los bereberes, egipcios y etiopes vi caras europeas, caras nuestras, caras que juraría conocer, y vino á mi imaginación, en tanto me decidía á bajar á tierra, el cuento de los dos aragoneses que viajaban en ocasión semejante:

—Chico, ¿de dónde será ese salvaje que está ahí sacando carbón, y que lleva pañolico á la cabeza?

—Paisano, y de Ricla *pa* servir á Vdes.,—contestó complaciente y risueño el del lanchón, alzando la cabeza por sobre las de un grupo de etiopes.

Tres son los barrios de la cosmopolita ciudad de Port-Said: el Europeo, el Árabe y el Judío; pues el indígena indistintamente habita y se mezcla con ellos.

Fué preciso visitarlos á todo escape en coche, porque á la natural curiosidad, aguijoneaba primero un enjambre de granujas, que hablando un original volapuk y ofreciendo sus servicios de *cicerone,* os cerraban el paso desde que desembarcabais, y segundo porque en la principal avenida del barrio Europeo, convertido en inmenso bazar, no era posible dar con sosiego un paso en las aceras, sin que os saliera á él uno ó más dependientes de cada uno de los establecimientos, obligándoos á examinar sus mercancías.

Se os gritaba en francés, en español, en italiano, en ruso, en turco y se os aullaba al fin si no acce-

díais de buen grato á visitar el colmo de chucherías tan inútiles como costosas, que abarrotaban los establecimientos é inundaban los escaparates, rebosando por las puertas y acabando por herir la vista con un derroche tal de luz y de color, bajo el ardiente sol de mediodía, que inundaba el desierto circunvecino, que á poco firme que tuvierais la cabeza, entraba por los sentidos la borrachera de la feria; pero de una feria de delirio aullada en lenguas incomprensibles, y que exponía objetos sin forma, abrasados en irresistibles y rutilantes llamas.

Entré con varios combarcanos á refugiarme en un café anunciado pomposamente y situado en la planta principal de un vasto edificio.

En el fondo del salón desierto y ceremonioso, varias de cuyas mesas fuímos á ocupar, una orquesta femenina ejecutaba un alegre andante.

Europa entera tenía representación en el estrado de la música. Rubias, trigueñas, morenas, altas, bajas; inglesas, francesas, italianas, españolas, alemanas, rusas: cada una de las naciones vivía en el fondo de los azules, de los negros, de los garzos ojos de sus representantes; y la querida tierruca dejada para siempre al rapto de un huracán de mundana borrasca, vivía en el fondo de los ojos, dentro del marco de aquellas caras pintadas, de aquellos cabellos teñidos á flor de la piel, de aquellas pupilas

que iluminaban los manchones de las ojeras violáceas entre miradas de infinita tristeza y raudales luminosos mojados en lágrimas.

Bebí no se qué. Una mujer lánguida y enfermiza, apoyada en el brazo de una flacucha adolescente, acercóse á recoger propina á las mesas, á tiempo que la orquesta acometía una sonata tan sentimental, tan infinitamente triste, y en la que de tal modo se marcaban los sollozos y los balbuceos doloridos, que á punto estuvo de hacernos caer á todos de bruces y llorar en las mesas.

Huí de allí dispuesto á zafarme de la baraúnda de la calle en el primer coche que topara.

Hice mi primera incursión por el barrio árabe. La granujería del muelle voceaba y proseguía al al pie de los coches, y fué preciso que por dos veces dos *policemen* negros, de majestuoso y estirado continente, la emprendieran á trallazos con el desarrapado séquito.

El barrio Árabe, como el Hebreo, respira miseria por dentro y por fuera. Pero en éste la higiene obligaba á disimular á fuerza de agua, entre cuyo barro se esconden de momento las inmundicias. Próximamente creí atravesar un barrio de nuestros arrabales de Madrid en día de procesión.

Como en éstos, abundaban las tabernas á cada paso y dábanles distinto carácter los turbantes y jaiques de los consumidores que, en mesas también

mugrientas, voceaban animados ó se adormecían solitarios en los rincones fumando sus *nargiléh.*

A las puertas de las casas-tugurios, las comadres de todas edades formaban sus corrillos animados y ociosos, dejando al descubierto los ojos fisgones, y destacándose, entre los velos que cubrían el semblante, el anilloso canuto que oculta por completo la nariz.

La curiosidad por nuestra visita suspendía un punto las conversaciones y obligaba aún á las madres más aseadas á suspender la prolija y sangrienta tarea de escachar piojos en las cabezas de su prole.

Recorrimos varias calles, todas semejantes. En una revuelta alcanzamos á divisar una esbelta mora no exenta de elegancia y gallardía, que recogía coquetonamente sus faldas mostrándonos al descubierto unas piernas finísimas aprisionadas en medias negras, sujetas á la altura de las corvas por sedosas ligas y puntillas, y rematando en los pies que calzaban charolados zapatos bebé.

¡Chipre, la Chipre oriental contagiada por el lujo coquetón de sus compañeras!

Cuando llegamos á visitar la mezquita, larga fila de fieles vueltos á la Meca, saludaban con diversidad de posturas y genuflexiones.

Para entrar en el templo, nos obligaron á calzar unas enormes babuchas de esparto. Subimos la es-

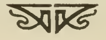
calinata que nos dió acceso á la mezquita. Nada tiene ésta de particular. Las paredes son blancas y adornadas con una franja de caprichosos azulejos. Un libro enorme escrito con caracteres árabes, mugriento, roto y apoyado en un facistol, contiene, según nos dijo el guía, versículos del Korán que leían



los fieles. Esto último lo juzgué dudoso, porque los escasos creyentes que en aquellas horas contenía el el templo, más estaban en actitud de roncar el alcoholismo, que de leer el librote. Y uno de ellos acaba de dar pruebas fehacientes, dejando en su jaique y en el suelo una impresión que trascendía y que estaba muy en pugna, en color y en espíritu,

con la impresión garabateada y sabia de los versículos mahometanos.

Recorrimos las calles principales. Salimos á los arrabales, y por entre casuchas pintadas de un carmín tan rabioso como el que asomaba á las mejillas de sus moradoras, tristes Mesalinas del hambre y del infortunio, fuímos á dar en los inmensos arenales de las afueras por donde á la razón discurrían manadas de camellos que frotaban con bruscas pataletas sus jorobas en la calcinada arena, ó iban á refrescar en los charcos y en las fuentes sus tiñosas y apolilladas lanas.





III

Dos veces varó el buque al abordar el callejón del canal. Potente paletadas de la hélice nos sacaron del atolladero, después de revolver en su fondo las heces de un finísimo légamo que ennegreció las aguas.

Tiene el canal una anchura de sesenta metros por una profundidad de ocho con cincuenta centímetros.

Encendiéronse en el «Alfonso XIII» los proyec-

tores eléctricos de proa y deslizábase el barco con andar suave y uniforme, en medio de la serenidad de la noche y á lo largo de la ruta que en el canal marcaban las boyas iluminadas con faroles verdes y rojos.

A grandes trechos, y coincidiendo con las estaciones del ferrocarril que por nuestra derecha bordeaba el canal en dirección de Suez, abríanse en ensenadas, y entre las irradiaciones luminosas de potentes focos eléctricos, los apartaderos, estaciones de tránsito y de obligada espera que servían para regular el servicio del canal, accesible para un solo buque.

Acababa de tenderme en el banco de mi preferencia. Un dejo de abrasado *khamsim* subía de los desiertos arenales y hacía bochornosa la calma del espacio, tejido de tinieblas.

Procuré dormir. Aquella visita á Port-Said, que produjo en mis sentidos la impresión vertiginosa de un kaleidoscopio, ahuyentaba el sueño que con esfuerzo inútil trataban de aprisionar mis párpados.

Los diversos corrillos de cubierta cambiaban impresiones del día y destacábase por su locuacidad el de la asamblea femenina.

Entreabriendo los párpados, alcanzaba á ver los rizos y las suaves facciones de las pasajeras, asoleadas y teñidas de carmín por la agitación del día, formando en el claro-obscuro de la luz y la penum-

bra un alegre y movido grupo de cabezas que las bombillas eléctricas inundaban alternativamente, haciendo resaltar destellos de oro, rizos de un negro brillante ó retazos de cutis aterciopelado y suave.

El *khamsim* soplaba cálido, viniendo de las abrasadas arenas, y parecía avivar las diminutas ascuas que chispeaban en el firmamento.

Llevé la imaginación muy lejos y la entretuve en sacar de mi infancia recuerdos de retazos bíblicos.

Por aquellos mismos ardientes arenales que iban á dilatarse hasta los confines de la sombra; bajo el mismo cielo que parecía avivar su lumbre con el soplo de los desiertos; en noches semejantes el pueblo de Israel, bajo la dirección augusta de Moisés, vagó por espacio de largos días y de inacabables noches en busca de la tierra de Promisión.

El hambre y la sed pudo extinguirlas, en aquellas jornadas errantes, la Providencia infinita, puesta al servicio de la varilla mágica del profeta. Lo que no pudo extinguir Moisés fueron los odios de la bestia, los apetitos carnales, las pasiones exaltadas que hicieron presa en los amontonados campamentos en noches de bochorno semejantes á aquella, cuando soplaba el *khamsim* y el estrellado firmamento inhalaba de fuego las tinieblas. Por eso dió el decálogo en sus famosas tablas. Sabia ley cuyos diez preceptos intenté recordar, batallando con la somnolencia que me invadía.

En el pugilato de mi mente, luchando con los primeros deliquios del sueño, creo que fué el sexto el que balbuceé entre dientes. Abrí sobresaltado los párpados. En el corro más numeroso reían solamente las rizosas cabezas, y me dormí dulcemente al arrullo de aquella risa y de la otra discreta é inextinguible que remedaban las aguas al rozar los costados del buque.

Muy entrado el día, avecinamos el límite del canal. Por ambas márgenes extendíanse los arenales mas allá de los confines del horizonte. Míseros camellos y sucios conductores cruzaban los desiertos bajo un sol de fuego, en busca de los lejanos aduares de tejas y de amarillo barro, enclavados en aquellas inmensas y parduscas llanuras que respiraban la esterilidad y la muerte.

De la última estación de tránsito, un grupo de granujas, desnudos y del color del barro asoleado, nos siguió á lo largo del canal gritando desaforadamente y desdoblando para correr, con pataleo de araña, unas piernas y unos brazos de una flaqueza inverosímil.

Suez apareció á nuestros ojos con la frescura de un oasis. Deslumbrante blancura ascendía por las azoteas, por los altos minaretes y por las torres del barrio árabe. Contrastaba todo el derroche de cal con la severidad coquetona de los *chalets* y edificios europeos que, entre anillos de parterres y vistosas

plazoletas de multicolores jardines, daban asiento á diminutos bosques de acacias y de higueras salvajes. Salpicaban la ciudad por todos sus costados laberintos de airosas y gallardas palmeras, cuyos troncos se entrelazaban caprichosamente, formando sus copas desmayados ramilletes en los que amarilleaba el fruto.

Coincidiendo con nuestra llegada, perdíase á lo lejos el ferrocarril del Cairo (Maweel Kahirah), que humeaba en la vasta llanura, espantando á su paso una manada suelta de camellos.

Cerraban por el frente las peladas estribaciones de la cordillera arábiga que iba á mojar sus arideces calcáreas y el cuarzo de sus rocas en el mar Rojo.

El cruce de este mar se hizo pesadísimo en medio de la serenidad ambiente de la navegación. En un principio la curiosidad evocó los sagrados recuerdos del pasaje bíblico: las aguas, apartándose para dejar paso enjuto á los hijos de Israel. Pero á medida que las costas fueron esfumándose lejanas, y tras la distancia lleváronse los montes la silueta evocadora del Sinaí, perdió la leyenda interés y volvió á quedar sumida en las lejanías del olvido, sin que accidente alguno volviera á evocarla en la insipidez de aquellos días sin costas y sin etapas. El sol recorría á diario la suya con la inquebrantable uniformidad de su majestuosa indiferencia. Acostába-

se en Africa entre celajes de fuego para alzarse á diario arrebolado y risueño entre blanquecinas nubes de encajes, sobre las costas asiáticas: cuna inmortal y siempre llena del género humano.

La isla de Peris obstruye en parte, al final del mar Rojo, la entrada en el golfo de Aden y le da acceso á lo largo de un estrecho canal.

Duerme Aden al amparo de una rocosa cordillera, y en el semáforo situado en una de sus estribaciones ondea la bandera británica. La población, ascendiendo en gradería desde los bordes del mar, no ofrece nada de notable, fuera de los enormes aljibes que atesoran el agua para las grandes sequías, y la línea rojiza de cuarteles situados en la parte alta de la población y ocultos ó medio resguardados por obras de fortificación, que se delatan en el color de sus tierras removidas.

En medio de la bahía, bastante extensa, asoman á flor de agua los restos de un buque náufrago. Próximos á él anclamos, y apenas terminó la maniobra, rodeó al buque una flota de piraguas navegadas por adolescentes salvajes semidesnudos y de diversas cataduras,

—¡Eh! ¡ehoé! *¡A la maire! ¡á la maire!*

Sobre cubierta subieron algunos con pieles de tigre y diversas mercancías.

Abundaban entre ellos los abisinios, y en su ma-

yoría eran negros, ágiles y esbeltos, de complexión menos atlética que los de las costas occidentales.

El pelo *pasa* y color de oro viejo, de un tono tan nuevo, que maravilló á las pasajeras, lo obtienen, según supe, adosándose á la cabeza por varios días un emplasto de cal viva. En los que podían contarlo, la metamorfosis era perdurable, y el orgullo de los poseedores de aquellas rojizas lanas que, á su juicio, les asemejaban á las *misses* inglesas (y al nuestro á los monos) no reconocía límites. Se les hizo bailar, y al compás de un cadencioso palmoteo, bailotearon con pequeños saltos que remataron en volteretas, ni más ni menos que los *chimpancés*, que por nuestras calles pasean los bohemios.

Al pie del barco una gritería feroz, acompañada de un continuo chascar del agua, con las paletas-remos, servía para llamar sobre sí la atención de las piraguas.

—¡Eh! ¡ehoé! ¡*A la maire*! ¡*á la maire*!

—¡Peseta á la maire!

La diversión era idéntica á la de nuestras costas. Se arrojaban unas monedas de plata y los negritos iban en su busca.

Esta distracción llamó buen espacio de tiempo la atención del pasaje, y la curiosidad del sexo femenino, que, olvidando el pudor, no perdía la ocasión de solazarse, echando en discreto olvido las desnudeces de aquellos negros—algunos talludos—que entre

alegres carcajadas, que iban á terminar en feroz castañeteo de dientes, repetían:

—¡Eh! ¡peseta *á la maire! ¡á la maire!*

Por un momento quedó interrumpida la apuesta de los nadadores. Cayó un peseta al agua y nadie se aventuró á recogerla.

Los negritos miraban recelosos el fondo del mar, á cuya superficie subieron rugosas ondas.

No se hizo esperar la explicación del recelo; un enorme tiburón revolvió el lomo con vigoroso salto, y á poco hizo zozobrar una de las canoas.

Como explicación señalaron todos á un negrito que, inmóvil en el fondo de una lancha, mostraba el muñón de una pierna atarazada tiempo antes y en una ocasión análoga.

Confusa gritería, y el chocar de todos los remos en el agua, precedió por breve espacio antes que volvieran de nuevo los de las piraguas á lanzarse á su *sport.*

Cuando abandonamos Aden para buscar la altura del cabo de Guardafuí, veía alejarse y perderse en lontananza las abruptas y resecas costas de *fonolita,* roca eruptiva, terciaria, rebelde á toda vegetación, bañadas en su aridez con reflejos llameantes, por los rayos de un sol que no tardaría en trasponerse.

La lluvia benéfica negábase con obstinación á aquellas tierras y en ellas se contaban por lustros las horribles sequías.

Acudió á mi imaginación el cuento que llevó la sed al colmo de la necesidad, y la galantería francesa al colmo del recurso:

En una de las grandes sequías, habitaba en Aden un matrimonio inglés. El cónsul de Francia, recientemente nombrado, llevó de su país una visita para el matrimonio, y después de ceremoniales ofrecimientos, quedó invitado para probar á las pocas noches un exquisito té de caravana.

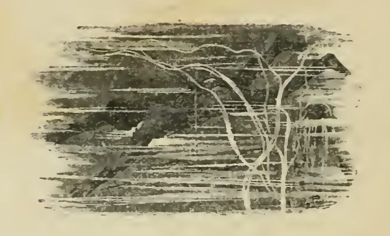
La inglesa no podía prescindir de sus baños cotidianos, y como la escasez del agua era tanta, aprovechábase la del baño para los usos domésticos del día. La noche de la invitación, sin previo aviso á la doncella y agotada el agua correspondiente, aquélla fué á recogerla para el té del depósito habitual.

Juzgue el lector el asombro de la inglesa (ésta era rubia) cuando al revolver el cónsul el té en una finísima porcelana de China, retiró entre sus dedos, de la cucharilla, un pelo finísimo y retorcido color oro viejo...

—¿Qué es?—preguntó la inglesa. Y á los reflejos de aquel hilito rizado, subió el sofoco á las mejillas de la dama tan súbito como la explicación á su buen sentido.

—Nada, señora,—repuso imperturbable el diplomático. Un pelo de camella que trajo vuestro té de caravana.

El «Alfonso XIII» entraba al caer de la tarde en pleno dominio del mar Índico, navegando en demanda de Colombo.





IV

La isla de Socotora, primero, y las Maldivas después, distrajeron momentáneamente la atención del pasaje en las monótonas singladuras de travesía que separan Aden de Colombo.

El calor y el aburrimiento prolongaron las tertulias de las noches, pero á la animación del principio sucedió una languidez y una avaricia de frases tal, que hacía de los corros agrupación de noctám-

bulos que se revolvían en las *perezosas* con indolentes posturas.

No eran los días más divertidos. Excepción hecha del grupo obstinado y numeroso de los jugadores, el resto de las gentes paseaba, codeando, la impaciencia sobre cubierta, leía ó dormitaba ó agrupábase después de las comidas para disputar.

Comenzaron las prevenciones y las antipatías y éstas incubaron los odios. Odios enconados, feroces: odios salinos que tienen la rara virtud de evaporarse al saltar á tierra como salpicaduras de agua.

Sorprendí disputas en los rincones; miradas de odio cruzadas en el comedor, en los pasillos y hasta en las dulzuras del sexo débil; de noche, en el gran corro, creí notar síntomas de pasión idéntica en risitas impertinentes, en reticencias agudas y en sonsonetes que subrayaban la intención de las frases.

El «Alfonso XIII» sereno y majestuoso, hendía las aguas con rumor blando y daba al viento su penacho de humo, que á borbotones cantaba en la alta chimenea la rítmica canción que por la popa entonaba la hélice entre hirvientes espumas.

En un amanecer purpúreo y diáfano alcanzamos á divisar el opaco costrón de Punta de Gales. Entre diez y once de la mañana fondeó el buque en el puerto de Colombo.

Colombo es el principal puerto de la *Singhala* de

los indios, Trapobana de los antiguos y Ceilán de los modernos.

Un sexto de milla escaso distábamos del muelle y á él se nos permitió abordar después de la visita ritual de la Sanidad.

Los remeros malabares que nos condujeron en la lancha al embarcadero eran dos fornidos mocetones de obscuro y barbudo semblante, cuyos varoniles rasgos contrastaban con sus cabelleras recogidas en rodete al rededor de la cabeza, y adornada ésta con peinetas de concha. Cabellos y peinetas hacían juego con las largas faldas con que cubrían las piernas. Pero las barbas y la varonil estructura de sus vigorosos cuerpos formaban feroz despropósito con los adornos femeninos.

Después de almorzar en el hotel más inmediato al puerto, decidí con varios compañeros recorrer la población.

Varios vehículos nos salieron al paso para facilitar nuestro deseo. Elegimos uno arrastrado por caballos de poca más alzada que perrcs. Y á el subimos, después de abrirnos trabajosamente paso entre los innumerables cochecitos de un solo asiento, arrastrados por indios trotones. Todas las diversas castas de la India tienen representación en aquel oficio duro é inhumano: el vedda, el singalés, el malayo y el indio con su diversidad de trajes y de aspectos;

todos servíanse ordinariamente de un cinchuelo de correas para arrastrar el coche.

Atravesamos las principales calles del barrio Europeo, por cuyas rectas alineaciones se destacaban á uno y otro costado suntuosos edificios y lujosos bazares, separados entre sí por jardines de una frondosidad y belleza paradisíaca.

Las afueras de la población son de maravillosa y espléndida hermosura. Hileras de plátanos, de cocoteros, de naranjos y guayabos formaban la plana menor, la talla mediana de aquella vegetación exuberante en la que se destacan los bosques de gallardas palmeras, de frondosos ébanos, de incorruptibles teks (árbol del hierro), de lechosos sándalos, de purpurinos agaleches y de gigantescos bambúes.

Surge la descomunal flora de entre un mar de tupida y multicolor hojarasca. Deliciosos chalets ó míseras chozas dejábamos á ambos lados del camino; y el que á la sazón seguíamos estaba á aquellas horas concurridísimo por innumerables cochecitos portadores de correctos ingleses ó de irreprochables inglesitas que, con indiferente mirada, cruzaban por entre las hileras de indios y de indias de bronceada piel y de esbelto cuerpo, que al volver de su trabajo sorteaban ceremoniosamente los coches amparándose en ambas cunetas del camino. Por uno hondo que bordeaba un lago cuajado de nenúfares y lotos bajo una bóveda de ramas y de hojas entre-

lazadas, fuimos á dar en la Pagoda. Vasto edificio reedificado sobre unas ruínas y en cuyas inmediaciones yacen esparcidos por el suelo fragmentos de gigantescas columnatas.

Prefería las bellezas del exterior á la contemplación de las joyas y tapices que encerraba el recinto de la Pagoda.

Un Budha de porcelana, abotagado y monstruoso, resguardado en un enorme vitrina, mostraba al desnudo un descomunal ombligo que el singalés cicerone nos mostró con religioso y revererente ademán.

Salí del templo ante la pesada explicación del guía que, con palabras afiliadas á todos los idiomas, trataba de explicar algunas sentencias de un enorme libro garabateado en *pali* y titulado «Mahawansó», segun pude entender. Libro que trata de la genealogía de los grandes, escrito seis siglos antes de J-C. y repleto de episodios épicos muy semejantes á los que narró Homero.

Volvimos á desandar camino sin decidir alargarnos por el que conduce al famoso bosque de la canela.

El calor era sofocante y los rayos del sol tropical de las primeras horas de la tarde, filtrándose á través de hojas y ramajes, quemaban con la sensación de estrías de fuego.

De regreso contemplaba á nuestro paso la multi-

tud de diversas razas nacidas sobre aquella tierra fértil y fecundas todas ellas con la fecundidad poderosa del continuo cruce.

Bandas de rapaces seguían pegados á las chillonas faldas de las esculturales indias que daban al descubiertos la piel bronceada de sus esbeltas piernas y ebúrneos brazos, ceñidos con ajorcas y brazaletes de plata.

Los indios, cubierta la cabeza con descomunales multicolores turbantes, marchaban con majestuoso paso, dando al sol sus bronceadas espaldas, desnudos de medio cuerpo arriba.

A medida que nos acercábamos á la población, contemplábamos en nuestra marcha tipos originales ó indefinidos, representantes de una variedad de razas ó de mezclas y procedencias enigmáticas: el malabar, el singalés, el malayo, el indú; y éste con sus múltiples variedades, el *bil*, el *gond*, el *kol*, el *korku*, el *puliah*, el *vedda*. Todas las populosas clasificaciones humanas que hacen de la India el país más poblado del mundo después de China.

Bajo la abrasada caricia del sol de los trópicos en las primeras horas de la tarde; en medio de aquella tierra ardiente preñada de una vegetación lujuriosa, viendo desfilar los variados ejemplares de aquella raza de *indús* pletórica y vigorosa, llegué á pensar á qué extremos de población hubiese llegado aquel pueblo de doscientos cincuenta millones

de habitantes, si sacudiendo su yugo y su miseria hubiera logrado contrarrestar las grandes hambres periódicas y las pestes endémicas que tributaban á la muerte pueblos enteros y seres aislados por centenares de miles.

Los cuatrocientos millones de budhistas reclutaban en el Indostán su mayor contingente.

Recordé el Budha de la vitrina, abotagado y monstruoso, dando al desnudo su descomunal ombligo. Su ombligo simbólico: el nudo que encierra la vida del triste sér parido. El nudo disforme que el pobre singalés señalaba reverente y religioso y de cuya misteriosa encarnación y pureza me habló al salir del templo, con menos elocuencia que la que á mis sentidos mostraba aquella fecunda tierra, preñada de una vegetación lujuriosa y fértil, vivero de todas las semillas.

Cuando volvimos á bordo, multitud de lanchas y toscas piraguas bailoteaban sobre el mar á los costados del buque.

—¡Eh! ¡ehóe! ¡peseta á la maire! ¡á la maire!

La diversión era idéntica que en Aden. Rapaces de toda la diversidad de razas indostánicas mojaban su piel bronceada, su piel amarilla, su piel rojiza, su piel de color de indefinida mezcla, zambulléndose en el mar á chapuzones. Un grupo, el más numeroso, alzábase á ratos y puesto de pie sobre oscilante y larga piragua entonaba un andante de

Folies Bergére, acompañado por el repetido y continuo sonar de los brazos doblados sobre el mojado y desnudo cuerpo, con una agilidad acompasada y una rapidez tal, que más que movimiento de brazos parecían trémulas palpitaciones de ala.

A la caída de la tarde comenzó á desplazar el buque, y con blando movimiento salimos en busca de la boca del puerto. Al cruzar por las inmediaciones de un trasatlántico francés que conducía tropas al Tonkín, el pasaje y la tripulación de ambos expedicionarios prorrumpieron en atronadores vivas, saludándose con gorras y pañuelos. Muy pronto quedó como una diminuta mancha por popa la bocana del puerto y doblamos Punta de Gales.

Del lado de la costa esfumábase en el confuso fondo del crepúsculo, que se extinguía por la banda opuesta, el gigantesco pico de Adán.

Ibamos á entrar en dominio del golfo de Bengala. La campana llamó para comer. Cuando salimos á cubierta habíanse encendido á bordo las luces. El pasaje que había sacudido en tierra odios y asperezas recobraba la charla de los días de buen humor, y cambiábanse impresiones de diversas correrías y con los semblantes alborozados aspirábase con fruición, en medio de la noche serena y tibia, el ambiente salino y saturado de fuertes emanaciones de brea y alquitrán. Las mismas emanaciones que constantemente exhalaban los rincones del bu-

que y que en horas de aburrimiento revolvían la irascibilidad, poniendo los nervios en tensión.

Por aquel entonces me sentaba invariablemente en mi banco con los estudios históricos de Macaulay, y era de todos, el de lord Clive mi más predilecto.

Mirando la red tupida de sombras que inundaban el golfo de Bengala repasaba por mi imaginación todas las hermosas páginas del colosal conquistador de la India: el *bob* infantil atronando á sus padres con sus juegos belicosos; después el triste empleaducho de la compañía inglesa provocando un duelo en circunstancias terribles para dar notoriedad á su apellido. Más adelante sus audaces empresas; su ingreso en el ejército. Y por fin, las dotes militares que en las primeras acciones de guerra fueron nuncio de su excepcional talento y que le abrieron crédito y fama para desenvolver sus facultades y arriscarse con fortuna en la tarea de acabar con todo el poderío francés de Pondichery y conquistar la India.

De la talla de Hernán Cortés y de Pizarro, lord Clive dió á su patria un continente inmenso, y cuando viejo y achacoso reposaba sus quebrantos entre lauros y glorias, la más negra ingratitud alzó la opinión en contra suya y tuvo la horrible suerte de acabar sus días odiado de su pueblo, que luego, arrepentido, trata de enmendar la injusta obra cuando ya la muerte, más piadosa que los hombres, había

recogido en su seno los despojos del héroe. ¡Mísera inconstancia humana!

Saltaba la brisa de tierra por la proa y á impulsos de la arrancada vibraban melodiosas las jarcias bajo el capuz de las sombras. El pasaje, contrastando con los pasados días, charlaba alborozado y contento, amenazando no levantar la velada hasta muy tarde.

Los días y las noches sucediéronse sin incidentes.

Una tarde, muchas horas después de haber perdido de vista el pardusco manchón de las islas Nicobar, un inesperado suceso llenó de emoción y sobresalto á los pasajeros.

El buque fué perdiendo repentinamente la marcha y en breves instantes paró en seco.

Al interrogar el horizonte alguien, desde cubierta, señaló un punto negro sobre la tersa superficie del mar.

—¡Náufragos! ¡náufragos!—La emoción subió de punto y agolpó el pasaje á una de las bandas. Estaba explicada la causa de la parada repentina y cada cual se esforzó en investigar, con ayuda de los gemelos, cuántos eran los supervivientes de aquel horrible siniestro: del eterno drama que en el desierto Océano representa el horrible infortunio de un puñado de seres agarrados crispadamente á un montón de tablones.

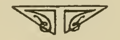
A pesar del desusado movimiento de la tripulación, no vimos poner mano á los botes ni efectuar maniobra alguna preliminar del salvamento.

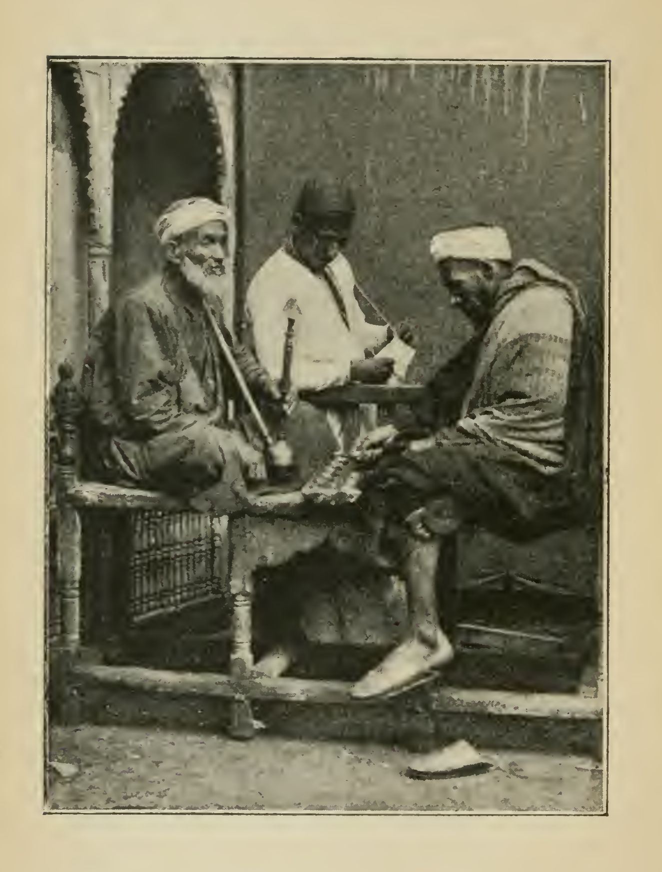
—Pero ¿qué hacen?—preguntaron angustiados los más impacientes.

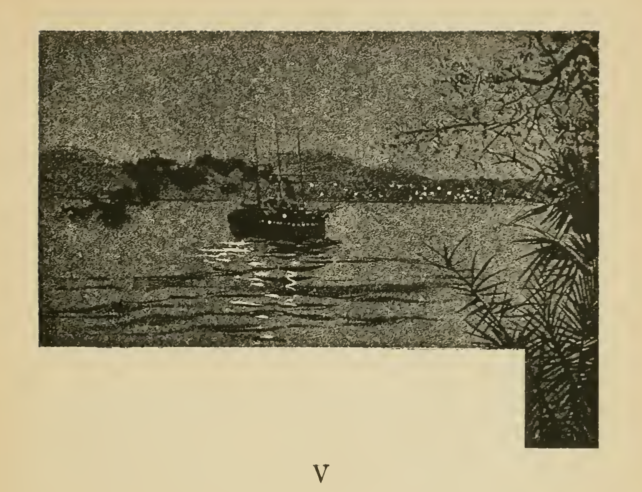
El sobrecargo, picado por nuestra curiosidad, vino á sacarnos de dudas y deshizo risueño nuestra ilusión de momento.

No había tales náufragos. Aquel punto negro era un tejido de madera y broza arrancado á la costa. La fantasía de uno y la sugestión de todos hizo surgir el drama. El buque había parado por el desarreglo de un tornillo en una de las bielas de la máquina.

El calor, sin la brisa de la arrancada, se hacía insoportable bajo un sol que refulgía en las aguas y chorreaba fuego. Gozosos fuímos á refugiarnos bajo los toldos riendo de buen grado nuestra impresionabilidad fantástica.







V

Muy entrada la noche atravesamos el estrecho de Malaca, por su parte angosta. El monte Ofir destacábase opaco en el manchón sepia de la sombra. Al ras del agua encendíase y parpadeaba, con sanguinolenta pupila, el faro rojo de Salangore. A lo largo de la costa y entre las tinieblas, corría desaladamente una luz. Confusamente llegamos á distinguir la luminosa bruma de las luces de Malaca.

Sobre los innumerables arrecifes é islotes de la derecha, multitud de faros parpadeaban á intervalos en la sombra como vigías recelosos que escudriñaran las tinieblas.

Fué preciso, para entrar en Singapoore, aguardar al día, y con él enfilamos el estrecho canal, cubierto de vegetación lozana, que da acceso á la población. Como en todas las posesiones inglesas, abundaban los *chalets* y *villages*, por los alrededores de la población. Y en tan encantadores retiros se alzaban los edificados en ambas márgenes del canal, que no hubiera podido agrupar más bellezas en sus contornos la mágica musa de un cuento de hadas.

No descendí al muelle donde atracó el buque, porque iban á ser muy escasas las horas de estación. Me contenté con ver, desde lejos, los hermosos edificios y los recortados jardines de la ciudad Europea, á cuyas espaldas se dilataba en gran extensión la barriada indígena.

A lo largo del muelle negruzco y sucio, larga hilera de vapores abastecíase de carbón como el nuestro. Resistí la suciedad de la maniobra, y por largo rato estuve contemplando en una de las bordas un enjambre de chinos ruines y amarillentos, que, como miriadas de hormigas, subían incesantemente el carbón en cestos, por las rampas que desde el muelle daban acceso á los buques.

El repugnante aspecto de los trabajadores manchados de amarillo natural y de negro mugre, hacía juego de pobreza con sus holgados y harapientos trajes. Entre el ir y venir incesante de los cestos que chafaban las coletas en las espaldas, elevábase una

charla nasal y plañidera que trascendía á lamento y sonaba á queja, é iba á mezclarse, allá á lo lejos, en los confines del muelle, con el quejido de las resquebrajadas maderas de los barcos, al rozar en los bloques de las apartaderas. Un grupo de cipayos de arrogante presencia atravesó el muelle y subió á la cubierta de un enorme y panzudo vapor inglés.

El comercio de todas las naciones fuertes de Europa tenía numerosa representación en aquel vasto puerto comercial, y por unas horas nos abríamos nosotros lugar entre asiduos y múltiples pabellones de los pueblos fuertes y emprendedores.

Extramuros de la ciudad, la costa dilátase en pendiente suave por la parte oriental. Todo el espacio que alcanzaba á descubrir la vista poblábanlo inmensos y feroces bosques, que iban á perderse en los confines del norte. En el fondo de estas espesas y descomunales selvas, vivían los birmanos y las tribus bravías del interior, que cuando se cansaban de dar caza á las bestias carniceras que infestaban los montes y los llanos, salían á realizar sangrientas correrías, que los ingleses dominadores castigaban con mano dura é implacable.

A media tarde abandonamos el puerto, para buscar salida al mar de la China. Pasó el «Alfonso XIII» muy cerca de la escuadra Rusa, á tiempo que ésta saludaba á la plaza con su potentes cañones.

Volví la vista al lejano muelle. Sobre las innumerables arboladuras que sembraban el puerto, repetíanse en abundancia, flotando al viento, las banderas de todas las naciones de Europa. La nuestra plegada en popa y en su solitaria humildad, abandonada de momento por la brisa, tardó poco en arriarse. Cayó sobre cubierta al plegarla, y palpitó con aleteo de pájaro moribundo. Tristemente se asoció á mi pensamiento el recuerdo de la patria desangrada en Cuba, y que acababa de recibir nueva herida en el costado de sus Indias orientales. Todo el siglo de nuestro despedazamiento interior y colonial se evocó en mi mente. La grandeza británica me recordó durante todo el viaje nuestra pasada grandeza; y el esplendor y el poderío comercial de todas las naciones exageró la miseria y el enflaquecimiento nuestro. Por aquellos mares, como por todos, pasearon las tajantes espadas de nuestros inmortales conquistadores, y en cada uno de los viajes cortaron para la madre patria trozos de extensos y sazonados reinos. Pero la labor de la conquista abandonábase al simple esfuerzo de las armas, y de ella vivía apartada y recelosa la industria y el comercio de nuestros hermanos. Ningún capital se aventuraba en las Indias; bastante era con llevar á ella la sangre de los aventureros menesterosos, y éstos llegaron á ser tantos como la codicia

y el hambre hizo surgir del yermo y abandonado suelo patrio.

No tardó en hacerse sentir la obra de tan funesto sistema: cuando la patria quiso remediar sus males interiores, el territorio de las colonias fertilizadas para la guerra con la abundante sangre de aventureros y conquistadores, sintió el abandono de la metrópoli, y con él, juntamente al vigoroso anuncio del comercio europeo, leyó nuestra pobreza, y ella dió alas á un puñado de hijos, herederos de los aventureros de otra época, para alzarse al grito de Independencia con todo el ardor que en los sedimentos de sus venas pusieron tres siglos de conquistas, violencias y aventuras. Ya era tarde, muy tarde para reconquistar con la labor comercial del progreso á aquellos olvidados territorios; y exhausta con el último esfuerzo de hombres que la nación hizo, perdía España el más vasto imperio colonial del mundo. Entre tanto otros pueblos, con una labor modesta de conquista, bien secundados por el comercio y la industria de sus hermanos, iban adquiriendo extensos mercados; no cambiando sangre por oro, sino economizando ambos productos y dilatando la conquista con la próvida é incansable tarea del trabajo y del común esfuerzo.

En ambas Indias ya sólo nos restaban dos mercados del inmenso dominio colonial, y casi al mismo

tiempo alzábanse en rebeldía los dos. Era preciso hacer un esfuerzo, sujetarlos á la par; y allí irían, en lo sucesivo, barcos y barcos cargados de tropas reclutadas en la miseria, y que con el sentimiento patrio adormecido por las continuas luchas intestinas, apenas si tenían conocimiento del problema comercial de vida ó muerte que iban á resolver.

Perdióse el puerto en la lejanía, y la distancia tragó el color y la forma de los múltiples pabellones extranjeros y de las innumerables arboladuras.

A pocas millas de marcha, la campana del puente anunció buque á la vista, y muy pronto se divulgó la noticia de que el barco que con majestuoso andar se acercaba por la proa, era el «Colón» de la misma compañía, y con el cual hice yo mi viaje al regreso de Cuba.

Movióse la tripulación alborozada. Se prepararon las banderas de saludo, y se subieron los cohetes de señales. El pasaje puesto en pie, vibrante y emocionado, aguardaba el paso de los compatriotas, que iban de vuelta á la querida tierra en donde todos habíamos dejado los seres queridos.

Al fin, después de veintiséis días de navegación, vimos tremolar en otro barco la bandera roja y gualda.

Cruzaron muy cerca los dos buques, entre el ronco saludo de sus potentes sirenas, los estallidos de las bengalas y el flamear de banderas y gallardetes.

La ansiedad y la emoción asomaban á los sem-

blantes de los pasajeros subidos en las sillas. En la cubierta del «Colón», agrupábase una muchedumbre de soldados vestidos de rayadillo que saludaban agitando sus sombreros de paja.

Un ronco gemido de sirena hendió los aires, y fué seguido de un debil y trémulo ¡viva España! venido á lo largo de las aguas. La explosión estalló delirante en el «Alfonso XIII»; y entre vivas que pugnaban con sollozos, una entusiasta salva de aplausos saludó á los enfermos, á los heridos y á los inválidos, que la guerra devolvía al regazo de la patria y de la madre cariñosa.

Esfumado el «Colón» en el horizonte entre la nube de humo que dejaba á su paso, arrióse la bandera, que, después de tremolar con agotado esfuerzo, cayó sobre cubierta con palpitante aleteo de pájaro moribundo.

La travesía por el mar de la China, en los días sucesivos, fué durísima, y sus crudezas mantuvieron á la mayoría del pasaje encerrado en los camarotes.

A la puesta del sol, del cuarto día, se alcanzaron las costas de Luzón, y fué la elevada cordillera de Mariveles la primera tierra que se divisó del archipiélago magallánico.

El mar retiró aparentemente de su superficie la borrascosa actitud; pero guardando sus rencores en lo más íntimo, los dejaba sentir á ratos con lo que los marinos llaman «mar de fondo».

La alegría de ver costa, y de tocar el término del viaje, hizo valientes aun á los más inseguros. Y poco á poco las caras, de un verde alga, empezaron á invadir la cubierta.

Trasponíase el sol por proa, entre carmines y matices rojos de color dulcísimo, cuando atravesábamos el único canal viable que con Luzón forma para entrar en la bahia de Manila, la pequeña isla del Corregidor.

Dejamos á la izquierda el puerto de Mariveles, y doblando un promontorio de rocas, entramos de lleno en la dilatada bahía, cuya extensión le hace asemejarse á un golfo.

Por la banda de babor, extiéndese hasta más allá de los confines del horizonte visible, la profunda ensenada de Bulacán y la Pampanga. Por estribor la cordillera del Sungay descendía en suaves pendientes hasta la lejana y recortada costa. En ella están Bacoor, Cavite, Imus, Noveleta: el teatro de las últimas acciones, que, según noticias, estaba en poder de los insurretos.

En el fondo y por la proa, se distinguía una línea confusa de montes y de costas.

Cuando salvamos el espacio que nos separaba del fondeadero, la noche había cerrado por completo. Y dando vista á Manila, cuyas diminutas luces chispeaban en una enorme extensión como disperso y mortecino rescoldo, paró el «Alfonso XIII» la marcha, y quedamos á la socapa aguardando el día.



VI

Fuí á alojarme en el hotel de Oriente, situado en Tondo, nombre primitivo de Manila, y hoy de uno de los arrabales más extensos de la ciudad.

Diéronme habitación espaciosa en la planta baja y en el fondo de un largo y anchuroso pasillo, pavimentado con ricas y suntuosas maderas.

La cama, que ocupaba el centro de la habitación, en cuyo anchuroso espacio holgaban los muebles, desaparecía bajo un doble y tupido mosquitero.

Me llamó desde luego extraordinariamente la atención una tercera almohoda, que á lo largo del

lecho ocupaba el lugar de un cuerpo. A mis preguntas replicó el *bata* (criado indio), que era para dormir abrazado á ella. ¡Extraño uso y raro capricho!

Sacudiendo la indolencia del viaje y con actividan impaciente, cambié de ropas y salí á la calle decidido á hacer mis presentaciones oficiales en aquel mismo día.

Seguí á lo largo de anchurosa plaza en que estaba situado el hotel, buscando en la acera de la sombra amparo á la abrasada caricia del sol que, sobre un cielo de azul purísimo, caldeaba el ambiente luminoso con hálito de fragua.

Pausados, soñolientos carabaos, doblando la cerviz al peso de su enorme cornamenta, arrastraban largos carretones y guiados por indios hacían el tráfico por la calle en que abría el camino del puerto.

Me crucé al paso con infinidad de indios y de indias que me hicieron el efecto de una sola pareja repetida. Ellos con las almidonadas camisas por fuera del pantalón y éste dejando al desnudo, desde la rodilla pie y pierna. Cubrían la cabeza con sombreros de paja ó con pañuelos de colores y quienes no, llevaban al descubierto una maraña de pelo tan tupido y crespo, que era bastante á protegerles el cráneo y casi á explicar la razón de la menos que mediana talla de los poseedores de aquellas cabezas de achatado occipucio, de pómulos salientes y de nariz roma, que bajo el tono quebrado y terroso de la piel,

casi desaparecían su color y rasgos con el manchón retinto de cabellos que bajaban hasta invadir la frente.

Ellas, con transparentes y vaporosas chambras escotadas hasta dejar al descubierto uno de los hombros, caminaban arrastrando en los pies pintadas ó negras chancletas de suela de madera, dando rienda suelta, á lo largo de la espalda, á la hermosa cabellera y moviendo con gallardía, no exenta de gracia, los brazos que á su impulso y aire hacían cimbrear cadenciosamente las caderas, ceñidas bajo la estirada y obscura sobrefalda que, ajustada á la cintura y no pasando de las rodillas, velaba lo que el pudor exige, dejando á la vaporosa tela de los bajos transparentar las piernas.

Con idénticas fisonomías, sólo la dulzura y suavidad de los rasgados ojos distinguía los semblantes de ambos sexos.

Crucé el barrio chino, inmediato á la plaza. Por la calle principal y á través de los soportales que se extendían en hilera sobre sus dos costados, vi á la puerta de los tabucos lóbregos y de las mezquinas tiendas, llenas de compradores, un numeroso pueblo chino de faz amarillenta, de aspecto enfermizo, que fumaba opio sentado en indolentes posturas, ó mascaba *buyo* (nuez de bonga, hoja de betel y cal). El *buyo*, que yo había visto á mi paso en la boca de indios y de indias tiñendo los labios y la encía

de un rojo subido que daba diversamente á los rostros semblanzas de clown ó aspecto de ferocidad canibalesca. Dejé la barriada china que trascendía con emanaciones acres y picantes, y doblé la plaza que conducía á la Escolta.

A lo largo de la calle de este nombre y ocupando la planta de altos y suntuosos edificios, extendíase el comercio europeo.

En aquella hora, era tal la concurrencia de compradores que discurrían por las aceras, y de landós, carromatas, *quilers* y toda suerte de coches que circulaban á lo largo de la calle para buscar la revuelta del puente, que se hacía imposible la marcha, y tuve necesidad de subir á un landó para que me condujera á la ciudad murada.

Abría el puente de España, soberbia construcción de piedra y hierro, en un ancho boquete, inundado de luz viva, bajo una finísima nube de polvo que chispeaba al sol y chorreaba abrasado fuego. En ambos costados del estribo de entrada una pareja de la guardia veterana, indios de robusto talle, graves y circunspectos bajo el casco de fieltro, y estirados dentro de sus azules uniformes que dejaban al desnudo pie y piernas, exigían riguroso turno para la entrada y salida de carruajes.

Cruzamos al paso. De lo largo de la acera de ambos pretiles, iba y venía una muchedumbre vestida con tonos claros y colores chillones: indios, indias,

soldados peninsulares, soldados indígenas, mestizos y mestizas trajeados con dril blanco de deslumbradora tiesura, á usanza de los empleados peninsulares. Marcando sonoramente el paso, circulaban los carruajes por el centro llevando á los más perezosos ó diligentes. El Pásig deslizábase mansamente á nuestros pies y y sobre sus aguas corrían los vaporcitos de arboladura rasa que hacen la travesía por el rio ó deslizábanse pausadamente, y con ayuda de tiquines (pértigas), convoyes de enormes lanchones entoldados con rejillas de bejuco, y repletos y hundidos bajo el peso de amontonadas mercancías. Por la derecha abríanse anchurosas las márgenes convertidas en muelles y á ellas se amarraban multitud de buques de escaso tonelaje, que sumergían en el agua sus hinchadas panzas de colores grises, dando al espacio con muelle bailoteo un enjambre de jarcias y arboladuras, de las que colgaban toldos, banderas, encerados gallardetes y pingos que ora agitaba la brisa que ascendía por la inmediata bocana del puerto ó flameaban al sol.

Por la izquierda, fuera del sombrajo que el puente tendía sobre las aguas, bruñíanse éstas á la larga con la reverberación solar. El río se encajonaba á partir del puente colgante que divisé por la izquierda é iba á perderse en un recodo, llevando sus márgenes festoneadas por gigantescos penachos de verdura y salpicadas por innumerables *chalets* que, en-

tre ramilletes de follaje, escondían sus encantos de maravillosa arquitectura.

Por el frente, un sistema radial de avenidas cubiertas de sombra y encajadas entre hileras de copudos árboles, servía de cinturón á la ciudad amurallada, que en el fondo, y al final de una rampa, daba al espacio las agujas de sus torres y las aristas de sus altos edificios mal resguardados por el bajo y sombrío bastión de murallas que chorreaba humedad y musgosa lepra, en medio del reseco y luminoso ambiente de aquel cercano mediodía diáfano y sereno.

Atravesando un puente levadizo, penetramos por una de las puertas, cuyo rastrillo vigilaba una guardia indígena.

La mayoría de los edificios de la ciudad antigua son de mampostería y sus casas rectilíneas están trazadas con arreglo al plan de su inmortal fundador Legazpi.

La vida es menos activa que en los arrabales. Numerosos conventos de soberbia y elegante construcción crucé en la marcha del coche sobre el desigual empedrado de la calle. La población desliza los escasos transeuntes á lo largo de las calles que invariablemente dejan una acera en sombra; y entre aquéllos abundan las parejas de frailes de todas las comunidades: agustinos, recoletos, capuchinos, dominicos, bajo sus hábitos blancos, parduscos ó ne-

gros, que, arrastrando perezosamente las sandalias á lo largo de las aceras hablan, en voz baja, y marchan acompasadamente entre el cascado sonar de las cuentas de sus largos rosarios.

Bruscas ráfagas de brisa aventan la parte alta de la ciudad que mira al mar y enfilan las calles, impregnándolas de húmeda y deliciosa frescura. Un incesante repiqueteo de campanas de grandes y agudos sones envuelve la vetusta Manila, que, dentro del circuito de sus leprosas murallas, duerme la ausencia ó la pereza de sus moradores, bañada de luz y de sol ardiente en la cima de sus altos edificios y mojadas en sombra y ahogadas en sepulcral silencio las múltiples callejas.

Rueda el coche perturbando la paz augusta, la serenidad claustral ungida de misterio y de sombra que envuelve la ciudad, cuyo silencio se interrumpe á intervalos por el taconeo de los escasos transeuntes, los golpes de las puertas al cerrarse, el andar acompasado de las patrullas de servicio ó el blando y silencioso roce de las sandalias de los misioneros.

Fuimos á desembocar en la plaza de la Catedral, suntuoso templo edificado en 1879, de carácter grave y severo, estilo bizantino, amasado en las impurezas del gusto moderno. Ocupa uno de los testeros de una plaza cuadrangular, improvisada en raquítico parterre, y en uno de cuyos costados se alza la Capitanía general.

Por dentro y por fuera respira el edificio fingida gentileza y majestad *rococó*. Un zaguanete de guardia, armado de punta en blanco y de alabarda, destacaba una pareja en los primeros peldaños de la monumental escalinata que, á semejanza del artesonado, tiene de regio lo que escasamente le sobra de teatral.

Cumplida mi misión ordenancista y cortés, volví á los arrabales é hice alto para descansar en la tabaquería de la calle de la Escolta.

Cariñosos saludos de innumerables combarcanos y estrechos abrazos de antiguos compañeros de guarnición ó de colegio precedieron antes de que pudiera tomar rincón en alguna de las repletas mesas. Reuníase allí el elemento peninsular y sólo se hablaba de guerra y de los últimos sucesos. Oficiales apoyados en muletas ó llevando los brazos en cabestrillo, convalecientes de sus heridas, contaban les horrores del hospital ó daban detalles interesantes de las últimas acciones. Enloquecido por las narraciones, por las voces y por el humo pesado del tabaco, salí á la calle, después de apurar un vaso de ginebra, decidido á regresar á la fonda, donde debía de aguardarme el almuerzo.

Crucé la Escolta entre la maraña de carruajes y los apretujones de las gentes. Me interné en el barrio chino, cuyos comerciantes seguían imperturbables en las puertas fumando estrechas pipas que

infestaban el aire que, caldeado por el sol, enloquecía los sentidos, y me dirigí á la plaza sorteando los coches que desfilaban presurosos y los pausados carretones que los cornudos carabaos arrastraban con soñoliento paso, siguiendo la huella de los conductores, que rumiaban con fruición el buyo que daba á sus labios rojizo jugo y ponía en sus semblantes achatados siniestra catadura.

El comedor del hotel estaba situado en la planta baja y cubierto por un toldo. Dábale acceso un pasillo adornado con vistosas macetas, y el aposento de los comensales era un patio cuadrangular en cuyo fondo la dueña, tras de un mostrador, hacía las veces de gran *maître*, para que los indios sirviesen por riguroso turno las múltiples mesas. Las plantas del pasillo, enfilado por la puerta, y el toldo contribuían á que allí se recibiese una impresión de deliciosa frescura.

Ocupé una mesita en unión de varios compañeros y esperé el servicio de los indios que, descalzos y diligentes, corrían por las baldosas, solícitos á todos y atentos á ellos mismos. Con la camisa por fuera, bordada ó lisa, pero irreprochablemente planchada, acudían á todas las llamadas y servían á su capricho con aturrullado ademán, no exento de fingimiento y de flema. Muy cerca de nosotros un matrimonio peninsular ocupaba los extremos de una mesa. Supe por los compañeros antiguos en la casa

que el marido era un gobernador de provincia, que habiendo hecho regular fortuna, aguardaba ocasión para volver á España con su... (Aquí la malicia puso en cuarentena el sacramento).

Lucía la graciosa compañera dos riquísimas dormilonas, hermanas de la hermosura gentil de su portadora; y entre frase y frase, arrancada á la indiferencia de una benévola conversación sostenida con su compañero, escudriñaba discretamente á cada uno de los recién llegados, segura de atraer una nueva mirada de admiración en la numerosa asamblea masculina que con disimulados cambios de postura agitábase en las sillas, sorteando las pantallas que á la avidez de los ojos llevaba momentáneamente el numeroso servicio.

Segura del efecto, erguía junto al borde de la mesa su esbelto busto, y sofocada con la borrachera femenina de la vanidad que asomaba á las mejillas de su nacarado semblante, enmarañado por dorados rizos, velaba los párpados para con más disimulo enfocar sus discretas miradas y al trémulo parpadear de cada uno fingía atender á su compañero con exageradas muestras de absorta atención y de suspenso recato.

Terminado el almuerzo, que nos entretuvo en largas disertaciones sobre la guerra, me retiré á mi habitación dispuesto á escribir varias cartas y á consignar en mi diario notas del viaje.

En esta tarea me sorprendió la media tarde y con ella la visita inesperada de un compañero de la infancia, empleado hacía algunos años en Filipinas y que al saber mi arribo vino á abrazarme con sentida efusión, y á ofrecerme de paso su coche y sus conocimientos para visitar los alrededores de Manila.

Guardé mis notas, y después de entregar la llave de la habitación al *bata*, cruzamos el ancho pasillo, en cuyo final una inesperada emoción nos detuvo anhelantes y suspensos... Por una indiscreta abertura de puerta que abría sobre el fondo de un largo espejo, destacaba el blanco y nacarado busto de la exgobernadora, desnudo de cintura para arriba, luciendo las dormilonas en sus diminutas orejas medio ocultas entre blondas de la rizosa cabellera. Ceñida la sábana en múltiples pliegues, caía hasta sus pies entre la confusión blanquecina y revuelta de toallas y espumas de un baño inmediato, en el que sobrenadaban esponjas.

Apoyábase la gentil moza en el borde de la cama dando frente al espejo, suelto el frágil y diminuto pecho, en cuyo fondo coloreaban los botones rosa de un tono más subido que el que á lo largo de la tersa y humeante piel, dejaba la huella de la manopla, movida con prolijidad minuciosa por la criada...

Un ligero grito seguido de un portazo y de ásperas reprensiones para la doncella, nos llevó al co-

che que esperaba en la puerta, y con él, doblando el puente de Tondo, dimos principio á la excursión.

Toda ella fué de una hermosura sin fin y tan múltiple, que escasamente puedo hoy recordar bellezas de luz, de color y de forma. Atravesamos la calzada del Iris; las inmediaciones del barrio de Binondo; la calzada de Paco y entre una sucesión de anchas avenidas sembradas en sus márgenes por gigantescos árboles que entrevelaban pintados y diminutos jardines, celosos guardianes de primorosas casas de bambú y nipa, edificadas entre ramilletes de palmeras, penachos de caña brava, y guedejas de desmayados plátanos.

Con los aires violentos del brioso tronco que arrastraba el coche, cruzamos á lo largo de primorosas y variadas edificaciones de artificio oriental y de gusto inspirado en los deliquios de la fantasía ó en las las realidades arrancadas á la nigromancia de un vaporoso cuento de hadas.

Toda la flora tropical desbordábase á trozos con variedad infinita.

Cruzamos calles y más calles de una belleza original y variada.

Tocaba el sol en el ocaso, y al húmedo beso de la noche cercana dilataban sus poros, abrasados de sol y sedientos de rocío, el *ilang-ilang*, la *sampaga*, *el calechuchi*, *el sabiqui*, *la pasionaria* y las infinitas plantas aromáticas.

Entramos á la hora dulcísima del crepúsculo en la embalsamada avenida de Malacañang. La entrelazada bóveda de las hojas dejaba ver á retazos el cielo asalmonado de Occidente. Las suntuosas y elegantes fincas de derecha é izquierda del camino, alzábanse gallardas sobre sus pilastras de bambúes y dejaban entrever al paso, en el fondo de sus abiertas ventanas y á la luz de farolillos venecianos ó de enormes bombas de cristal azul ó rojo, toda la discreta riqueza de sus habitaciones, ornadas con gusto japonés, cuyo risueño y juguetón estilo armonizaba con los grupos caprichosos y pintorescos de *lomboys*, de *guayabos*, de *naranjos*, de *cajeles* y *guanábanos*, que entre mechones de palmeras esbeltas y de cañas rizadas que la brisa mecía quejumbrosas, ornaban el suelo y las paredes divisorias tapizadas de un musgo finísimo y de un verde entretejido por multicolores hojas.

Cerró la noche, y encendidos los faroles del tílburi, rodaba veloz bajo los trechos alumbrados por arcos voltaicos, que se sucedían de espacio en espacio, y el vigoroso tronco sacudiendo hasta nosotros, á impulsos de la brisa, la blanca espuma que cubría sus guarniciones, nos arrebató con carrera vertiginosa hacia la anchurosa calzada que conduce al paseo de la Luneta.

Al paso abordamos el Malecón y tomamos lugar en la larga hilera de coches, cuyas luces, formando á lo lejos graciosa curva, entraban en la fila paralela de regreso.

Aquel era el paseo y la vuelta obligada de los coches á lo largo de la plaza, lamida por las olas, antes de entrar en la pista de la Luneta.

Cuando á ella nos llevó el turno, pude examinar á mi sabor aquella pista de hipódromo, paseo único y obligado, en cuyo fondo se alzaba un kiosco para la música diurna, y á cuyo alrededor, en un elevado y arenoso macizo, paseaba la gente á lo largo de una hilera de sillas, de seis á ocho.

En aquellas horas eran escasos los frailes que, arrellanados en el coche con hábitos blancos, hacían de lejos á la visualidad insegura confundir sus tocas con las *toilettes* claras y vaporosas de las damas·

Éstas, descubierta la cabeza, pasaban reclinadas indolentemente, saludando á los grupos que ocupaban las sillas con ligeras inclinaciones y discretos ademanes.

En un lado del paseo y próximo al Malecón, bajé á refrescar con mi amigo, en un puesto rodeado de mesas, al raso y alumbrado con farolillos que le daban aspecto de feria.

Poco rato después nos aventuramos por el paseo en el que se destacaba el blanco y negro de los tra-

jes, salpicado en los diversos grupos por numerosos uniformes.

Se hablaba de la guerra; discreteaban entre idílicas miradas los jovenzuelos de ambos sexos; y se mataba el rato en medio de un polvo finísimos que alzaban los pies y que no bastaba á aventar la brisa cargada de humedad venida del rumoroso y entenebrecido mar, alumbrado por el Este con las múltiples luces de los barcos anclados en el fondeadero y por el Oeste con los lejanos faros y fogatas encendidos en territorio enemigo.

Volvimos al hotel. El puente de España abríase de noche bajo el chorro de luz cruda de los arcos voltaicos.

La ciudad murada destacaba sus masas confusamente en las tinieblas, y á derecha é izquierda del río las luces de los *villages* y de los barcos flotaban entre las densas sombras, chispeando á la par del rumoroso y acompasado chasquido de las aguas.

Cené con mi compañero, recordando las bellezas de la excursión. La pareja del almuerzo ocupaba su turno en una rinconada, y en el fondo de los azules ojos de la rubia, creí notar un tono de severidad iracunda al pasear la discreta y vanidosa mirada por los ámbitos del comedor.

Rendido del trajín del día, me despedí de mi buen amigo después de larga sobremesa, y me retiré á mi habitación decidido á acostarme.

Tendido en el lecho, la voz de la exgobernadora sonó en el pasillo pidiendo el coche.

Cerré los ojos á la aventura de la tarde, y con brusca ira tiré al suelo la tercera almohada por considerarla capricho raro y artefacto sofocante é inútil.





VII

En los días sucesivos mis costumbres se amoldaron á las horas, y éstas al empleo habitual de la colonia Peninsular.

El Katipunan era el tema más socorrido de las conversaciones. Llegué á ponerme al corriente de los siniestros y espeluznantes detalles de aquella vasta conjura, que, al fracasar en las logias, había huído á los campos y en la reseca de los añejos odios y de las espinosas iras empezaba á prender con la llama devastadora de la guerra.

El incendio, á fuer de voraz, había invadido casi

todas las provincias, y amenazaba devorar todo el territorio de Luzón.

Los últimos encuentros en Imus y en Noveleta, al intentar invadir por el mar la provincia de Cavite, habían sido desastrosos para nuestras armas, y de tan fatales consecuencias que, de no poner pronto enmienda al desastre, las frecuentes deserciones de la tropa indígena dejarían los regimientos en cuadro.

El complot katipunesco todavía espeluznaba á los narradores que escaparon, gracias á la milagrosa delación de una vieja.

El sobresalto se pintaba en los semblantes al menor accidente callejero: los frailes iban cuando menos por parejas y armados de gruesos bastones. El elemento peninsular que no formaba parte de las guerrillas ó de los batallones de voluntarios, hacía del revólver una prenda inseparable del pantalón.

Una mañana, en la Escolta, empezaron á contarme la conjura, y quedé emplazado para alargarnos en el paseo habitual de la tarde, á recorrer algunos lugares de la acción.

Los riesgos mortales, milagrosamente orillados, depositaron en la imaginación de mis narradores todas las vaporizaciones de la fantasía; y al simple contacto del recuerdo, la tensión fantástica inflaba la narración con detalles sombríos y horrorosos, cuya realidad escueta y pálida bastaba para poner pavor en el ánimo.

El siniestro Katipunan había reclutado los secuaces entre la población indígena, sin distinción de edad ni sexo: una simple incisión en un brazo bastaba á aquellos fanáticos para sellar con su sangre el juramento; y los afiliados creíanse, desde aquel momento, desligados de los lazos de la gratitud ilimitada y aun del parentesco consanguíneo. El fuego sacro de la independencia purificaría los mayores crímenes, y serviría en lo sucesivo para fundir el cariño, la gratitud, el amor, viejos pretextos, que, á juicio de los sectarios, servían para soldar los eslabones de la pasada cadena de esclavitud.

Para todos los casos hallaban ejemplos mis narradores; y para todas las horribles inhumanidades de la bestia, sacudida por el instinto de la libertad, tenían casos concretos: ya era un indio que al servicio de una casa desde su más tierna edad, después de disfrutar al cabo de muchos años las prosperidades de sus dueños, había jurado, ante la afiliación, el exterminio de la familia; ya era un rapazuelo hecho hombre con la ayuda de un Peninsular, y al cual á fuerza de favores é indulgencias profesaba un cariño filial, acaso no ajeno á la fuerza de la sangre. La madre de los hijos buscaba la ocasión de vengarse en el progenitor de los suyos. Nadie podía escapar á las exigencias del Katipunan, y acaso nadie escaparía de la horrible matanza de peninsulares concertada para un día dado. Hombres, muje-

res, niños, todos hubieran sucumbido al puñal, al veneno ó á la violencia del número, bajo el poder de una raza que hacía sus adictos por miles y que, por una simple incisión, purgaba del cuerpo las afecciones más íntimas.

Atravesábamos con el coche, al caer de la tarde, la calzada de Bilibid para dirigirnos á la de Paco. Los horrores que entre cara y gesto ponían mis compañeros en la narración, perdíanse tras de la nubecilla de polvo que atravesaba el landó, en medio de la apacible y dulce serenidad de la tarde, que entre carmines y vivos tonos de carne asoleada y oriental iba á acostarse por Occidente entre nubecillas y encajes rosas bajo el espacio saturado de aromas de ilang ilang y sampaga.

Veía discurrir, ó asomar á las puertas por las calles multitud de indios y de indias en humilde actitud y de mezquina talla, que bajo la crespa maraña de sus cabelleras y sobre el tono multicolor de sus atavíos, me miraban con semblante bonachón y respetuoso.

¿Era verdad que, entre aquellas gentes de bondadoso y humilde aspecto y bajo aquel cielo de un azul lánguido y voluptuoso, hubiese sido posible pensar tantos horrores?

Mis amigos señalaron—en respuesta—las míseras barriadas de indígenas que, como un mar de seca broza, se extendían á lo lejos bloqueando Manila.

Aquel era el principal refuerzo; el ejército de reserva escogido del asalto, no á impulsos de Katipunan, sino de cuatro siglos de miseria y de hambre que no habían podido endulzar las abundosas páginas del catecismo dominador.

A la tarde siguiente tomé el tren para incorporarme á mi destino en San Fernando de la Pampanga. Atravesando los barrios de las afueras, contemplé, desde la ventanilla del coche, por largo espacio, la oleada de chozas de caña y nipa, cuyo pavimento se levantaba sobre el suelo, precaviéndose del terreno fangoso. Aquellos eran los arrabales de fidelidad sospechosa y de temida fuerza. Hasta las inmediaciones de la vía férrea llegaban desparramadas las chozas, y en sus ventanas, que formaban corrido hueco en los cuatro frentes, asomaban familias de numerosa progenie como múltiples rebaños que daban al viento y á las moscas sus carnes desnudas y achocolotadas.

La miseria de los *bajais* (chozas), desprovistos de ajuar, contrastaba con los grupos de plátanos, de palmeras y de vegetación riquísima y vistosa que servía de cintura á aquellas casuchas de aspecto lacustre que se desparramaban á lo largo de la vía, separadas entre sí por trozos de terrenos sembrados de betel y limitados por empalizadas.

Empezamos á atravesar las inmensas llanuras de aspecto árido y de amarillento tono al tomar el del

tallo reseco del *palai*, segado recientemente á flor de tierra.

Por nuestra derecha alzábase la línea de montes de San Mateo, y al frente, salpicando la inmensa llanura, empenachadas cañas formaban caprichosos *bosquetos* ó sinuosas líneas que iban á perderse en los confines del amarillento llano.

Por todas las estaciones formaba, á nuestro arribo, en el andén, el destacamento encargado de custodiar el pueblo afecto y de vigilar la vía.

Sobre las agrupaciones de chozas de los poblados que dejábamos al paso, erguíase suntuoso el indispensable convento, é inmediato á él alzábase gallarda la torre de la iglesia, que daba al vuelo sus campanas, ó permanecía muda y silenciosa invadida por el solemne estupor de la vasta llanura.

En un apeadero, poco antes de atravesar el río grande de la Pampanga, subió á nuestro tren una fuerza destacada de la columna que por aquellos días operaba en San Miguel de Mayumo.

Pude observar que la presencia del soldado, con traer pegada á la ropa la tierra de aquellas polvorientas llanuras y el sudor hervido al sol durante fatigosas jornadas, no tenía, ni con mucho, el aspecto astroso y agotado que en Cuba.

Perdióse el río de la Pampanga como cinta de bruñido acero tendida en medio de la aridez de los llanos. Las *vintas* veleras manchaban como puntos

obscuros la franja refulgente de las aguas, que iba estrechando á la vista, camino de la desembocadura.

El paisaje, más risueño que en un principio, crecía en vegetación y largas manchas de verdura dulcificaban la aridez de las sementeras del *palai*.

Anochecido se empezó á divisar por el Norte la inmensa mole de las estribaciones del Caraballo.

Pasamos muy inmediatamente á un *pinac* (albufera) del que se alzaron aves patudas, de bajo y pesado vuelo. Y muy entrada la noche, y á lo largo de una alameda de corpulentos y gigantescos árboles, que la locomotora alumbró dos ó tres veces con la respiración llameante de la chimenea, di arribo al lugar de mi destino.





VIII

Hice noche en San Fernando de la Pampanga, y tras largas horas empleadas en preparativos de marcha que me robaron el descanso, salí á la mañana siguiente con mi compañía formando parte de una columna encargada de operar por la provincia de Bataán.

Me tocó llevar la vanguardia y con ella formé al romper el día en las afueras del pueblo. Seguimos á lo largo de la carretera de Bacolor, cabecera de la

Pampanga. Todo el camino discurrre por entre barriadas (*barangays*), cuyas hileras de casas bordean los dos costados de la carretera.

Nuestro viaje á lo largo de la polvorienta calzada fué una marcha triunfal que me hizo por momentos olvidar las funciones de guerra para creerme transportado á una cabalgata.

A las puertas y á las ventanas de los *bajais*, engalanados con banderas y banderines, una muchedumbre de indios dando al viento los almidonados faldones de las camisas, descalzos y cubierta la cabeza con sombreros de reluciente fieltro, prorrumpían á nuestro paso en estruendosos «¡Viva España!», que coreaban un enjambre de mujeres y chicos vestidos con las más chillonas galas de los días festivos.

La fidelidad ó el miedo dábanse, por igual, á aullar desaforadamente los vivas.

Muy cerca de Bacolor y á lo largo de aquella sarta de chozas, salía á recibirnos al camino la música del pueblo.

Dieron en el convento al vuelo las campanas y la efervescencia de los agasajos llegó al colmo en aquella población de diecisiete mil almas.

En la plaza que ostenta un sencillo monumento á la memoria de Anda Salazar, se dió descanso á la tropa, y los oficiales, después de saludar al gobernador instalado en uno de los tres únicos edificios de

mampostería que tiene el pueblo, bajaron á ordenar la gente para proseguir la marcha.

Atravesamos el río Betis por un puente de madera y caña y proseguimos la jornada hasta Lubao, acompañados por la música y seguidos de las incesantes aclamaciones de los indios á lo largo de las barriadas del camino.

En Lubao se alojó la fuerza en el convento y en él se le sirvió un rancho espléndido, obsequio de los Padres Dominicos.

Los oficiales y la plana mayor de la columna comimos en el refectorio agasajados cumplidamente por los padres.

En el amplio comedor invadido por solemnidad claustral y saturado por las inhalaciones de savia y sombra que la brisa arrancaba de los copudos árboles del patio y hacía ascender por las altas ventanas, había unido la comunidad varias mesas y en derredor de ellas fueron tomando posesión de sus puestos los comensales y poco después la numerosa servidumbre india se dió de mano á relevar ceremoniosamente platos y vinos de una comida abundosa y suculenta.

Recayó la conversación en los sucesos de la guerra. Para los buenos padres sería empresa de pocos meses la pacificación de aquella campaña, que ellos contaban vencer con la inconsecuencia y religiosi-

dad del indio. Nos dieron detalles de los últimos movimientos. La insurrección no se había atrevido á pisar la Pampanga porque temía la fidelidad y la fiereza de sus moradores, feligreses sumisos, fervorosos cristianos y entusiastas que habían empezado á adorar la enseña de la patria á fuerza de verla empleada como dosel en los altares de Cristo.

Las campanas del inmediato templo repicaban solemnes y graves en lo alto de la torre, y sus vibraciones ensordecían por intervalos la algarada de voces y músicas con que la muchedumbre indígena festejaba en la plaza á los soldados.

Alegría majestuosa y reposada que las ráfagas del viento hacían ascender hasta nosotros con el estruendo ceremonioso y grave de una fiesta mayor.

No desatendían los padres los honores de la mesa y la conversación animada con los buenos vinos recaía sin desmayo sobre el tema inacabable de la guerra.

Las únicas partidas que se habían arriscado por aquellos contornos no se atrevieron á atravesar el río de la Pampanga inmediato á Florida-Blanca, punto de descanso de nuestra etapa, á lo que entendí en el jefe de la columna.

Terminada la comida, pasamos á tomar café en el salón profusamente provisto de sillas de madera

enormes, verdaderos sitiales de largos brazos, que á la usanza del país permitían descansar en ellos las piernas.

Muy entrada la tarde y despedidos hasta las afueras del pueblo con cariñosa afabilidad por los religiosos, volvimos á emprender la marcha á lo largo de un camino polvoriento, que bajo una alameda de árboles extendía de trecho en trecho manchones circulares de sombra.

La digestión en aquella horas robadas á la siesta entorpeció la marcha de la columna durante los primeros kilómetros de jornada. A medida que el sol fué bajando en su carrera empezó á alborear la brisa venida de las lejanías del horizonte, cerrado de bosques y teñido en lo alto de carmín. El viento fué aventando el polvo del camino y sacudiendo los cuerpos sudorosos avivó la energía del paso de la columna á través de copiosos maizales, de cañaverales inmensos salpicados por trapiches (1), seguidos de pequeños bosquecillos de bambú, en grupos alternados por fangosos prados en los que pacían carabaos, toros y caballejos con mezcla querenciosa, de poca más alzada que perros.

Noctívaga la columna al perderse en el firmamento los últimos reflejos del crepúsculo, prosiguió

(1) Ingenios primitivos de azúcar.

la marcha de un solo tirón y sin descanso hasta divisar las luces de Florida-Blanca y atravesar las primeras hileras de chozas vecinas del pueblo.





IX

Me tocó en suerte alojar mi compañía en las inmediaciones de la finca que eligió el general; y el dueño de ella reservó habitaciones para mí y mis oficiales. Llamábase N... era peninsular y llevaba muchos años de laboriosa residencia en el país; y en aquel pueblo, los suficientes para haber logrado con

la ayuda del trabajo y de la suerte afincarse con desahogo rayano en la esplendidez.

Su casa construída y ornamentada al estilo de los *chalets* lacustres de Manila era un delicioso nido, que aparecía á nuestros ojos bajo un borrón de ramaje. Entre la densa sombra de la noche, que los copudos árboles de la plazoleta en que asentaba el edificio hacían más espesa, aparecía la casita deslumbradora y mágica bajo el derroche luminoso de todas sus abiertas ventanas inundadas de luz artificial y blanquecina que contrastaba con los pintados reflejos de los innumerables farolillos á la veneciana que, pendientes de la recortada cornisa ó enclavados en los vanos, formaban caprichosa guirnalda de multicolores abalorios, cuyos destellos escalonados con graciosas curvas, á lo largo de las paredes, acababan por formar dos líneas de puntos de suave y luminoso carmín que bajaban en pendiente por las balaustradas de la escalinata principal.

En el peristilo, el señor N... nos presentó sus cuatro hijas. De tal modo pesaba en mi cabeza el sol de la jornada y de tan brusca manera hirió mis pupilas aquel derroche de luz en medio de las tinieblas circunvecinas, que sentí un deslumbramiento súbito y las hijas del señor N..., ceremoniosas y rígidas bajo la blanca espuma de blondas y encajes de sus ropas, aparecieron á mis ojos como figuras de una apoteosis teatral.

Muy de madrugada volvimos á emprender la marcha y en sus primeras horas recordaba las escenas de la noche anterior: la aparición fantástica de las hijas del señor N..., que á mí se me antojó ver de primer golpe entre nubes de irisadas bengalas; el señor N..., con su semblante severo y taciturno, dando á sus palabras, durante la cena y en el rato de tertulia del jardín, un vigor y una energía que eran á cada paso vencidas por el desaliento. Rehice el contraste de aquel nido coquetón engalanado espléndidamente á nuestra llegada, risueño marco del cortés y esforzado alborozo de sus moradores, que aun en aquella noche de fiesta después de cumplir con sus huéspedes los deberes de cortesía, lloraron sus pesadumbres entre sorbos de té, en un rincón del jardín, con la risueña y festiva luz de las guirnaldas de farolillos multicolores.

El señor N.., viudo hacía dos años, arrastraba una penosa afección cardiaca, contrarrestada hasta el presente por la misericordia divina y por los efusivos cuidados de sus hijas. No se forjaba ilusiones respecto á la insurrección. El amargo pesimismo de su enfermedad crónica llevábalo á los sucesos presentes. La devastación de dos de sus fincas por las partidas, había servido para revelarle con golpe cruel el próximo desastre de su vida primero y de su hacienda más tarde. No se hacía ilusiones: lleva-

ba muchos años de país; la insurrección sería formidable y encontraría á España desangrada. Él no acabaría de ver el desastre, seguiría pronto á su mujer, muerta y cobijada después de mil afanes en aquella ingrata tierra; pero sus hijas sin parientes, sin deudos, sin amigos, expulsada España de aquella colonia feraz, verían el despojo de sus propiedades y el reparto de aquellos terrenos que espigó el afán y el desvelo de sus padres. ¡Quien sabe hasta dónde llegarían las violencias y las represalias de los vencedores!

Animosas las hijas y estremecidas bajo sus trajes ceremoniosos con el sombrío presagio, trataron como otras veces de esperanzar á su padre.

Fué abriendo el día á medida que avanzábamos en la marcha, y á poco de cruzar el río, después de atravesar un extenso cañaveral, apareció á nuestros ojos el terreno devastado por la última incursión de las partidas.

Un dilatado mar de ceniza que el viento aventaba en espirales cubría el terreno en que asentaron los dilatados cañaverales. Aquellas llanuras de un gris uniforme tenían la lividez siniestra que yo vi á la mañana en el rostro del señor N... No quiso rebasar las afueras del pueblo cuando salió á despedir la columna. No quería—según nos dijo—volver á contemplar la horrible devastación de sus

campos. Por él poco le importaba; al fin sus días estaban contados, pero quería disputar toda emoción dolorosa á sus buenas hijas.

Recordé la despedida en las primeras horas del alba al pie del peristilo, donde la noche anterior aparecieron las cuatro muchachas ante mis ojos como imágenes de una radiante apoteosis teatral. Modestas, sencillas, llevando en las cabezas las alborotadas marañas de rizos del peinado esmeradísimo de la noche anterior, salieron á despedirnos risueñas y para todos tuvieron el encargo de que no dejáramos pasar al pobre padre de las afueras del pueblo.

La vista de aquella inmensa extensión de campo abrasada por la guerra; el contraste de las galas que vistieron en la noche y el desaliño matutino de las cuatro huérfanas dió fuerza en mi razón al triste presagio del pobre viejo.

¡Quién sabe si no estaría lejano el día en que aquellas animosas criaturas, perdida la guerra por España, vistieran su absoluta orfandad con guiñapos de miseria!

El el fondo de la llanura se alzaban manchones de carcomidas chozas y derruídos trapiches. Por la derecha las estribaciones del Caraballo erguían su dentada silueta, cubierta de feraz vegetación.

Muy próximos á una sombría cañada en la que

abundaban rastros indicadores de la presencia del enemigo, la columna hizo alto para refrescar la gente y poco después se volvió á emprender la jornada extremando las precauciones de marcha.





X

La columna de operaciones, después de internarse en la provincia de Bataán, y tras de algunos días de persecución infructuosa, hubo de fraccionarse por compañías para operar en zonas y limpiarlas de los pequeños núcleos enemigos.

Me tocó de cabecera y centros de operaciones Dinalupijan, pueblo estratégicamente colocado y pequeño Nijni Novgorod de las provincias de Bataán, Zambales, Pampanga y Bulacán.

No conservo diario completo de las operaciones

realizadas en los tres meses de permanencia en el poblado; pero viven muy presentes en mi memoria las fatigas arrostradas á través de los bosques en la vertiente occidental de la cordillera que corre á lo largo de la provincia.

El fraccionamiento y la agilidad del enemigo llevábanos, como en Cuba, á perseguirle sin tregua ni descanso en las aguadas del llano y en las marañas de la sierra.

Sucedíanse perennes los días y las noches á caza de un enemigo invisible; y en cada una de las jornadas, tras de marchas penosísimas, bajo el abrasado sol que caldeaba las amarillentas sementeras del palai recién segado; ó tras de penosas ascensiones por intrincados dédalos de montañas cubiertas de vegetación majestuosa y espesa, que nos obligaba á abandonar las faldas y laderas para buscar paso á lo largo de ríos pedregosos ó de arroyuelos despeñados por entre profundos tajos de piedra, íbamos invariablemente á sentar el campamento á la hora en que lo exigían las imperiosas sombras que gravitaban espesándose desde lo alto de los picachos, ó en que la naturaleza, con ayuda de vegetación laberíntica y crespa ó auxiliada por antiquísimos desprendimientos de enormes bloques, cerraba el paso con obstrucción inquebrantable.

Llegamos á fuerza de fatigas sin cuento á plantar los campamentos en sitios inexplorados. Con gran

asombro de los indios auxiliares (*bantays*), que conducían las raciones de la fuerza, atravesamos parajes y caminos del dominio de los negros *aetas* y para ellos desconocidos en absoluto á pesar de la vecindad.

A la clara luz de los días serenos, en las noches de luna clara, bajo el sol de los mediodías ardientes, al brillo argentado de la luna reflejada en la frondosa hojarasca cuajada de rocío, tuve ocasión de ver, con diversidad de tono de luz y de matices, todas las recónditas bellezas que atesoran las laberínticas estribaciones de la sierra de Bataán.

La selva crece gigante sobre las capas de tierra que recubren las rocas, y su poderosa savia va á fecundar en las entrañas del cuarzo ó del granito las grietas recubiertas de limus vegetal, depositado por los *baguíos*.

Es una rigorosa irrupción de vida que en el viscoso derrame de su savia avasalladora va á fecundar los despojos de la muerte misma. Sobre enormes troncos abatidos al peso de los siglos, roídos por el fermento corrosivo de la descomposición y la muerte, asoma una vigorosa plantación de tallos y nuevos arbustos, esplendorosa y lozana.

La fecundidad poderosa que germina en la muerte, á falta de terreno, salpica sus infinitos gérmenes por doquier, y á través de la honesta corteza, fecunda las entrañas de los vivos.

Sobre el mangostán, el molave, el camagón é infinita variedad de árboles vistosos y gallardos, trepa una tupida red de enredaderas y parásitos que se enlazan y mezclan á las bayas de los euforbios, arecas y strychnos que, en descomunales y vistosas arracadas, penden de las frondosas copas de los árboles hasta perderse en la marejada que al ras del suelo forman las campanillas, los narcisos y toda la revuelta confusión de plantas vagabundas y rastreras.

La vida vegetal rebosa en las entrañas de la tierra y rezumando por sus poros impregna el ambiente con ese fuerte y penetrante olor de plantas fermentadas que exhalan las selvas tropicales, bajo la ardiente caricia del sol ó entre el húmedo aliento de la noche.

Sucedíanse los días y perennemente seguimos el itinerario que nos marcaba el rastro del enemigo, y en su defecto el que nos dictaba la inspiración.

Ora acampábamos en las márgenes de un torrente, escondidos tras una revuelta de peñascos; ya en el remanso de un río, aprovechando la clara de alguno de los bosques que bordeaban las orillas.

Siempre, para estar al acecho y poder establecer con éxito el servicio de emboscadas, procurábamos desenfilarnos del camino y aun de las vistas. En las noches obscuras, las hogueras de los ranchos se encendían muy distanciadas del vivac.

Consumidas las raciones, bajábamos invariablemente al pueblo para descansar una noche y con nuevo suministro volver á salir.

El resultado infructuoso que obtuvimos con la columna grande, se obtuvo por escasa diferencia con el fraccionamiento por compañías.

Una noche alcanzamos á un negrito de una ranchería de *aetas*, y por sus declaraciones, vinimos á sospechar que el enemigo debiera de haber cruzado á la otra vertiente de la sierra.





XI

La vertiente occidental gana por su escabrosidad en bellezas á la opuesta.

Ya te dije, lector, que no conservo diario de operaciones; así pues sólo podré darte notas de color, que habrán perdido el brillo con la reseca del tiempo.

Una noche recibimos orden de atravesar la sierra por el puerto de Malinta, y al cabo de tres días de penosísimas marchas por entre despeñaderos y can-

tiles; empujados al principio por la gigantesca maleza que obstruía los resbaladizos senderos abiertos en la roca; acampando cada noche á lo largo de las grietas abiertas por los impetuosos torrentes; saliendo á la mañana al rasgarse las nubes cenicientas que envolvían los altos picachos, llegamos á divisar las casas de Olangopo y un trozo de bahía.

Al fin se calmó nuestra ansiedad. No se había realizado el constante temor de perder el sendero en cada una de las jornadas.

Al dejar la brusca pendiente y la gigantesca selva del acantilado monte, pasamos á una calzada que, á través de un inmenso manglar, daba acceso al pueblo. Ninguna alma viviente nos salió al paso en la marcha de aquellos tres días. Los negritos *aetas* abandonaban á nuestra aproximación las rancherías, y el silencio en las imponentes soledades de la sierra sólo venían á turbarlo de noche las alimañas que rastreaban en la maleza ó el vuelo de enormes aves que dispertaban azoradas en las copas de los árboles, al humo y á la lumbre de las chispeantes hogueras de los ranchos.

En la entrada de Olangopo, que tiene una soberbia bahía y un proyecto de astillero, nos recibió la escasa guarnición con todo género de precauciones por ignorar nuestra llegada y porque aquel día se habían recibido detalles de las fechorías realizadas por las partidas y por los pueblos de la vertiente Este,

que habían hecho en masa causa común con los insurrectos.

Aquella misma noche embarcamos en el vapor «Alerta», que hacía la travesía entre Manila y Olangopo. De reducidas dimensiones hubo que apiñar la gente sobre cubierta para pasar las horas de mar que nos distanciaban del costero pueblo de Morón. Cabeza de la insurrección y testigo solazado del degüello de frailes y del saqueo del convento, cuyos feligreses habían tomado la principal parte.

El desembarque fué penosísimo. El vapor atracó á la playa á la distancia que le impusieron la sonda y los riesgos de la noche entenebrecida. Fué preciso valerse de un lanchón que habíamos llevado á remolque y que exigió hacer parcial la operación.

Llegados á la altura de Morón, que el piloto señaló por tanteos, y con la ayuda de la silueta de montes que manchaba la sombra, para desembarcar hubo necesidad de bajar la gente á la gabarra y desde allí, después de avanzar con ayuda de tiquines, se lanzaban los soldados al agua y con ella al pecho esperaban el arribo de los diversos grupos en cada uno de los viajes de la barcaza.

El frío aun en aquella latitud era penetrante al contacto con el agua. La espera de uno de los viajes se hizo interminable, y acabó el desembarco cuando á lo largo de la fila en que se alineaban los soldados

se oía sin interrupción el castañeteo de los dientes.

Con anticipación se habían apagado las luces del barco y se procuró desde aquel instante amortiguar todos los ruidos. Ni una sola luz indicaba en la coste la presencia del poblado.

La playa inmediata adivinábase por el chasquido de las olas que, rebasando nuestros pechos hasta la altura del sobaco y alzando en vilo á la fila, iban á morir en las arenas, arrancando entre la densa sombra prolongado y bienhechor suspiro.

Después que descendió de la gabarra el último hombre, se avanzó en demanda de terreno seco. Al salir de las aguas, fué más intensa la impresión de frío, porque una ligera brisa pegó las ropas á nuestros cuerpos. Fué acostándose la gente á lo largo del arenal en espera del primer piquete de reconocimiento que se aventuró en las sombras.

No tardó en regresar la patrulla conduciendo un indio corpulento, casi en completo estado de desnudez, que según testimonio de todos, salió á entregarse á la fuerza. Dijo llamarse el capitán Domingo, exgobernadorcillo de Morón, y escapado sin ropas y tras de soberana paliza de manos de los insurrectos que nos aguardaban en el pueblo, sabedores á lo que él colegía de nuestra llegada, á juzgar por los rumores y movimientos que por el lado del río oyó en su escondrijo.

Se comprometió, con acento de sinceridad y mas-

cullando sollozos, á enseñarnos las entradas del pueblo. Luego nos hablaría de su desgracia.

Explicada la topografía del lugar, se ordenó á la columna en dos mitades: una que amenazase al pueblo por frente á los vados del arroyuelo que le servía de foso, y otra que embistiese con decisión el puente de madera, que á juicio del confidente estaba intacto.

Todo sigilo fué inútil. Apenas se recorrió un centenar de metros, tuvieron que desplegar las columnas bajo la repentina traca de fogonazos que, entre las tinieblas, encendieron los diversos enemigos apostados en la margen opuesta.

Dos descargas cerradas de la columna de la izquierda debilitaron simultáneamente la gritería y la resistencia de los que defendían el puente. Un *bahai*, inmediato á la línea de los defensores, alumbró sus siluetas al arder con voracidad intensa en medio del estruendo de los disparos.

El accidente, casual ó intencionado, obligó á ocultarse á los defensores de primera línea, y á este reflujo de gente que hizo vacilar la defensa, siguió el ataque impetuoso de nuestras fuerzas que, enardecidas por los toques de ataque de las cornetas, rompieron en tumulto á través del puente y de los vados.

Se persiguió á los fugitivos á favor de los escasos

fogonazos que alumbraban las encrucijadas de las calles. Dueños del pueblo y acabados en sus casas los menos diligentes, se ordenó la gente en las inmediaciones del convento, y recogidos nuestros escasos heridos, se registró la mole conventual que, en medio de la plaza, se alzaba entre las sombras erizada de defensas que le daban aspecto de imponente ciudadela.

Para facilitar el embarque, dimos fuego al pueblo, que, en el silencio que sucedió al combate, ardió con bruscas llamaradas entre el reseco chasquido de la caña y nipa de sus viviendas. Alzábanse las llamas con la rapidez y voraz combustión que puede prestarles la estopa. A la luz de la inmensa hoguera, que alumbraba un trozo de plaza, reflejaba bruñida franja de mar, en cuyo cono de luz se iluminó la silueta del Alerta.

Se procedió al embarque de los varios heridos conducidos en brazos hasta la gabarra. Y la luz del incendio se pasó á recoger un soldado muerto que cayó desde un estribo del puente al arroyo.

¡Triste ceremonia! Chorreando fango y sangre, fué preciso sacarle del fondo del río, y envuelto en una manta, se le depositó en la orilla de la playa.

Sin picos ni palas para poderle enterrar en el cementerio del poblado, fué preciso que los mismos soldados abrieran con las manos una excavación en

la arena al ras de las aguas, y se eligió como señal un grueso madero empotrado á raíz de algún naufragio.

¡Náufragos los dos de una borrasca de la suerte, desde aquella noche iban á dormir juntos con inerte é idéntica inmovilidad!

Chorreando sangre y barro, descansó el desmadejado cuerpo en el fondo de la fosa, y antes de darle tierra, ordené arrodillar la compañía para que orase por el cuerpo del camarada que se iba á abandonar para siempre.

El voraz incendio del pueblo aumentaba en ráfagas los reflejos, y á su incremento chirriaba el combustible entre desmayos de troncos y quejidos de muerte de la madera verde.

En medio de un estruendo horroroso de chozas calcinadas y al grito de «¡Viva España!» acabó la fuerza sus preces, y agitando emocionada los sombreros, cubrió las desnudas cabezas para dar principio al embarque.

Cayeron sobre la fosa arañada con las manos los últimos puñados de arena, y se procedió á embarcar la gente al mortecino resplandor de las brasas del incendio, en tanto que por el horizonte de las aguas clareaba el primer fulgor del naciente día, y á medida que las rumorosas olas, avanzando con la marea, besaban el madero inseparable del muerto,

trocando el que antes nos semejara suspiro de humilde satisfacción por rumor semejante al de doliente sollozo.





XII

A media mañana abordamos la bahía de Bagac, desenfilada de la plaza de Morón por un espolón rocoso. La mencionada bahía se abre al pie de la encrespada sierra de Mariveles, uno de cuyos estribos oculta el pueblo á la vista de los navegantes que internan sus naves por aquel rincón de aguas tranquilas y verdosas, con el verdor de estanque que le prestan los reflejos de verdura desbordante que batalla y atosiga á las peñas en el abrupto y angosto callejón de costa.

Se efectuó el desembarque por el procedimiento penoso seguido en la noche anterior. En el desierto arenal de la playa tardaron poco en aparecer grupos de gente con banderas y en actitud pacífica.

Por ellas supimos que el pueblo había huído en masa al conocer los sucesos de Morón y que su huída la inspiró el temor, refractario á toda idea de rebeldía.

Fuimos á alojarnos en el convento. El buen padre había perecido en la matanza de Morón y, según supe por las principalías de aquel municipio, los del pueblo estaban animados de deseos de venganza, porque jamás perdonarían la injuria inferida por los vecinos.

¡Si le hubieran asesinado ellos!—creí leer en la malévola expresión de aquellos rasgados ojos.—¡Pero unos extraños! Jamás, jamás se asociarían aquellos fidelísimos indios al movimiento.

Aquel pueblo, escondido en un anfiteatro de montes, limpio, coquetón, con las calles anchas y sembradas de árboles, á estilo de *boulevard*, nos sirvió de centro de operaciones.

La fuerza se alojaba en la plaza: parte en la alcaldía y otra en el convento del infortunado padre Dominico, que, al salir para siempre de sus habitaciones, había dejado en ellas un sello de beatitud y de orden semejante al de celda impregnada de monacal pureza.

Todas las fuerzas de Bataán concurrieron á operar combinadas por los contornos del pueblo y por las inmediaciones de Morón.

Durante un mes pusimos á prueba, en las penosas operaciones de transporte auxiliares de la columna, la fidelidad ó el tesón de los indios del poblado. Con frialdad cuando combatíamos con las primitivas partidas, todos ellos rivalizaban en ardor cuando el encuentro era con sus vecinos.

Por Morón, que reapareció á nuestra vista, en una de las primeras marchas, reducido á un montón de escombros y carbones, nos sirvió de excelente práctico y de fiel confidente el indio de elevada talla que hizo su presentación en cueros la noche del desembarco.

Llamábase el capitán Domingo, por haber ejercido este cargo, equivalente al de alcalde, en el pueblo derruído, y la amargura de su historia garantizaba la virtud de sus servicios.

La noche que estalló la insurrección, y después de presenciar los asesinatos, tuvo que huir de su casa, acusado por su mujer de españolismo. Él era español, es verdad; pero siempre estaba dispuesto á obedecer al que mandara, y hubiera obedecido á los asesinos. Mas la historia de españolismo la resucitaron ante las turbas su mujer y el nuevo alcalde, que harto de afrentarle con su escandaloso adulterio y acabando por servirle de estorbo para sus locuras su

mísera resignación, decidieron quitarle de en medio, y él tuvo que salir sin ropas por una ventana y buscar refugio en el bosque.

—¡Ah!—decía con cara entre iracunda y compungida;—yo *matapan* (valiente), siempre huir sin aquel traje para tapar vergüenzas. Tu *babay*... (mujer) huir con ropa, *balutari* (cofre) y *dalagas* (solteras), para tapar la tuya.

El infortunado *cabezay* Domingo, armado de un fusil, rivalizaba en coraje y en ardor con los exploradores. Por aquellos contornos tenía el olfato de un sabueso, y á lo largo de los ríos y entre los barrizales de las profundas aguadas de la sierra, sabía hilvanar los rastros aun cuando fueran á borrarse por la corriente de las aguas.

Una noche acampábamos en una de las márgenes del Alibau y frente á uno de sus vados en paraje próximo á la desembocadura. La corriente del río, deslizándose mansa, batallaba con la invasión de la marea. Las márgenes, cubiertas de espesa vegetación y salpicadas por pequeñas calvas de prado, iban estrechándose hacia el fondo hasta perderse entre un laberinto de estrechas gargantas que formaban los tupidos farallones de la sierra. En el fondo de aquellos boquetes sumidos en un tinte sombrío y en una paz siniestra, habíamos reñido en la última jornada uno de los combates más sangrientos. Acababan de encenderse las hogueras de los ran-

chos que el viento aventaba y hacía oscilar á la vez que los altos bambús, y manchaban con lumbre rojiza al ras del suelo el espacio iluminado por una clarísima luna que, alumbrando desde el firmamento la calva de pradera fronteriza al vado, iba á rielar una larga extensión de río, abrillantando en ambas orillas rebaños de hojarasca bañados de relente. La tropa, empapada en barro y agua, dormía sus rudos quebrantos en el duro suelo, dentro del circuito establecido por los centinelas. Junto á un rescoldo, los heridos aguardaban, desazonados y quejumbrosos, el turno de cura que había forzosamente de hacer yo, á falta de médico. Más lejos, y ocultos por el ramaje, asomaban bajo una manta los miembros lívidos ó ensangrentados de los muertos, que por última vez dormían aquella noche á la vera de sus compañeros. Próximos á ellos, trabados de pies y manos, con los centinelas de vista, esperaban los prisioneros, mudos y resignados, la luz del alba, que había de facilitar la aplicación de la justa y dura ley de represalias.

El capitán Domingo, herido levemente en un brazo, lamentábase á mi lado por no haber podido sacar una palabra consoladora de la terca obstinación de los presos.

Ninguno quiso darle noticias de su mujer y de sus hijas. Y sin embargo, era indudable que las conocían. En el campamento asaltado se había reco-

gido una falda, manchada de sangre, que el pobre práctico reconoció como del uso de una de sus hijas y que no abandonó de la mano, haciéndola pasear ante sus ojos como bandera de su desesperación.

Cinco ó seis veces acudió al grupo silencioso de los prisioneros, y al cabo habló uno de ellos para escupir á la cara dolorosa de Domingo estas palabras:

«Tú llevar *castila* y él matar tu hija. Pero yo no sabe. La sangre de aquel ropa te dice todo: ó está herida ó empezó el camino de la madre». Aulló de dolor Domingo, arrojándose sobre el tao (indio) y despertó á los soldados más próximos, que ayudaron á los centinelas á separarle de la cuerda de prisioneros, donde quería dar fin de todos ellos.

En la noche serena y clara, las aguas crecientes de la marea murmuraban entre la broza colgada en las orillas del río.

La brisa, cargada de sales y de emanaciones de fango, removía, con vaivén quejumbroso, los erguidos y empenachados bambús, y arrancaba á ratos, del fondo de las selvas, aromas de ilang-ilang, que en el discurso de la noche lavaban dulcemente en el olfato el tufillo de descomposición y de muerte, que la humedad corrosiva provocaba bajo la manta en los cuerpos ensangrentados y rígidos.

La cura de los heridos duró por la escasez de me-

dios hasta hora muy avanzada. La del alba sería cuando la columna enderezó la marcha hacia la playa, llevando entre sus filas el triste y doloroso convoy de muertos y heridos, colocados indistintamente en mantas y hamacas.

En el pueblo, desierto y calcinado todavía, chirriaban los maderos á su pesadumbre y á nuestro paso cayeron con estrépito algunos, levantando nubes de ceniza.

La playa se dilataba á nuestros ojos y en larga extensión chispeaba bajo los rayos solares, con el infinito reflejo de conchas y espejuelos de sus are nas. El enorme madero, recubierto de algas por su extremo más avanzado á las aguas, servia con su hinchazón de resguardo á la arena removida de la primera fosa, y en su inmovilidad absoluta parecía enclavado allí para resguardar y defender de todas las borrascas del mar y de la vida á los tristes náufragos del infortunio. ¡Oh, quién sabe á través de los años y aun de los siglos, combatido constantemente por las olas, de qué triste aventura era único y exclusivo testimonio!

Se volvió á la fúnebre ceremonia que en días anteriores había dejado compañeros en la costa de Bagac á Olangopo, y sobre la arena removida de los sepulcros un tiroteo seco y simultáneo hizo volar, como trozos de cartón, los cráneos de los prisioneros.

Abandonamos la playa para proseguir las opera-

ciones é internarnos en el bosque. Los buitres, que nos habían seguido en la marcha, cerníanse con vuelo circular sobre el grupo recientemente fusilado, que manchaba el tono uniforme de la costa, bañada de sol é inundada de múltiples reflejos arrancados á las conchas y piedras que al ras de las aguas, y á impulso de la marea, entrechocaban rumorosas, cantando bajo las espumas un himno levantisco y solazado.





XIII

Volvimos á Dinalupiján, cabecera de nuestra zona, y próximos á la entrada del pueblo salió á recibirnos el destacamento de los pequeños *blockhaus* que dejamos para defender las entradas; y con la fuerza salió á la carretera el público y una comisión de las principalías. La noticia de la pacificación de la vertiente opuesta se divulgó antes de que llegáramos, contribuyendo el éxito á fomentar nuestra autoridad, que fué recibida entre aclamaciones, banderas, músicas y otros excesos.

Duraron las fiestas y los agasajos el tiempo de descanso que necesitó la desnuda tropa antes de reponerse para salir á batir de nuevo los núcleos dispersos del otro lado de la sierra.

Se permitió el juego del panguinguí (juego de cartas), se alzaron en la plaza cucañas, y al son de la música, que erró incansable por las calles, se hartó la plebe de bailar el *gubli*, el *cutang-cutang*, el *osé*, el *estejarro* y aun el *culitangán* y el *moro-moro*, importados de Joló.

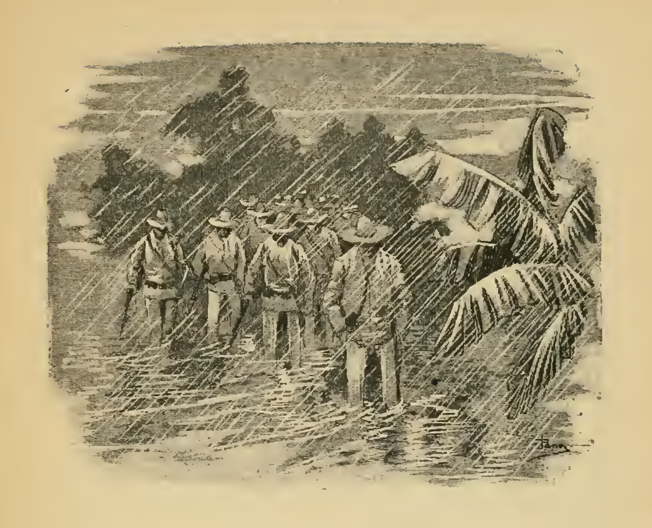
Las principalías vinieron á servir nuestra mesa en el alojamiento, y para festejar á los suyos, al día siguiente de nuestro arribo, se dispusieron en la plaza buen número de *carejais* (cazuelas) y *canas*, repletas de *morisqueta* (arroz) con leche de caraballa y *dinuguan*. Bazofia que, después de hacerse fiambre, sirvió indistintamente, al cabo del día, á las gentes y á los perros.

En el convento, que nos servía de cuartel por estar ausente el cura indígena, organizamos un baile, al que asistieron las hijas de los *cabezay* (tenientes alcaldes): Totay (Carlota), Wena (Eugenia), Guicay (Francisca), Charin (Rosario), Pelan (Rafaela), Chate (Manuela), Asón (Consolación). Todo lo más selecto de las *dalagas* (solteras), dando á la espalda la suelta cabellera engarzada de abalorios y espejuelos y enjaezadas con los más vistosos colores en ropas y *chapines* (chinelas).

Muy complacidas de nuestro agasajo, salieron á altas horas de la noche *dalagas* y *matandás* (doncellas y viejas).

Terminada la fiesta, disuelta la música y contemplando el desfile desde una de las obscuras ventanas del convento, vi que las mujeres, formando fila y dando espalda al edificio, se remangaban con una mano el delantero y con la otra alzaban levemente la cola del vestido... Un repentino chaparrón me hizo retirar del observatorio recelando lluvia y mirar al firmamento, que, estrellado y sereno, fulguraba con guiños luminosos viendo la erguida guerrilla femenina satisfacer una necesidad con violencia de turbonada, y del modo más antiusual y caprichoso que puede imaginarse el burlesco lector.





XIV

Cuando al cabo de algunos días de reposo, nos disponíamos á emprender nuevas operaciones, telegramas de Manila nos llamaron á la capital, para coadyuvar á la invasión de la provincia de Cavite, dando por pacificada la nuestra.

Despedidos por el pueblo, volvíamos al cabo de tres meses á desandar camino; y á lo largo del polvoriento que nos guió á la llegada, emprendimos la marcha guarecidos del sol por el celaje de una mañana cenicienta y nebulosa.

Al final de la jornada, y próximos al río grande de la Pampanga, se extendieron por nuestro frente los cañaverales arrasados y las chozas carbonizadas de la lejanía. Cielo y firmamento tenían un color uniforme, desolado y triste. Volví los ojos á la columna que caminaba con paso rápido, y á la vista de las crespas sierras de Bataán que cerraban entre brumas el horizonte, me paré invadido de tristeza á recontar el número de los que, en los hospitales ó aprisionados para siempre en las arenas de la playa, faltaban de regreso á lo largo de aquel camino polvoriento.

Fueron apareciendo á nuestros ojos las primeras casas de Florida Blanca, y después de atravesar una hilera de chozas, se destacó la coquetona casita del Sr. N... ¡Qué triste! ¡qué distinta!... En el peristilo, tres de las hijas, vestidas de riguroso luto, nos llevaron á la habitación, donde el padre convalecía del último ataque cardíaco... En aquel corto espacio de tres meses, la implacable muerte se había llevado á la menor de las hermanas, y de refilón dejó, con el disgusto, la parálisis en las piernas del pobre viejo.

Las esperanzas abrasadas aparecían en el semblante del anciano con el mismo tono ceniza que cubría los restos del cañaveral, un día lozano.

Habló con esfuerzo de su desgracia, y los plácemes por nuestra campaña acabaron con un ahogo

que le hizo caer en profundo desaliento, del que salió entre pausas con tristes profecías:

—Nos íbamos para no volvernos á ver... La guerra quedaba encendida abajo, y las pequeñas partidas que dimos por sofocadas, serían diminutas chispas encargadas de propalar á sus anchas el incendio. La sumisión del indio sería el mejor combustible... Pasaría igual en Cavite, y después en todos los puntos del archipiélago... España tendría fuerzas para apagar las llamaradas de la hoguera, pero dejaría que sobre el rescoldo alentasen los odios de tres siglos de abandono y de injusticia... No tendría la suerte de ver acabar á los suyos en medio de una catástrofe general...El se iría, y las huérfanas, minadas por las enfermedades y asechanzas de aquel país pérfido, sobrevivirían para quemar tal vez sus virtudes en el desastre...

Salimos de la casa con el corazón oprimido, y empujados por la orden apremiante que nos llamaba á Manila.

Las nubes choriningaban finísima lluvia, que, salpicando el polvo, comenzaba á embadurnar el camino.

Volví la vista al chalet, y en lo alto de la escalera, vi las enlutadas siluetas de las huérfanas que lloraban silenciosas, saludándonos á través de la cortina de llanto implacable que bajaba espesando desde el firmamento, y empezaba á anegar los cam-

pos á derecha é izquierda del enlodado firme de la carretera.

Se arrebujó la tropa en las mantas, y después de atravesar un platanar cuyas anchas hojas tiritaban lacias y encogidas bajo la lluvia, seguimos bordeando el pueblo, á lo largo de la calzada, que amenazaba convertirse en canal, bajo el pertinaz lloriqueo del cielo ceniciento.

En aquella triste etapa nebulosa, echando á un lado molestias del cuerpo, recordó con insistencia mi apenado espíritu los versos de un querido amigo:

«Ciertos días de lluvia producen
tristeza en mi alma,
y es, sin duda, que hay nubes que tienen
vapores de lágrimas».





XV

Los sucesos de la guerra y la actividad en los preparativos de la campaña que iba á emprenderse en Cavite, había impreso en el ánimo de las gentes, y aun en la vida regular de Manila, un estado de febril impaciencia y de actividad desusada.

La aglomeración de batallones peninsulares en la capital, desbordó, durante unos días, las tropas ociosas á lo largo de las calles y paseos.

La nota dominante era el soldado peninsular ó indígena; aquél en grupos de camaradas á quienes el hábito hacía marchar en guerrilla, paseando una curiosidad perezosa; el indígena siempre solo, de escasa talla, ágil y diligente, vestido con rayadillo á la usanza del europeo y diferenciándose de éste en el arremangado pantalón, que por junto á la rodilla dejaba al desnudo piernas y pies descalzos.

Los ejercicios de las tropas de á pie, de las fuerzas montadas ó de las baterías que acababan de organizarse, paseando su estruendo en los constantes desfiles, á lo largo de las calles de la ciudad murada ó de los arrabales, daban á la población juntamente con los batallones de voluntarios y las innumerables guerrillas reclutadas por casinos y gremios, un aspecto de campamento que enardecía los ánimos, y que llevaba las conversaciones como necesidad ambiente al tema exclusivo de la guerra.

Por mi buen amigo Argüelles, me puse al tanto de los sucesos pasados: Bulacán, la Laguna, los montes de San Mateo y todos los grandes núcleos de la insurrección estaban casi pacificados, excepción hecha de la provincia de Cavite, que permanecía intacta y fortificada en poder de los insurrectos, que habían acumulado en ella todo género de recursos, y á juicio de los confidentes, habían engrosado las filas de defensores con las partidas dispersas de las

otras provincias. No andaba la insurrección escasa de ánimos, pues días antes se habían atrevido con su generalísimo Aguinaldo á llegar á las puertas de Manila y, rechazados, todavía intentaron cruzar el Pásig, para invadir el norte de Luzón.

Cacarong de Siler, el combate de las Lomas de San Mateo, y otros muchos victoriosos para nuestras armas, no habían servido para escarmentarles, pero sí para sembrar el luto en la población mestiza é indígena de la capital.

Noté la observación de mi amigo. Vi en efecto que eran innumerables en las mujeres las tocas negras, y que desde mi salida había aumentado considerablemente, en los brazos de los señoritos malayos, el número de gasas con que era uso marcar el luto.

En el hotel de Oriente, la guerra había impreso su asolador trastorno, y con él había desaparecido aquella pulcritud y serena paz de los primeros días. A lo largo de los anchos pasillos pavimentados con suntuosas maderas, y por algunas entreabiertas puertas, se exhalaba un olor fuerte á iodoformo y gasa fénica. Supe que eran muchos los oficiales heridos, para quienes la estancia en el hospital suponía una cruel tortura, y que al cabo de súplicas habían obtenido habitaciones en la fonda.

La linda exgobernadora, de vuelta á España, no

tuvo ocasión de presenciar estos horrores, y por aquel mismo entreabierto cuarto que con su ausencia dejó vacante, vi, á la sazón, la puerta sin cerrar, y á la semiclaridad de un hilito de luz que desde la ventana entornada iba á iluminar el espejo, vi la misma cama; y á sus pies, esparcidos por el suelo, gruesos burujones de algodón en rama de algún paciente herido, cuyas quejas creí á mi paso entreoir en el fondo sombrío de la habitación.

Los sucesos de la guerra y los preparativos de la campaña no habían turbado la paz ambiente y la serenidad luminosa del firmamento que, entre llamaradas de fuego ó múltiples y diminutas brasas, envolvía á Manila en la reposada sucesión de los días y las noches.

La principal agitación y concurrencia vivía en las calles céntricas de los arrabales, ó á lo largo del puente de España. La ciudad antigua, dentro del cinturón leproso de sus murallas y la mole de los conventos, daba al espacio sus torres, que con el incesante y monótono clamoreo de sus campanas adormecían la somnolencia canónica de aquellas calles vetustas del Manila viejo, invadidas á toda hora de unción y de sombra.

Los chalets de los alrededores, y las fincas pintorescas de las margenes del río, fué despoblándolas el miedo: y abandonadas por sus moradores las

pintorescas casitas, parecían, á lo largo de las calzadas, coquetonas y compungidas en su aspecto desierto y desolado, llorar su abandono entre el desmayo de p'átanos y palmas atosigadas por el abrazo de una vegetación trepadora y anárquica que, con fuerte olor de selva, robaba al espacio el aroma dulcísimo del *ilang-ilang* y la *sampaga.*

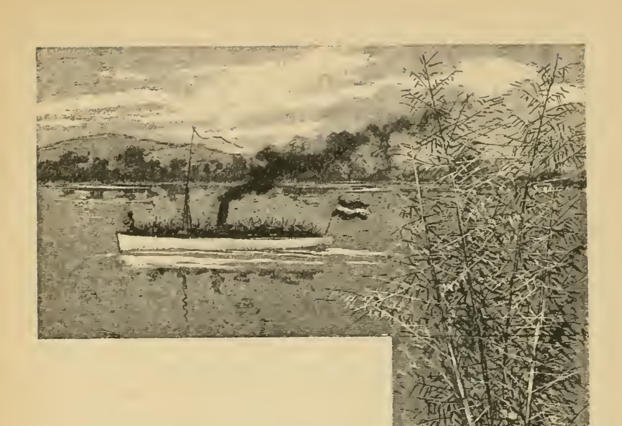
Una noche, en el paseo de la Luneta, me llevaron al rincón donde se habían efectuado los últimos fusilamientos. El paseo estaba concurridísimo, y sobre las gentes flotaba una ligerísima gasa de polvo que brillaba á luz, y que en vano intentaba aventar la brisa de las aguas, que con rumorosas olas iban á morir al pie del paseo de los coches.

Sobre la tierra seca que había recibido de golpe los cuerpos sangrientos de los ajusticiados, me contaron detalles del drama que mantuvo con serenidad estoica á los más animosos, en tanto que á otros hubo necesidad de conducirlos como fardos, y quien de entre ellos—el nombre no hace al caso—fué forzoso transportarle al lugar de la ejecución en una espuerta.

En alas del viento, vino hasta nosotros un chaparrón de notas de una alegre sonata que la música acometía en el kiosco del inmediato y polvoriento paseo. Desde el fondo de éste, arrancaba la costa que iba á perderse á lo lejos en territorio enemigo;

cuya presencia denotamos por el resplandor de innumerables hogueras, que en los confines de la sombra y por la cara del mar fulguraban alternativamente con parpadeo iracundo y amenazador.





XVI

Empezó á desembarazarse de tropas la capital. A lo largo de la margen izquierda del Pásig, fueron tomando puesto los batallones y las brigadas que habían de formar las columnas invasoras de Cavite. Con arreglo al plan del general en jefe, una brigada amagaría la línea del Zapote, en tanto que la división del flanco izquierdo (dos brigadas), iría á ganar las estribaciones del Sungay, y siguiendo el declive del terreno, envolvería el mencionado

río, atacando de revés y por el flanco los obstáculos del terreno y las obras de fortificación levantadas por el enemigo.

La campaña preparada en los meses anteriores había de producir maravillosos efectos.

A juzgar por los resultados de los trabajos preparatorios de gabinete, la terrible ecuación de la guerra se solventaría á favor nuestro. Contra todos los elementos auxiliares de la insurrección, se iban á acumular tropas y medios organizados con labor pacientísima y previsora:

¿Se aplicaría con toda su plenitud el coeficiente del esfuerzo humano, individual y colectivo, para que el plan de nuestras tropas surtiese efectos venturosos?

He aquí la incógnita que lleva en la guerra la incertidumbre á las más sublimes concepciones del arte. Basta un desgaste del útil ó una mala aplicación en su empleo, por momentánea que sea, para desbaratar la obra mejor concebida del artista.

A lo largo del río, á pocas millas de Manila, y ocupando las barricadas y los espacios despoblados de una extensa superficie que alcanzaba hasta Pateros, acampaban ó vivaqueaban los batallones peninsulares ó indígenas, y mezclados con ellos, en barracas y corralones, las fuerzas de caballería y las baterías recientemente organizadas esperaban juntamente con los servicios de ingenieros, ambulancia

y administración militar, á que estuviese concentrado todo el material indispensable para el avance.

A la vera del río, de márgenes festoneadas por arbustos y brozas, entre erguidos mechones de bambús que iban á sumergir algunas filachosas cañas en la blanda corriente del ancho cauce, los vendedores ambulantes habían establecido, de antemano, innumerables puestos que daban al campamento aspecto de romería.

Discurrían los soldados ó formaban corrillos en que se mezclaban los cuerpos, institutos y las armas auxiliares.

Por las ventanas de los *bahais* asomaban camarillas de tropa ó tertulias de oficiales, improvisadas junto á un velador en sus alojamientos.

La marcha por la alineación rectilínea del camino que seguía paralelo al río, se hacía embarazosa por los grupos que rodeaban los puestos; por el ir y venir de los soldados y por el sinnúmero de carricoches que, portadores de voluntarios ó curiosos, seguían de reata á los furgones, á las acémilas y á toda la balumba de transportes que, aforados á guerra, iban á servir para organizar el convoy de suministros. Carros y gente se apartaban á intervalos del camino para dar paso á pelotones de fuerza montada que pasaban envueltos en una tromba de polvo. Por el lado del río los vaporcillos que hacían la travesía á la Laguna, subían y bajaban con regu-

laridad, conduciendo los ascendentes todo el material que iba á necesitar la división del Sungay. Entre roncos y prolongados silbidos de sirena, acogidos con aplausos y gritos entusiastas por las soldados, de la orilla, deslizábanse veloces cortando la mansa corriente los vapores de arboladura rasa, llevando sobre cubierta, alternativamente, pelotones de tropa, que saludaban con los sombreros; ó material de guerra, por entre cuyos armones, cureñas, cajas y morteros asomaban en apretado montón, y estirando los pescuezos por encima de las bordas, mulas y caballos, cuyas orejas enderezaba el recelo, que á la par hacía abrir desmesuradamente los ojos de las pobres bestias que veían azoradas el rápido y múltiple cruce de las desfilachadas cañas de las orillas.

No cesó en todo el día el cruce de vapores que iban á perderse en un recodo del río entre penachos de humo y sacudiendo en popa, con la trepidación de la arrancada, la bandera española desplegada al viento con rumorosa ufanía.

Sobre el camino, en que flotaba el polvo sacudido por el ir y venir incesante, habíanse engrosado los grupos de los puestos de vendedores. El sol, que chorreaba fuego, caía á plomo sobre la cabeza de los soldados, abrillantando el enjambre de los sombreros de paja. El humo de los ranchos encendidos en cada uno de los campamentos á lo largo del camino,

venía á impulsos del viento á sofocar la abrasada atmósfera.

Todas las conversaciones versaban, entre soldados y oficiales, sobre el mismo tema: las operaciones pasadas; los riesgos corridos; las fatigas y las penalidades de la zona que acababan de dejar.

Para todos los trabajos de sus batallones y aun los personales de cada narrador, excedían á los de los oyentes; y enardecidos por las disputas y las apuestas bajo aquella atmósfera enrarecida por el polvo y el humo, en medio de la infernal algarabía de gritos, órdenes y voces, los corros se animaban y bastaban unas gotas de alcohol para caldear aquellas cabezas aprisionadas en los paveros de *yarey*, que chispeaban lumbre al reflejo solar.

Oí á mi paso hacer pactos y apostar atrocidades. Nadie ponía en duda el éxito de la campaña, y para aseverarse cada uno en medio del ardor del entusiasmo y de la discusión, le bastaba contar con su propio esfuerzo.

Los soldados indígenas discurrían descalzos y silenciosos ó en grupos lavaban sus ropas ó bañaban el cuerpo en las márgenes del río.

El ir y venir de coches y de patrullas montadas siguió incesante, apartando los grupos del camino; el silbato de las sirenas hendiendo los aires del lado del río, hacía juego á ratos con los clarines y corne-

tas que llamaban á facción ó servicio á cada uno de los cuerpos é institutos.

A la caída de la tarde, y entre nubes de fuego que iban á colorear las aguas del Pásig, pasó por delante de mi alojamiento la brigada auxiliar china que llevaba á hombros, y chorreando sangre, los despojos de una ganadería descuartizada. Fué distribuyéndose la carne á los cuerpos, y por largo espacio peso sobre el ambiente que coloreaba el rojizo crepúsculo un olor nauseabundo á carne desollada y á matanza. Sobre un corralón que se extendía á mi vista, refrotábase y piafaba impaciente el ganado de la artillería; y más lejos cuatro piezas de bronce, cuyos tubos centelleaban con siniestra oriflama, alineábanse correctas custodiadas por dos centinelas.

La tarde iba decreciendo y por el camino, recientemente ensangrentado, con el chorreo del convoy de carne descuartizada, los grupos renovábanse de nuevo y renovaban el ardor de las conversaciones.

A la vista del suelo manchado de sangre que empezaron á barrer los pies en medio de la soflamación del espacio lleno de voces, de agudas notas de cornetas y de destemplados sonidos de clarín; respirando el aire polvoriento impregnado de tufillo carnicero, sentí la soflama de un ardor idéntico al de los grupos subir desde el fondo de mi sér y el sedimento de la bestia primitiva, la levadura del *norso* prendió

en mi sangre que palpitó en las arterias, impulsándome á destruir, á gritar, á hacer locuras.

¿Tendría éxito la campaña? Sí. No había duda. El ardor de la ejecución sacaría triunfante el plan meditado.

Las primeras sombras de la noche disiparon las de mis dudas; y mi fe se encendió en la viva claridad con que á lo lejos brillaban las hogueras de los ranchos.

¡Ah, qué distinto aquel estruendo de guerra enardecedora y preparada, del lento, silencioso y estéril sacrificio de Cuba! La muerte se cerniría igual sobre los dos campos, ¡pero qué distinto morir á la vuelta de un recodo, de bruces en la bajada de un arroyo, á caer á la vista de todos, sobrepasando el esfuerzo común, en el estrépito del combate y llevando en la cabeza la borrachera de la vanidad consagrada á enardecer el valor del guerrero!

Evoqué otros tiempos, otras edades. El vasto campamento, con las múltiples luces de los coches y los farolillos de los puestos, trajo á mi mente la imagen de una tribu guerrera que acampaba en el camino para proceder á una invasión sangrienta y exterminadora. Entre el *lusco y fusco* de la noche estrellada y de los innumerables farolillos, las sombras se agigantaron; y á lo largo de los penachos de bambú que ornaban el camino; en medio de de la infernal gritería, creí adivinar un trozo de selva norman-

da acaparada por una legión de guerreros del Norte: el *norso*, el bárbaro, que nuestra civilización detesta, vivía allí porque vivirá allí por desdicha entre nosotros todo lo que viva este mísero caparazón humano.

La soberbia nos hacía detestar la guerra para sufrir con más crueldad la imposición de sus tormentos: el *norso* tuvo un Thor é hizo de la guerra una religión; aquella religión, ruda, grave, pero sincera, que produce austera impresión, pero consagración del valor—dice Carlyle—bastó para aquellos viejos y valientes *norsos*.

Pero esta misma guerra que la civilización maldice, para caer en ella á su despecho, no tiene entre sus religiones el consuelo del paganismo semibárbaro que hacía justa toda causa puesta al servicio del valor y del esfuerzo, y servíase de las walkirias para entresacar de entre los montones de muertos y conducir á mejor vida á los que se sacrificaron al heroísmo.

La sirena de un vapor que cruzaba el río, retumbó como enorme caracol de guerra é hizo aletear en el tejado de mi alojamiento una bandada de buitres que, en espera de nuestras operaciones, iban á su vez tomando alojamiento á nuestra vera.

Cornetas y clarines llamaron á lista de retreta y el camino fué quedando despejado.

Volví á la realidad, olvidando la leyenda de las

walkirias: la civilización humanitaria y piadosa deshizo la fantasía pagana, pero, sin poder deshacer la guerra, enseñó que sólo los buitres y los cuervos —que á la sazón esponjaban sus plumas en el tejado de mi alojamiento—tenían la virtud de visitar los muertos en el combate para sacarles de los montones y picotear indistintamente los vidriados ojos de los violáceos y ensangrentados cuerpos.





XVII

Fué necesario dar desarrollo y colocación á las fuerzas, y al quedar aislada la brigada del Zapote, fuímos formando parte de ella á alojarnos en *Culi-Culi.*

Muy cerca del poblado, improvisamos una choza con pencas de palmera y hojas de plátano que renovábamos á diario con el auxilio del inmediato platanar.

Nuestra situación, á vanguardia de la línea general de la brigada, exigió un penoso servicio en los días que precedieron á las operaciones.

De noche, singularmente, era preciso establecer

emboscadas y servicio de escuchas á lo largo de los caminos, y por este procedimiento, logramos dar caza á los numerosos confidentes y espías que del lado del enemigo se aventuraban con mensajes á atravesar las líneas.

La maniobra era por extremo pesada y exigía interminables noches de espera, en que por ahogar todos los ruidos, al menor estremecimiento del bosque, sofocábamos la respiración contra el suelo ó entre puñados de broza. Rastreaban los reptiles por entre la hierba y su paso hacíanos vibrar de emoción y agolpaba los latidos de la sangre en las paredes del pecho. Fueron varios los espías que, al caer en nuestro poder, pagaron con la vida, sobre la hierba reseca de las camadas improvisadas por una noche de acecho en los rincones del bosque, su arriesgada empresa. No era posible hacerles confesar su misión, y con juicio rápido y previo iban á tragarse la vida y el secreto en una encrucijada de la selva, al romper el día.

Una mañana, tras los preparativos de la víspera, nos tocó emprender la marcha flanqueando el resto de la brigada que había salido de Pateros. Ibamos á emprender la marcha á través del desierto limitado á nuestro frente por la laguna de Bay y por el río Zapote. A prevención se hizo que la tropa cortase en el bosque bombones de caña para conducir el agua, que no encontraríamos en toda la jornada.

Forman el desierto una sucesión de altillanos de tierra agrietada y arenisca que aprisiona los pies y embaraza la marcha. Algunos mechones de vegetación escueta y reseca manchan la vasta superficie de aquel amarillento mar, surcado por lomos y depresiones que semejan gigantescas oleadas de arena. El polvo arenisco que movían los pies en su marcha y que el sol caldeaba antes de adherirse al sudor del cuerpo ó de entrar en cada aspiración, por narices y bocas, consumió en las primeras horas de jornada el agua de las cañas y pronto la sed, en la reseca del ambiente que aspiraban los pulmones jadeantes, se hizo sentir á lo largo de las fuerzas del flanqueo.

La columna principal, lejos de nuestra vista, plegaba y desplegaba sinuosamente el lomo, como un largo gusano de brillantes escamas. Dos ó tres veces, en lo alto de un repecho, alcanzamos á ver la artillería y la impedimenta que como enorme panza del reptil brillaba al sol con el resplandor lustroso de múltiples espejuelos.

La caballería se destacó en largos cordones que tremolaban husmeando á modo de antenas. Fué preciso al medio día dar un descanso á la tropa y se concedió en lo alto de un cerrito desde el cual, para mayor tortura de la sed, alcanzamos á divisar en la lejanía la enorme extensión de la laguna rizada en ondas y cerrada por una borrosa línea de montes:

—¡Agua! ¡agua!—se oyó exclamar en la columna, y la imagen de aquella azulada superficie que bañó ligeramente de humedad las primeras bocanadas de brisa que nos refrescaron en el montículo, sirvió para encender é irritar el deseo.

Vana esperanza de tocar los bordes del lago. La marcha volvió á emprenderse torciendo á la derecha, para no abandonar la divisoria en que era de presumir alcanzaríamos las primeras resistencias del enemigo.

Creció el tormento á la vista de las aguas distantes, y las brisas ligeramente mojadas endulzaban de momento el paladar, dejando á su paso en la garganta una impresión de fuego.

Abrasaba el sol las cabezas y la imaginación caldeada y expansiva tornaba los ojos al lago y se torturaba con deleites que no saciaban el deseo.

Durante la marcha, sintiendo vacilar las piernas á cada tropezón del terreno resquebrajado, traté de cerrar los ojos á la vista de las aguas; ¡inútil empeño! la imaginación saboreaba delicias que acabaron por abrasarme el paladar y me encendieron la lengua con tan reseca picazón, que tuve necesidad de aspirar con la boca abierta las tenues emanaciones de fresca brisa que el sol secaba por instantes. Acabé por dejar á los sentidos y á la mente libre desenvoltura, y con ficciones de sonámbulo, andaba largo trecho: la imaginación bebía en la laguna;

primero humedecía los labios; después á pequeños sorbos, y por fin, no saciándose con sendos tragos del agua dulzona y cristalina, bebía oleadas enteras y acababa por secar el cauce para beber barro. Comenzaron á zumbarme los oídos y noté en las amígdalas agudas punzadas que subieron hasta el fondo del pabellón de las orejas.

Un tiroteo seco y lejano nos llevó la vista hasta las fuerzas montadas, que se destacaban en el fondo azul del horizonte entre nubecillas de humo. La columna aproximándose se había hecho más perceptible, y las escamas brillantes del reptil fueron á nuestros ojos el reflejo de armas y marmitas de la tropa.

Pronto íbamos á entrar en la demarcación de Almansa: punto fortificado del enemigo y final de nuestra etapa si lográbamos su asalto. Sobre una de las eminencias de la divisoria que seguíamos, eché un vistazo al paisaje: por el frente el Sungay se elevaba sobre la línea de montes que cerraban la laguna; á modo de foso se extendía á la derecha la línea de vegetación del Zapote y, formando una sarta á lo largo de nuestro flanco derecho, los blancos paredones de los pueblos de Parañaque, las Piñas y Cavite escondíanse á lo lejos en una línea sinuosa de verdura confinante con el mar.

A la puesta del sol alcanzamos la carretera y seguimos la huella de la columna principal, cuya van-

guardia acababa de entrar en las chozas de Almansa sin resistencia alguna. Un polvo rojizo cuyo tono aumentaba el reflejo del sol poniente cubría el firme del camino, y por él pisamos como sobre una alfombra consoladora, hechos los pies á los terrenos y resquebrajaduras del desierto.

A nuestra izquierda y distantes, para mayor crueldad, un tiro de fusil, ondeaban las aguas de la laguna. El último trozo de la jornada lo hice caminando como un autómata, atormentado por fortísimo dolor de cabeza y abriendo y cerrando los ojos entre visiones de lumbre.

Muy cerca de las trincheras abandonadas de Almansa, una charca verde y viscosa que vigilaba un cordón de centinelas impidiendo acercarse á la tropa, cruzamos al paso, y en las márgenes del barrizal fuí á hundir piernas y brazos abrasado por la fiebre.

Sin las horas de aquella noche nunca hubiera tenido la percepción del tiempo eterno. Acampamos en uno de los fuertes más inmediatos á la charca viscosa, que servía exclusivameute para bañar carabaos. Con las primeras sombras de la noche me acosté sobre paja de una choza, acometido de un intenso frío febril. No había esperanzas de beber una gota de agua; la tropa no pudo hacer rancho y comió en seco carne de carabao asada á la lumbre de las hogueras.

Conservo como un borroso delirio la impresión de la noche aquella. Vino á verme el médico del cuerpo, y después de pulsarme ordenó se me dieran unas pinceladas de iodo para bajar la inflamación de la garganta.

Fueron horriblemente crueles las primeras horas; la quemazón del iodo, la sed de la fiebre y la horrible reseca de la garganta cuya hinchazón me impidió tragar saliva, estuvieron á punto de enloquecerme:

—¿Por qué era aquello? ¿Por qué acampábamos sin agua? No lo supe entonces, ni lo sé ahora, pero sí supe aquella noche por qué grados pasa la razón para llegar al desvarío. Sacudido por el frío intenso de la fiebre, me creí transportado en medio del fangal y en él, á cada esfuerzo para inclinarme á beber el verdoso líquido, me hundía en un pozo sin fin, cuya profundidad aumentando con cada uno de mis esfuerzos acababa por robarme el aire. Otros ratos me atormentaba la visión de la laguna: á ella había podido llegar sigilosamente y á rastras burlando el cordón de centinelas. Pero ¡inútil afán! ¡vano empeño! No podía beber las aguas porque los bordes del lago eran de tierra abrasada que quemaba las palmas de mis manos. Volvía desesperado á la caminata de regreso. Mi imaginación calenturienta me deparaba en el delirio un escondido pozo, en cuyo fondo brillaba el agua. Bajaba quebrantándome los

huesos de pies y manos con mil trabajos y el desengaño borraba la mentida ilusión: mi mano sólo alcanzaba puñados de negruzco barro, en cuyo fondo el fulgor de una estrella fingía el mentido reflejo del agua.

Recordé la sed bíblica; la sed de los desiertos; la horrible sed de las caravanas, que después de agotar la sangre de los camellos disputa la de los hombres: al cabo yo bebía sangre también y notaba en el paladar el gusto tibio y nauseabundo de la sangre ¿de la sangre de quién?...

Quedó adormecida la imaginación y el deseo, irritado hasta el paroxismo, agotó la sensibilidad: ahora me rodeaba el agua por todas partes y refrescaba mi paladar sin poder deslizarse á través de la garganta obstruída: perdí por un momento la sensación de la sed y subió á mi boca la repugnancia y la hartura del mismo sorbo bebido por la mañana: así, con esta repugnancia, reflejo de la sensibilidad agotada, logré descansar algunas horas hasta la entrada del nuevo día.

Sobre el caballo, que me cedió un compañero, dormí al regreso la modorra de la fiebre... Recuerdo que, á pocos pasos del malhadado campamento, se encontraron unas fuentes que sirvieron para saciar la sed rabiosa de los soldados y la mía y llenar de nuevo los bombones.

La marcha de regreso á Parañaque fué para mí

penosísima. Las tierras, los campos, los montes recorridos el día anterior, daban vueltas en torno de mi cabeza, y ésta amenazaba estallar apretada por la fiebre y cocida por el sudor que borboteaba al sol.

En la última hora de jornada, el enemigo, que había prendido la retama reseca de extenso campo, estuvo á punto de dar fin de la retaguardia que contó por docenas los casos de asfixia fulminante.





XVIII

A Parañaque llegó una mañana el cuartel general.

Todavía en mi cuerpo y en mi espíritu vivía candente la impresión de la pasada marcha.

La sed, la horrible sed soportada había servido á juicio de los técnicos para economizar sangre en la toma y posesión de Almansa. Pero ¡ay! que estos cálculos de gabinete fallaron á última hora, por no

darle al factor de la resistencia humana el valor limitado que tiene. La asfixia en el regreso consumió más hombres de los que hubiera podido consumir la resistencia del destacamento encargado de guardar al pueblo. Sólo en la brigada de chinos encargada de transportes se cebó la muerte en montón:

—¡Opio! ¡opio! *señolía,*—y tomando repentinamente la amarillez del ámbar quedaban rígidos en el campo, y había que cargarlos sobre las acémilas retirándolos de la candela que el enemigo acababa de prender.

Muerte sin gloria, sin sacrificio, sin otro esfuerzo que el de la vida al escapar á chorros por los poros al no poder hallar salida por la respiración sofocada. No irían seguramente las walkirias á entresacar los más gloriosos de aquellos prosaicos muertos: ni aun los buitres ni los cuervos que nos siguieron en la marcha se atrevieron á aventurarse en la densa capa de humo que nos envolvía.

Siguieron los preparativos en el cuartel general para dar el asalto á Pamplona. Dueños de este otro punto, lo éramos de la línea paralela que amagaría el Zapote.

La noche anterior á la salida se distribuyeron las fuerzas, y á los que nos tocó formar parte de la vanguardia acudimos á recibir instrucciones directas del Estado Mayor General.

Al salir del convento que alojaba al general en jefe, cruzámos un patio, en cuyo fondo se destacaban las enormes piezas del tren de sitio, que pocos días antes habíase acarreado con trabajos inauditos desde Manila.

Los compañeros que aguardaban á la puerta nos salieron al paso, y acosándonos á preguntas, decidimos todos pasar la noche en alegre francachela.

Recorrimos casi todos los alojamientos y fué forzoso beber en todos algo. Mascullando brindis y llevando en la cabeza á Odino y el Paganismo bárbaro, fuí á tenderme breve espacio, acompañado por los oficiales, en un petate cerca de los soldados de nuestra compañía que roncaban á pierna suelta desde las primeras horas de la noche.

Llegaron las del alba, á mi juicio, en un abrir y cerrar de ojos, y el toque de diana me hizo incorporar con un quebrantamiento general de huesos. Salió silenciosa y adormecida la tropa de los alojamientos, y formando á lo largo de la calle, se distribuyó el café á la escasa luz de la hoguera que había servido para su cocción. Las primeras brisas de la mañana acabaron por despabilarme con una aguda sensación de frío. Tomé una taza de café del de la tropa y, en tanto aguardaba órdenes, recapacité en las que me comunicaron la noche anterior:

«En Pamplona había acumulado el enemigo el núcleo principal de sus defensas, y era preciso apo-

derarse de ellas á toda costa. El trabajo de la vanguardia debía ser de tanteo y esperar, caso de ser insuperable el esfuerzo de la defensa, á que la brigada desplegase toda».

Cinco batallones, tres baterías y fuerza montada componían el total de la columna. Volví á reconstituir en la imaginación el diseño mental que me hicieron del terreno. Y tras de innumerables cálculos, asomaba siempre la pregunta de la cruel incertidumbre que había de resolverse á las pocas horas:

—¿Servirá el esfuerzo?

Roto el día, salimos del pueblo á través de unas sementeras, y á un kilómetro escaso atravesamos los puentes de caña india que nos facilitaron el paso sobre un estero. Marchaba silenciosa la columna y brillaban á lo lejos las armas como espejuelos con los primeros rayos del sol de la mañana. Todo el camino era sementera, agrietada y terrosa. A lo lejos los bosques de bambúes cortaban caprichosamente el horizonte.

La impaciencia y el sobresalto hizo á toda la vanguardia enmudecer y apretar el paso á medida que se avanzaba. Se desplegaron los primeros pelotones para husmear en la marcha los bosques y los barrancos.

Risueño abría el día y un sol alegre bañaba la dilatada extensión de las sementeras: cruzamos un pequeño *pinac* sobre un puente de caña y fuímos á

dar en las merindades de un barranco surcado de unos hilitos de agua y erizado de vegetación. Al salir de él, hirió mi mente el diseño de Pamplona y con honda emoción comuniqué mis impresiones al comandante de la vanguardia...

Por el frente apenas era perceptible una línea de bahais y frente á ella una cinta de terreno de color distinto que acusaba tierra removida. Seguimos avanzando y á medida que la columna transponía, alargándose, la cresta del barranco, fueron haciéndose más perceptibles las chozas y destacándose más la línea de las fortificaciones. Desplegaron las dos primeras compañías, y quedando la primera de reserva, enfilé con la gente, cerrando la distancia el flanco izquierdo de la fuerza desplegada.

Se daban las órdenes en voz baja y sólo gritaban roncos los tacos y los juramentos. Sobre el campo pesaban un silencio solemne y una calma siniestra y retadora.

En la sementera bañada de luz, y á la izquierda, un apretado haz de bambús, impulsado por la brisa, movía sus enhiestos penachos, por modo trágico, á nuestro paso, con signos negativos y con rumoroso estremecimiento que contrastaba con la calma del espacio.

Se hizo más distinta la línea de las fortificaciones, y al poco tiempo apareció la cresta de los parapetos dibujada en el espacio azul por una repen-

tina sucesión de nubecillas de humo, que mandó sobre nuestras cabezas una rociada simultánea con un rasgado traqueteo de disparos lejanos. Fué preciso acelerar el paso y la tropa, bajando las cabezas al chaparrón, avivó la marcha. Pronto el fuego cubrió de una gasa densa y uniforme las trincheras enemigas. No era posible avanzar sin contestar al fuego y las fuerzas desplegadas, hincando rodilla en tierra, rompieron un violento tiroteo sobre la trinchera.

De un achuchón que abrió claros en las filas, é hizo rodar gentes por el suelo, ganamos cien metros y con nuestro empuje avivó el tiroteo rabioso de la defensa. Nos fué preciso desplegar por la izquierda y acometer por nuestro frente un reducto, que, destacado de la línea general de trincheras, encerraba una nube de cabezas vistas á través de las claras del humo. No distaríamos más de seiscientos metros: y á esa distancia era preciso avanzar sin interrupción: avanzamos á pequeños saltos en medio de una agitación creciente y anhelosa y del estruendo de los disparos que no dejaba percibir las voces. En cada uno de los avances se abrían brechas en las filas y rodaban hombres como tacos, dejando claros que muy pronto cerraba el instinto defensivo de la agrupación:

—¡Arriba! ¡arriba!

Era preciso cerrar la distancia sobre el contrario:

y se golpeaba, se aullaba con voces jadeantes, con esfuerzo extraordinario como si se tratase de salvar una cuesta insuperable. ¡Se salva la cuesta más espinosa para el hombre: la cuesta de la muerte!

—¡Arriba! ¡arriba!

La ira y el azoramiento ponían en los semblantes densamente pálidos, extrañas muecas. Aullaban desaforadamente los heridos y se pegaba indistintamente á todo el que puesto en pie retrocedía:

—¡Arriba! ¡arriba!

Era preciso avanzar, tragar la muerte; ir á buscarla y sorberla con la respiración jadeante.

El reducto vomitaba un incendio. Los sombreros de los defensores ó las desnudas cabezas asomaban entre los zurcidos del humo:

—¡Arriba! ¡arriba!

La tropa disparaba enloquecida con ansia mortal, y con trémula avidez se sacaban cartuchos de las cartucheras y se avanzaba sin cesar, desperdigando municiones, cayendo jadeantes aquí y acullá con el fusil entre las crispadas manos y mordiendo, en las caídas, los terruños y el polvo con la boca:

—¡Arriba! ¡arriba!

Lamentábase el esfuerzo físico agotado, ó la moral perdida entre las salpicaduras de sangre de los compañeros muertos ó heridos:

—¡Arriba! ¡arriba!

Sonaban sin compasión los garrotazos, los golpes,

las imprecaciones que sacudían los cuerpos y saneaban las debilidades del espíritu ó las flaquezas del miedo:

—¡Arriba! ¡arriba!

Con el avance crecía la defensa; y á su vista, la ansiedad y el agotamiento amenazaban desbaratar el pecho:

—¡Arriba! ¡arriba!

Gritaban los más animosos, haciendo coro al mando... De pronto una brusca explosión simultánea, enorme, que vomitó candela hasta nosotros, sembró una tromba de hierro sacudiendo entre polvo á nuestros pies en las entrañas de la tierra. Siguió otra... y otra. Las lantacas y cañones del reducto barrían el paso, y en un momento la guerrilla retrocedió arremolinada como guiñapo que arrolla el viento, ó como vela que el huracán sacude y retuerce:

—¡Arriba! ¡arriba!

Fué preciso el esfuerzo supremo: se pisaron los caídos y el mando enderezó á palos la muchedumbre, volviendo á desplegar la tropa como flamante bandera.

¡Arriba! ¡arriba, muchachos! Metí el pelotón de tiradores bajo un chaparro á ciento cincuenta metros del parapeto. Nueva tromba de la artillería hizo leña del árbol que se abatía sobre nuestras cabezas...

Ya sólo faltaba un esfuerzo supremo... ¡El último!... Tocaron las cornetas paso de ataque... brillaron los sables por cima de los sombreros y.....

¡Arriba, arriba! En medio de una gritería infernal, entre resoplidos de ira y de sofoco, la línea toda, dando al espacio el erizado peine de las bayonetas, se lanzó tras de mis tiradores al asalto de reductos y parapetos.

Caímos revueltos con los menos diligentes y los heridos del contrario. Los cuchillos del maüser, al hundirse en los cuerpos caídos, sonaban como si despanzurraran odres.

Fué preciso tomar aliento para emprender la persecución, pero la ira y el deseo de venganza fueron llevándose la gente tras de los fugitivos.

Extendíase el pueblo formando una agrupación de bahais acribillados, y por entre ellos huía un enjambre de mujeres y chicos mezclados entre los más animosos defensores, que todavía disparaban en su huída.

Con un oficial, los tiradores y un pelotón de tropa seguí á lo largo de una sementera, acosando con el fuego á un pelotón de fugitivos.

En un bosque inmediato á un barranco, al otro lado del pueblo, di descanso á mis fuerzas y á las de mi mando.

El triunfo hacía radiar los ojos y animaba los semblantes todavía demudados. En aquel rincón

del bosque, aspiramos todos la vida entre bocanadas de aire y con una sensación de bienestar inexplicable. Por nuestra derecha seguía el tiroteo de las fuerzas de la columna que, á mi juicio, habían ido á interceptar á los dispersos el paso del río.

Proseguimos la marcha y, guiados por una india que alcanzamos, fuímos á salir á una sementera para cazar fugitivos.

Nos rompieron el fuego desde la orilla opuesta, y entre el matorral de una espesa selva, desorientado un momento por la marcha, creí que se trataba de algún pelotón disperso y lancé la gente á salvar el espacio que nos separaba.....

Caímos en pleno barrizal del Zapote, en medio de una ensenada, y nuestra presencia fué recibida con un nutrido fuego casi circular, que nos abrieron desde la línea de fortificaciones de la orilla opuesta. Fué preciso que nos desenfiláramos del recodo, y bajo una rociada más espesa que el granizo, fuímos á ampararnos de los troncos de la selva...

En aquella marcha de flanco, un golpe seco, brutal, que sofocó mi aliento, haciéndome vibrar al dolor todo el cuerpo y que contrajo seguidamente mis músculos obligándome con fuerza á entornar mis párpados, á cuyo través creí notar encendidas y diminutas chispas, me obligó á detener la marcha de la sección.

Quedé rígido, clavado en el sitio y con la pier-

na izquierda adormecida al dolor del golpe brutal. Por un roto del pantatón, poco más abajo de la ingle, asomaba una piltrafa de los bordes de la herida, y por ella salía á borbotones un hilito de sangre que hormigueaba templada á lo largo de mi pierna dormida. Procuré aplicar el pañuelo y, á su contacto con la carne desgarrada, sentí la impresión de una yesca encendida. Tuve en aquel momento el convencimiento de que me habían roto la pierna y que permanecía erguida porque le restaba una astilla de hueso. Era preciso hacer un esfuerzo, probar á andar y salir de nuestra situación comprometida en el río buscando contacto con la columna. Por nuestra derecha menudeaba el fuego de fusil y de cañón, y á nuestro frente los defensores de la otra orilla enfilaban sus disparos á través del bosque. Hice un esfuerzo y, ahogando el dolor con gritos descompuestos, saqué el revólver, temeroso de no poder seguir la marcha y ordené el avance á lo largo del río y en dirección de los disparos de artillería.

La pierna dormida vaciló sin ceder y entre candentes punzadas aumentó con la marcha la hemorragia. Comprendí que me iba á ser imposible seguir en pie algunas horas y ordené la retirada para buscar, atajando, contacto con la columna.

¡Dolorosa marcha!... Rezagado en ella, á nadie quise dar cuenta de mi herida, y con la garganta reseca fuí aguantando el agudo dolor, que á fuerza

de íntimo é intenso llegaba á sacudirme las entrañas.

Próximos á la columna, enloquecido por los dolores y debilitado durante la marcha por la creciente pérdida de sangre, sentí vacilar las piernas, y asaltado por el temor de que fuera la completa fractura del hueso, mandé hacer alto y me así á los hombros de uno de los tiradores, en el preciso momento en que, acometido por un zumbido que parecía hervir la sangre en mis arterias é inundado por frío sudor de congoja, me faltó á los ojos el espacio y la luz.





XIX

En el hospital de sangre improvisado en el pueblo y en el piso bajo de un bahai, me llevaron á descansar y me acostaron sobre un montón de paja, en tanto se buscaba una camilla.

Mis dos asistentes, sentados junto al morral que me servía de cabecera, no se cansaban un punto de limpiarme el sudor con sus mugrientos pañuelos; de sacudir las moscas ó improvisar con hojas de plátano pantallas con que cubrirme del sol.

Enfriado el golpe, fuí sintiendo con más intensi-

dad las agudezas del dolor; pero decidido á disimular en lo posible, contestaba á la invariable pregunta de mis compañeros: «¿Sufres?», con un «¡No!», tan contundente como las punzadas.

Vino al cabo uno de los médicos, y dispuesto á reconocerme la herida, se arremangó la guerrera por los brazos y con resolución y ademán que no daba lugar á réplica, sacó del estuche unas largas tijeras y procedió á cortarme pantalón y calzoncillo con tijeretazos circulares, que produjeron en la ardorosa piel inmediata á la herida una sensación de frío espeluznante.

Terminada la maniobra, el buen galeno, después de recomendarme con cara sonriente «que aguantara», introdujo sus dedos índices por ambos boquetes de la herida; y sacudido involuntariamente por el dolor, creí que la investigación de las uñas del médico llegaba punzante á mi cerebro:

—No es nada: un ojal. Varios días de cama y fuera,—dijo el buen doctor, apartándose de mi lado para curar los nuevos heridos que entraban en brazos.

Tendido en la camilla y arrebujado entre mantas, sentí tras la investigación un bienestar relativo y con él se apoderó de mi garganta una sed, recuerdo de la de pasados días. Me dieron á beber cognac; y, algo confortado, acepté una lata de escabeche que

devoré, mezclando los migotes de pan á las espinas. Me sentí aliviar por instantes y hasta creí en el adormecimiento del dolor. Una laxitud empezó á invadirme á lo largo del cuerpo y tras de ella un súbito calor abrasó mis sienes y mejillas, estirando poco á poco, á lo largo del cuerpo, la piel estremecida poco antes en una sensación de frío. Subí con esfuerzo las mantas por encima de los hombros, y mandando quitar las pantallas que me resguardaban la cabeza, dejé que el sol, el sol esplendoroso de aquel día ardiente, que cantaba salud y fuerza, me inundase de lleno.

Límpida y azulada se extendía la bóveda celeste. Desde mi tendido observatorio alcanzaba á ver el desmoronado parapeto por donde dimos horas antes el asalto. Boca arriba, despedazados y en extrañas posturas, hombres, cañones y lantacas salpicaban el suelo, encharcado y removido. A mis oídos llegaba el ensordecedor estampido de los cañones, ahogando por momentos el incesante traqueteo de la fusilería, Seguían batiéndose allá abajo, y cada vez nuevos heridos iban á tomar puesto en el suelo ó en camillas. El dolor ajeno dulcifica el propio; y la sensación aliviadora que subía por mi cuerpo de los tibios pliegues de la manta, aumentaba á la vista de los horrores de los nuevos heridos; brazos fracturados por la articulación, tibias rotas, cabezas con por·

tillos en el casco, pechos hundidos en un plastón de barro y sangre. El sol besaba por igual en el suelo todos los infortunios, y á la vera de aquel hospital improvisado comenzaron á acarrear los muertos.

Con ellos se empezó á formar una pila, de la que colgaban brazos y piernas rematados en afilados dedos y amarillentas uñas por los que corrían goteras de sangre que empezaban á encharcar el suelo. No correspondían las cabezas á las posturas, y aquellos muertos, de vidriados é interrogativos ojos, de nucas amarillas ó sangrientas, formaban un desconcertado pelotón de carne y ropas húmedas, hendidas y trabadas por la acción del peso.

Poco á poco fué cediendo el ruido ensordecedor de los disparos. Se oía claramente á las cornetas y clarines tocar alto el fuego y retirada.

A medida que las fuerzas volvían de primera línea, entraban á examinar la pila de muertos y la hilera de heridos. Frases de consuelo y palabras de pena se escapaban de los labios de los compañeros, trémulos y vibrantes todavía, bajo la sensación del pasado riesgo.

—¡Bien por el 3.º! ¡Bien por el 5.º! ¡Bien por España! gritaban de alegría los ilesos, dando al aire sus sombreros.

¡España! ¡España! Recordé el tremolar de la bandera palpitando á bordo con aleteo de pájaro mori-

bundo, y ufana y gallarda, empenachando días pasados las popas de los barcos del río que iban á suministrar á la otra columna. Pasé revista á los sucesos de la jornada. Más allá de la pila de nuestros muertos, el boquete del reducto cubría con sus desmoronadas arenas los cuerpos destrozados de los defensores.

Acababan de apagarse los fuegos del enemigo. Las cornetas, con las contraseñas de los batallones, tocaban llamada; y antes de formar, en el camino todavía, alcancé una irrupción de soldados que llegaron á nosotros chorreando agua del río y dando vivas:

¡Vivan los heridos! ¡Viva España!; y una bocanada de entusiasmo, ¡la postrera!, pasó sobre las blusas del montón de muertos, entre ráfagas de viento agitadas por los sombreros, manchados de amarillo y sangre, que los vivos sacudían en los crispados puños, dando, á falta de mejor emblema, los colores rojo y gualdo del pabellón patrio.

—¡Viva España! ¡Bendita mil veces la nación cuyos hijos, chorreando fango y agua, que hacía humear los recalentados fusiles, volvían del combate trémulos de ardor á orear con sus alientos de entusiasmo la pila desmadejada de los muertos y á refrescar las sienes ardorosas de los heridos!

Las cornetas repetían llamada y á la carrera, y la tropa desapareció agitando en lo alto los sombreros

salpicados de sangre y amarillo con los colores de la bandera.

. . . .

La brigada china se encargó de transportar en mantas y camillas los heridos.

Quedaron fuerzas de ocupación en Pamplona, y regresamos á Parañaque pasando por las Piñas. Muy cerca de este punto, el enemigo, apostado en el puente del Zapote, sacudió la retaguardia y con especialidad el convoy de camillas. Temí por un momento que me cazaran como á tiro de pichón, y mi zozobra pasó bien pronto ante el agudísimo dolor que me produjo el pasitrote desigual de los azorados chinos.

Sobre el convoy, que destilaba sangre á lo largo del camino, pesaba con el revuelto traqueteo un olor de carne despedazada y palpitante, menos fuerte, pero *parejo* (1) del que en pasadas tardes cruzó á la vera del río y en hombros de la misma brigada.

Sobre las copas de los árboles venían en nuestra marcha á posarse los buitres, y con ademán impaciente esponjaban sus plumas con amarilla y afilada garra, mirando desde el fondo de sus *gachones* y atravesados ojos los envoltorios sangrientos de las camillas.

Después de un descanso y una cura que se nos

1 Igual, dicen los indios.

practicó en el camino, seguimos hasta Parañaque, donde á la caída de la noche salió á recibirnos el general en jefe.

Fuímos transportados á una balsa de caña, y tras largas horas de angustia, de dolor y de espera, vino á remolcarnos la lancha de vapor de una guerrilla que, á poco de internarnos en el mar para conducirnos á bahía, estuvo á punto de dar fondo contra un corral de pesca, con todo el dolorido bagaje.

La terrible sacudida arrancó en todos alaridos de sufrimiento y protestas é imprecaciones de los sanos.

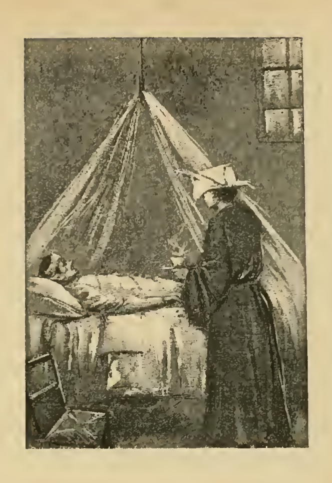
Mi buen amigo Argüelles, sentado en la balsa entre dos camillas, procuraba distraer mi quebranto y hablaba sin cesar de hechos y cosas nimias con borbotones de palabras que yo confundía, en mi anonadamiento doloroso, con el rumor de las ondas espumosas al resbalar por los costados de la balsa.

La noche era serena y tibia, pero la humedad de la bahía y el primer anuncio de fiebre llevaban á mis huesos un frío intenso.

Despabilado á ratos por la calma fugaz del dolor, escuchaba las palabras de mi buen amigo, las quejas cavernosas de los más graves, que iban á confundirse con el ronquido quejumbroso del remolcador; y tendido é inmóvil á lo largo de la camilla,

veía el firmamento tachonado de estrellas que fulguraban en la serena noche con guiño compasivo y doliente.





XX

Desde la balsa, siguiendo primero á lo largo del río en el que oscilaban los farolillos de los barcos, y atravesando á altas horas de la noche la población amurallada que á la sazón dormía, fuímos transportados al hospital.

Mi camilla la condujeron en hombros cuatro amigos cariñosos; y trastornado por el vaivén que, á pesar de ser dulce, me arrancaba agudos dolores, atravesamos el paseo que sigue á lo largo de la muralla, y entre lloronas frondas de ilang-ilang que abrían á la noche las aromosas entrañas de sus lacias hojas,

entramos en la calzada de Arroceros y á poco en el hospital.

Corros de guardias, sanitarios y enfermeros acompañaron las camillas, alumbrándose con faroles por un patio-parterre para conducirnos á una sala cuadrada y obscura, en cuyas cuatro frentes se alineaban las camas con colgaduras-mosquiteros.

Era la sala general destinada á oficiales y á la sazón vacía. Empezó á llenarse con los ensangrentados cuerpos de mis compañeros de infortunio.

Fuímos transportados por turno y entre alaridos de dolor que se cambiaban, al descansar entre las sábanas de los reposados lechos, en hondos suspiros de satisfacción.

Dormí unas horas, desasosegado por las emociones del día. Y clareaban sus primeras luces entrando lívidas á través de los cristales deslustrados de puertas y ventanas, cuando una aguda sensación de dolor arrojó por mis entornados párpados el sueño.

Mi buen amigo Argüelles permanecía á mi lado sin haberse separado un punto de la cabecera del lecho.

En medio de la sala, dos hermanas de la Caridad con los almidonados plastones de sus tocas y vestidas de azul sacudían en cada movimiento la larga sarta de sus rosarios y solícitas arreglaban, alrededor de una mesa, los caldos, las botellas de jerez, las tazas y los sifones.

La que me pareció más joven se acercó una por una á las camas, y con acento de plañidera dulzura, respirando mimosa complacencia en su semblante no exento de gracia, fué ofreciendo una lista de desayunos á cada uno de los heridos.

Para todos tuvo frases de consuelo, y cambiando en firme y resuelta la mirada bondadosa y compasiva de sus azules ojos, consiguió reanimar á los más abatidos.

Se llamaba sor Joaquina. Acudía solícita á todos nuestros mandatos, pero era preciso que antes reconociéramos en ella jerarquía de general en jefe y que todos le ofreciéramos la más sumisa obediencia.

Desapareció con sor Ana, su compañera, por una de las puertas de cristales y la sala quedó sumida en un silencio dolorido y consternado, que sólo turbaba la ahogada queja de los dolientes ó el zumbido de las moscas que aleteando en el espacio saltaban de mosquitero en mosquitero.

En la vasta sala pintada de azul oscuro, se destacaban las blancas colgaduras herméticamente cerradas en los lechos vacíos y descorridas en los ocupados por cuerpos desasosegados ó inmóviles, que dejaban entrever cabezas vendadas y densamente pálidas ó pies y manos arrebujados en guatas, por los que asomaban trozos de carne de una lividez cadavérica.

La necesidad de distraer el dolor físico rompió el silencio, y con palabras entrecortadas se fueron cruzando preguntas de una cama á otra:

«¿Dónde fué, compañero? ¿Tocó hueso?»

El dolor con sus ráfagas de simpatía agarrotaba á uno para hacer enmudecer á todos, y volvía á pesar sobre la habitación un silencio turbado sólo por el zumbido de las moscas asediando los mosquiteros.

Mi buen amigo me distraía hablando en voz baja, con siseo de confesor, y yo cuando el dolor me lo permitía despegaba los apretados dientes de los labios y seguía la conversación á retazos.

Cuando volvieron las hermanas con el encargo de repartir los desayunos, se reanudaron las preguntas y tras de ellas vinieron detalles del asalto y de la persecución.

La herida en frío dolía extraordinariamente más que bajo la presión inmediata del golpe.

Convinimos todos en que á todo dolor excede el de la primera cura, y al recuerdo de que no tardaría el médico de la sala en venir á practicarnos nuevo reconocimiento, saltó de cama en cama una sensación desagradable que nos obligó á enmudecer.

Las buenas hermanas repartían diligentes bizcochos, copas de jerez y tazas de caldo. Sor Joaquina con animosa charla volvía á reanimar la desmayada conversación, cuando á poco una campana anunció la visita de sala. Por la puerta de cristales entraron

los sanitarios una mesa de tijera y, adosada á la del centro de la sala fueron colocando sobre estuches repletos de instrumentos fenicados que brillaban á nuestros aterrados ojos con fulgor que abrasaba la imaginación y las carnes. Por orden fueron poniendo á su lado frascos, irrigadores, tablillas en forma de mano, de pie, de pierna, de brazo, y en un rincón de la mesa grandes paquetes azules de algodón hidrófilo que apestaron la habitación con ese olor característico de los gases fénicos, que tan bien concierta en la imaginación con la idea del sufrimiento: empezaba á oler la sala á desdicha.

Tardó poco en aparecer el doctor, asistido de sus discípulos; de regular estatura, quebrado semblante y ojos negros de audaz é inquieta mirada, se plantó con ademán desenvuelto y firme continente en medio de la sala:

—Señores, buenos días,—dijo, revolviendo sus inquietos y penetrantes ojos á lo largo de las camas.

La afectuosidad obligada nos hizo á todos saludarle de un modo casi simultáneo.

—¡Buenos días, doctor!—y apretando los dientes en espera de conmover las piadosas manos del médico, cada cual redujo su insignificancia apretando el cuerpo entre las ropas del lecho.

Con arrogancia profesional se despojó el galeno de su blanca americana y, arrebujándose las mangas de la camisa, puso en actividad á los sanitarios y fué

á sumergir sus brazos en la disolución preparada en una jofaina.

Vaciló un momento, mirando indeciso por qué cabecera empezar...

Se ahogó la respiración de los dolientes y los cuerpos se apretujaron inmóviles hasta desaparecer á la mirada del médico entre las ropas del lecho.

Se decidió el buen doctor por la más inmediata á mi cama.

Los discípulos y los enfermeros formaron una muralla impenetrable para la vista.

Quedaron sumidas las camas en un silencio sepulcral... La palabra rápida y animosa del médico se interrumpió á intervalos para engolfarse en la tarea... y entonces era de oir la respiración jadeante y emocionada del enfermo que aullaba sofocado... ¡Por Dios, doctor!... ¡ay! madre...

—Ya pasó, ya pasó...—se oía exclamar al animoso médico, que disimulaba su emoción pidiendo á gritos los pelotones de gasa fénica y de algodón que los sanitarios tardaban en alargarle, suspensos y entontecidos.

Siguió la revista de varias camas y el grupo auxiliar, trasladando hules y jofainas, iba á desaparecer rodeando las colgaduras.

A mi vez me tocó el turno, y en medio de un temblor convulsivo que estremeció el esfuerzo risueño de mis labios, sentí que sacudieron las ropas de mi cama.

La mirada animosa y noble del médico me envolvió en efluvio bienhechor y sentí reanimarse mi espíritu, á pesar del contacto del hule que extendieron los sanitarios sobre las sábanas enfriando mis carnes.

—Milagroso balazo, hijo,—decía risueño el doctor, arrollando en su mano derecha la venda ensangrentada que cubría mi muslo.

—Inmediato á la femoral,—dijo volviéndose á los discípulos, y con rápido movimiento tomó dos sondas de níkel de uno de los estuches... Arañé el hule en una sacudida que crispó mi cuerpo... y después de oler la sonda, el doctor se volvió á los enfermeros para recomendarme dieta. Acto continuo procedió á desinfectar la herida y al contacto de la cánula del irrigador apreté los dientes hasta atarazar el pañuelo; y abusé del *re...* del *re...* en todas las claves imaginables. Acabó la cura no sin hilvanar una gasa por entrambos boquetes, y después de apretar el médico mi brazo con presión cariñosa, pasó á otra cama sin olvidar de repetir su recomendación de dieta absoluta, y sin dejar de sonreirme con mirada compasiva para exclamar á modo de despedida:—¡Un mes á lo sumo!

Siguió la cura en medio de los débiles quejidos de los operados y del silencio medroso de los que aguardaban turno.

Las buenas hermanas servían bizcochos y jerez,

endulzando con sonrisas y frases la impresión de las manos del médico.

Ante el dolor ajeno cedía por un fenómeno del egoísmo la impresión del dolor propio.

Tocó el turno de la cura á un herido, del cual no habíamos conseguido oir su voz desde su entrada.

Trató de reanimarle el médico con palabras, y ante la inutilidad de su esfuerzo hizo se alzaran las colgaduras y ordenó administrarle una poción, que á poco dejó oir la voz del herido entre las frases cariñosas del médico que acabó por sentarse en los bordes de la cama.

—Vamos, hijo: ¡ya hemos oído su voz!

—¡Ay! doctor. Por su madre de V... mañana. . Dejarme descansar, ¡Dios mío! .. Volvióse á cerrar el grupo de cabezas alrededor del lecho... se oyeron súplicas desgarradoras... sollozos mascullados .. lamentos que llevaban al espacio la dolorosa vibración de las entrañas... ¡Ahí no! ¡ahí no, Dios mío!... ¡dejarme un poco!... y tras de agudo y desgarrador grito que rebotó en los ángulos de la sala sucedió un estertor ronco y seco, que abrió el circuito de enfermeros y llevó al médico á buscar en la mesa la botella del calmante...

Se hizo el silencio solemne, callaron todos los dolores y las hermanas de la Caridad se acercaron consternadas al grupo... Volvió el doliente á articular quejidos y tras de ellos frases. . Amenazaba acabar

desmayada la voz del paciente y reanimábale el médico, entre gritos é imprecaciones de mentida soflama.

—¡Es preciso ser hombre! ¡El valor no es sólo para el fuego! ¡Es para aquí!—Seguía un murmullo cavernoso, animábase con los gritos el doliente alarido, y entre la revuelta lucha del lecho que crujía sacudido por los nervios del operado, se oía el esfuerzo de dos respiraciones:

—¡Animo! ¡ánimo!

—¡Pero V. es cruel, doctor!... ¡Doctor, qué hace! ¡Basta! ¡basta!

– ¡Ay! ¡ya está, hijo mío! Cayeron unos huesos sobre una jofaina, y entre hondo suspiro de satisfacción se vió al médico abrir por entre la fila de discípulos y sanitarios, llevando las manos ensangrentadas y sacudiendo tristemente la cabeza.

Se trataba de un balazo bestial, que había hecho astillas y polvo la articulación de la rodilla.

Se procedió al vendaje del herido, y en tanto se siguieron las sucesivas curas, pesó sobre aquella cama de dolor y de infortunio una congoja de entrecortados sollozos que á falta de frases de consuelo hicieron barbotear las plegarias y los rosarios de sor Joaquina y sor Ana.

Acabada la cura de la sala, limpió el doctor furtivamente sus espejuelos y, jadeante y risueño, después de embrazar atropelladamente su americana,

saludó á todos, y mandando retirar la mesa y las jofainas sanguinolentas, desapareció compasivo y orgulloso por la puerta de cristales deslustrados.

Quedó la sala sumida en doloroso silencio, roto á intervalos por entrecortadas quejas ó por suspiros hondos. Del lecho del operado, junto á cuya cabecera permanecían enclavadas las hermanas, elevábase un susurro doliente de rezo ó de congoja.

Sobre el ambiente, clareado á través de los cristales con el fulgor radiante del día, pesaba una atmósfera de antisepsia y un fuerte olor á éter que adormecía los sentidos obligando al enjambre de moscas á refugiarse en el techo y en las paredes inmediatas á las puertas de salida.

Sucediéronse en toda la mañana lentas y graves las campanadas que anunciaron la visita de otros departamentos. Vinieron amigos á visitarnos y alternaban sus entradas y salidas con los de los asistentes, que, sigilosos, entreabrían las puertas para llevar ó traer recados á sus amos ó irse por fin á instalar á las cabeceras de las camas. Fuera, y al entreabrirse la puerta, chorreaba la luz de un día alegre de firmamento sereno y saneado.

Transcurrieron las horas de aquel día en medio de una somnolencia que inmovilizó los cuerpos bajo las colgaduras de las camas. A la hora de la comida, las hermanas retiraron los platos intactos y media tarde de modorra roncó entre desasosegadas quejas.

Volvió al tufillo de cocina el mortificante zumbido de las moscas que ahora contrastaba, en el silencio de la sala, con el hilito que gota á gota caía desde un aparato *ad hoc* sobre la articulación destrozada del herido en la rodilla.

No me fué posible conciliar el sueño. Cerraba los ojos, y despiertos los sentidos á un dolor tan agudo que sofocaba á ratos mi respiracion, esforzábame en dormir sin conseguirlo.

El zumbido de las moscas, el gotear del aparato y los agudos quejidos del doliente poblaban de fantasmas mi imaginación al cerrar los ojos. Ora era un estruendo formidable de combate sostenido en medio de las abrasadas llamas de una extensión prendida por el contrario, y que calcinaba los cuerpos de muertos y heridos que no era posible recoger; ora era el asalto sobre un combustible que ardía á la presión de nuestros pies y sumergía las piernas entre ascuas obligándonos á andar á gatas. Tras de sacrificios sin límite nos veíamos obligados á retroceder y, sobre el terreno pisado, se alzaban al regreso las llamas abrasándonos pechos y espaldas. Veía los incidentes de la acción. Más á la derecha se extendía el río y las abrasadas tropas iban á sumergirse en el bajo un fuego horroroso. Volvían los soldados chorreando agua y encendidos en llamas del lado del río y, como cruce de meteoros, perdíanse á lo lejos vitoreando la pila de calcinados muertos y de

chamuscados heridos. Subió la sed á mi garganta, y en los ratos en que mi buen amigo Argüelles pudo llevarme á la realidad, noté mis carnes abrasadas por la fiebre y sentí perennes las agudeces que me produjo el dolor de la sonda.

Entre modorra y modorra llegó la tarde á su término, y con ella la sed insaciable y el dolor que llevo á mi mente la imagen caótica del paroxismo. Rodeábame la sombra y encendidos dardos centelleaban en ella por instantes para irse á clavar trémulos en los poros de mis piernas. Venían de lejos, de muy lejos y mandábalos un tic-tac imperceptible semejante al de la caída de una gota de agua. Noche cerrada, vino á verme el médico de uno de los batallones que acababan de llegar á Manila, procedentes del norte de Luzón. Antiguo amigo mío, procedió á reanimarme con su conversación y decidido, con mis súplicas, á calmar el dolor de mi herida, encargó para mí una poción de morfina.

Sucedieron unos instantes mortales antes de que volviese mi asistente con el frasco de la pócima... Tomé primero una... y hasta tres cucharadas de morfina en disolución. A la tercera me sentí invadir de una laxitud que adormeció el dolor y seguidamente resbaló á lo largo de mis miembros una hinchazón de voluptuosidad que, haciendo hormiguear la sangre en mi cuerpo, llevó á los sentidos inefable y embriagador arrobo y me adormecí entre

aromas inexplicables, en medio de cadenciosas músicas, bajo los iris de una luz suave y somnolienta que cerraba mis párpados.

Desperté muy cerca de la madrugada. El muslo operado hacíame la sensación de un aditamento extraño. Me creía poseedor de una pierna de corcho.

Al volver en mí, en la sala alumbrada por la débil claridad de una lamparilla colgada en el centro, destacábanse las blancas colgaduras de las camas, y á través de ellas dolíase la reseca respiración de los alientos y goteaba distintamente el aparato destilador sobre la cama del operado. Sonaba con volteo impaciente la campana de la puerta del hospital que daba al río. Las hermanas atravesaron la sala silenciosas, entre el chaparrear de los rosarios, y fueron á despertar á los enfermeros dormidos de bruces sobre la mesa central.

—Heridos que vienen... heridos de Silam.

Era la otra columna que pagaba tributo á la insurrección.

Entraron á poco los bultos de las camillas entre quejas inarticuladas. Traían los heridos dos días de penosa marcha de innumerables horas á lo largo de la laguna y del río. Castañeteaban los dientes de los cuerpos ateridos al sacarlos de las camillas, y la invasión no sólo repletó las camas, sino que hubo necesidad de repartirlos en colchones por el suelo.

Cesó la campana de voltear, y la sala, sumida en la penumbra que no bastaba á disipar la lamparilla del centro, quedó de momento alterada por las quejas de los transportados, que, al sentir el reposo, fueron debilitando en la sombra suspiros y lamentos.

Volvió á mis ojos el sueño poblado de imágenes; despejáronse mis sentidos al ambiente real y entre el tufillo de la nueva carne despedazada y sangrienta me dormí con la visión de los míos, de los seres queridos, que, allá lejos, tras de remotos mares, me aguardaban henchidos de salud y de esperanza para comunicarme amorosos la vida del cuerpo y la quietud sazonada del espíritu, en medio del beso de brisa de la tierruca.





XXI

A la mañana siguiente anticipó el médico la hora de su visita...

A la lívida luz que por los cristales deslustrados invadía la sala, revolvíanse impacientes en los lechos los últimos heridos.

Volvieron los ayudantes á colocar en el centro la mesa de tijera del día anterior, los estuches, los irrigadores y los paquetes azules de algodón hidrófilo. El doctor, seguido de discípulos y sanitarios, volvió á formar penosos grupos, rodeando las camas, de las que se escapaban las quejas de los pacientes.

Las hermanas volvieron á la tarea de reanimar á los operados.

Cuando tocó el turno á los que pudiéramos llamarnos antiguos, era muy entrado el día. Sobre la cama del operado en el anterior, retocaron el aparato encargado de destilar agua, y tras de frases animosas, volvió el médico el semblante con torcido gesto.

Para nosotros no hubo cura. De cama en cama fué el doctor, risueño y ufano, observando los apósitos y cambiando con los pacientes animosas frases.

Examinó mis vendas y ordenó que me cambiaran de sala aquel mismo día, en unión del de la rótula fracturada. Dispuso el jefe de clínica que aquélla sirviera en lo sucesivo para hacer las curas y á ella fueran entrando los oficiales convalecientes que todavía necesitaban asistencia facultativa: heridos en la cabeza, figuras densamente pálidas y encorvadas que escondían entre guatas cicatrices del pecho, brazos en cabestrillo, piernas que oscilaban como péndulos entre muletas. Todo desfiló á la clara luz de un chorro de sol, que el médico dejó entrar por una de las puertas de cristales.

Cerrábase el corro de discípulos en cada una de las curas para mí desatendidas, por cuidar del dolor que en el fondo de mis vendas supuradas dejaron las manos del galeno.

Una de las veces, la voz de éste pidió impaciente

la sierra y le alargaron de la mesa un serrucho niquelado. Vi entre una clara del corro extender un brazo vendado desde el fondo de un charolado cabestrillo y á poco sentí refregar los dientes de la sierra sobre un cuerpo duro.

Me estremecí y olvidé mi dolor para pensar en el ajeno:

—¿Qué hacían? ¿Serrar un brazo en seco?.

Mi amigo Argüelles calmó mi sobresalto: quitaban simplemente la cascarilla de yeso que envolvía una fractura. Cayeron sobre el suelo los cascotes y oí distintamente exclamar al médico:

—Esto está bueno. Este brazo es mío y ya funciona.

Al despedirse la visita, dió el doctor á las hermanas órdenes en voz baja; la sala volvió á quedar envuelta en el silencio, roto á intervalos por la respiración entrecortada y doliente de los operados.

Mi amigo Argüelles, antiguo compañero de mi infancia, distraíame contando las vicisitudes de sus primeros años de empleado en el Archipiélago. Casi á ellos se redujo su vida desde que nos separamos. Desembarcó en Manila con una credencial, siendo un niño, y, á la vuelta de muchos años, volvíamos á encontrarnos, él enfermo y sin esperanzas en el porvenir, yo—según decía—con una vida risueña capaz de soportar al presente todos los dolores.

Adolecía mi buen amigo del pesimismo del Sr. N.

de la Pampanga. A juicio suyo, la campaña sangrienta y dolorosa lograría apaciguarse de momento para resucitar más tarde y acabar con nuestro dominio.

No tenía esperanza de volver á España. Salió siendo muy niño, y en los años de residencia en el país, que le hicieron hombre, aprendió á fuerza de amargura á leer en el libro del destino. Llegó á tomar cariño á aquella su segunda tierra; y éste le perdió al cabo tras de sucesivos sinsabores. Veía el porvenir muy negro para sí y para aquellas islas. Expulsados un día del territorio, volverían pobres, más pobres que salieron, á la madre patria los que habían dejado en aquella tierra sus mejores años. No. El país, á buen seguro, no era hijo ingrato que buscaba su emancipación al cumplir su mayor edad. El país se apartaba de la madre, falto de calor maternal, y la madre revolvía sus disciplinas. No era un año. Ni era un lustro. Ni una centuria. Eran tres siglos de dominación, de prohijamiento, y en los tres siglos no se había aventurado en aquellas tierras un solo capital de la metrópoli. La industria y el comercio miraban á aquellos países como comprometedores de su crédito de aldeano. El gobierno no cuidaba de favorecer el terruño con sus tarifas, y las escasas relaciones comerciales llevaban á aquellas tierras la imposición brutal de la ley. Por si esto era poco para distanciarnos de la metrópoli,—proseguía con ardor mi amigo Argüelles,—eran mayores los es-

tragos que la política causaba en aquellas tierras. Se cansaba el Parlamento de llamar dulcísimamente hijo al Archipiélago, y tras los discursos encaminados á buscar prebendas para altos funcionarios encargados de explotar, á medias con gobiernos y oposiciones, los puestos lucrativos que esterilizaban los veneros de riqueza de aquel desdichado hijastro, se abusaba del lirismo y, á la postre, tras de infinitas credenciales ínfimas que iban á cobrarse en anemia la laboriosidad y el trabajo, sucedíanse los puestos elevados y el cáncer de la codicia, clavándose en la entraña de la tierra, amenazaba acabar con ella y pagaba en oro de buena ley los derroches del lirismo parlamentario.

Había aún más. Aquellos países, conquistados con la cruz y con la espada, acabaron por someterse á aquellas y por orgullo sectario se hizo creer á la nación que sólo el poder religioso bastaba para someter aquellas islas. Fué bien la empresa hasta tanto que el poderío masónico de principios de siglo disputó en la metrópoli el predominio á las órdenes religiosas. Vencidas éstas en la Península, buscaron su expansión allende los mares: y bien asentado su influjo, desafiaron el poder de la masonería, y en su consecuencia, desconfiaron del ejército. Cristo divino bastaba para vencer en aquellas tierras. Y habría bastado, si la escena santa del maestro al arrojar por una vez á los mercaderes del templo no se hubiera

repetido hasta hacer parábola del vergajo y sacudir á diario á los humildes y menesterosos. La masonería no descuidó su labor, y sujeta á vivir del despojo, perdidas las Américas, se encargó de cebarse en las devastaciones del cáncer político. Vivió como el cuervo, y á su semejanza, devoró los ojos que el moribundo abría á la fe.

La colonia, alejada del capital, de la industria, del comercio, siendo por largo tiempo el vertedero de la escoria peninsular ó el desahogo de las concupiscencias políticas que albergaba el corazón de la madre, viviendo entre los opuestos sentimientos de los sectarios, estalló al fin y revolvióse airada para buscar pureza...

Aquí de las disciplinas. Y unánimemente el comercio raquítico acudía á la política, y ésta, viendo amenazado su venero, hizo caso de las órdenes religiosas que al lado de la cruz reclamaban el auxilio de la espada.

El directorio de la nación veía la necesidad de emplear la fuerza para someter al hijo ingrato, y por eso mandaba barcos y más barcos cargados de tropas; pero todo obedecía á un pensamiento de la cabeza alejado del sentimiento nacional. Los barcos iban reclutados en la miseria ó abanderados por el sentimiento del deber. Ni oficiales ni soldados llevaban el conocimiento exacto del problema que iban á resolver. A juicio de todos, aquellas lejanas

tierras eran una prebenda de la política donde iban á engrandecerse los malos y á perecer los buenos. Nada tenía que ver el problema con la meseta central á la cual no llegaban los indianos; sin embargo, como en Cuba, de la meseta central se reclutaban los soldados, porque la recluta se hacía en progresión de la pobreza...

Al llegar á este punto, la indignación agrandaba los ojos de mi buen amigo y su cutis nacarado y pecoso encendíase con la sangre agolpada en el rostro...

¡Horrible! A su juicio no había nada más horrible que emprender una guerra sin entusiasmo. Y aquellas gentes que entraban á bandadas en el hospital no podían sentir el entusiasmo necesario para una campaña larga. Sentirían, sí, el ardor patrio resucitado en el combate por los colores de la bandera: pero ¡ay! que esto era poco sin llevar otro sentimiento en el corazón. La bandera, á lo largo salpicada y enrojecida en los asaltos, tomaría el color uniforme de la sangre. Y á la vista de la sangre el amarillo sólo sería color de esterilidad. ¿Para qué aquella lucha? ¿Qué se salvaba? ¿qué se prometía á la larga? .. Amarillez y sangre. El color de los muertos era el color de la bandera, y la bandera representaba á maravilla la causa. ¡Horrible! ¡horrible! En medio de la inutilidad del esfuerzo, cabíale el orgullo á él, que acababa de alistarse en un batallón de volunta-

rios, de ver que los soldados se batían con el entusiasmo de otras épocas. Evocaba la imagen que le hice de las tropas saliendo encharcadas del río para ir á saludar á los heridos y orear, entre vivas, con el viento de los sombreros, las pilas de los muertos.

¡Horrible! ¡horrible! Todo aquel esfuerzo, sirviendo á una industria ruin, á un comercio raquítico y á una causa política desastrosa, acabaría por ahogarse en sangre. Ya entraba en el hospital á raudales...

Calló mi buen amigo, y á poco la campana de la puerta que daba al río anunció nuevas barcazas con heridos.

Las hermanas pusieron en movimienío á los enfermeros y por ellos supimos que se había librado aquella mañana una acción sangrienta en el Zapote y que entre los heridos de tropa y oficiales venía el cadáver del heroico coronel Albert...

Consternó la noticia á la sala. La figura del bizarro coronel pasó por la imaginación de todos. Sucedió un silencio solemne y el gotear incesante que caía sobre la cama del herido en la rótula se alteró por el movimiento desasosegado de éste, que murmuró entre dientes:

—¡Albert! ¡Albert!

Fué preciso estrechar más las distancias y entre ellas colocar nuevas camas.

La larga perorata de mi amigo y sus razones pro-

dujeron hondo desasosiego en mi espíritu, juntamente con la noticia de la muerte de Albert.

De mi cama y de la del operado en la rodilla salía por igual un olor que yo tomé por de mal agüero.

Sor Joaquina vino cariñosa y risueña á decirnos que nos iban á trasladar para dejar espacio libre y para que, aislados en otros cuartos, lográsemos descansar. Me asaltó la revelación de la gangrena y á pesar de las frases tranquilizadoras del buen Argüelles, cuando llegó la hora del traslado y elevaron los enfermeros mi cama en hombros, me bastó ver el saludo penoso de los compañeros para aseverar en mi revelación.

Ante mí quitaron cuidadosamente el aparato del operado y tras de su cama se llevaron la mía, haciéndonos cruzar á lo largo del patio de palmeras que vi inundado de sombras á la llegada.

Aspiré con ansia las primeras emanaciones de sol y de ambiente al bajar la escalinata, y sobre mi cabecera se cerró la puerta de cristales deslustrados que guardaba la sala general, repleta de camas y camillas.

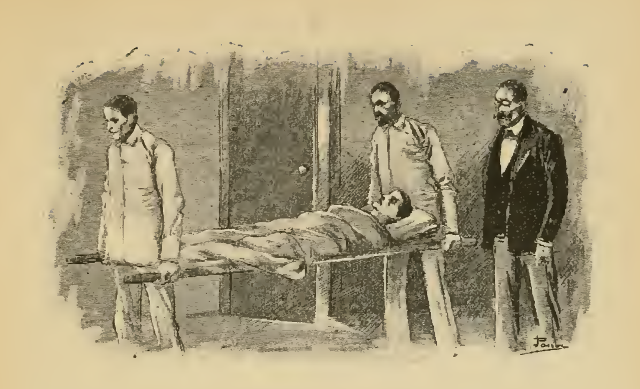
A nuestro paso por el patio-parterre, sintiendo en mi rostro la caricia del ambiente caldeado, alcancé á ver por el frente opuesto innumerables parihuelas que transportaban á las salas de tropa los heridos de las gabarras:

—Llegan muchos heridos de la compañía, señorito,—me dijo al lado el asistente, que venía de curiosear.

—¿De la compañía? ..

Recordé las frases de Argüelles, el entusiasmo de mi tropa y el tributo pagado en el primer asalto. No bastaba un esfuerzo. Eran preciso muchos y el tiempo ahogaría en sangre el entusiasmo, llevando á todas las cabezas la explicación enervadora y aplastante de los colores rojo y gualdo de la bandera: el rojo, el color de la sangre; y el amarillo, el insípido color de la esterilidad.





XXII

A lo largo de un pasillo cuyas habitaciones abrían á derecha é izquierda, me trasladaron y tomó mi cama puesto en un cuartucho de reducido espacio. Separaban las alcobas delgados tabiques que vibraban con las toses y á cuyo través se oían las respiraciones.

No fué apresión mía el temor de gangrena. El malestar y desasosiego de la primera noche de mi traslado y la dolorosa cura á que el día siguiente me sujetó el doctor, dieron á mi razón pruebas materiales. Mi convecino se hallaba en un estado lastimoso, y á juicio de la consulta de médicos, había necesi-

dad de amputarle la pierna aquella misma tarde.

Revolvíame desasosegado en el lecho, que embarazaba el cuartucho caldeado á las horas del mediodía y de la siesta por una atmósfera de horno. Por la única ventana entornada chorreaba el sol, haciendo resudar la resina y encendiendo los nudos de las maderas. Fuerte tufillo de cocina subía del fondo del pasillo, é invadiendo los cuartos llevaba á ellos un enjambre de moscas que, pringosas y pesadas, revoloteaban por los flecos del mosquitero.

Sor Teresa, la nueva hermana, rezaba sus oraciones en una habitación desalojada é inmediata á la mía.

Mi amigo Argüelles, ausente por unas horas, no tardaría en volver y colgado á los pies de mi cama, le aguardaba la gorrilla y camiseta china de enfermero,—como él decía...

Empezaba á distraer mis agudos dolores y la soledad, en la rebusca de recuerdos lejanos. Y subyugado, entre duros calambres, por el poder hipnótico del pasado, adormecía mis nervios á fuerza de arrobar los sentidos en el recuerdo, cuando un desusado movimiento me llamó la atención del lado del pasillo. Vino á decirme mi asistente que iban á á llevar á mi convecino á la sala de amputaciones y que de antemano llegaban los médicos á cloroformizarle. Oí distintamente el murmullo de muchas voces que hablaban con tonos enérgicos y convin-

centes; después siguieron á ellas súplicas, sollozos y tras de una respiración jadeante de cuerpo que lucha revolviéndose en el lecho, se oyeron frases inarticuladas, gritos ahogados, y por fin órdenes enérgicas comunicadas en voz baja. No tardó en oirse, á lo largo del pasillo, un arrastre de pies y el frotar que en las paredes producían los brazos de unas parihuelas conducidas en alto. Por la puerta entreabierta alcancé á ver el grupo que, seguido de los doctores, conducía entre mantas el cuerpo inmóvil del cloroformizado.

Media hora escasa tardó en aparecer un enfermero, llevando en un cubo una pierna, de un amarillo de cera y que chorreaba sangre en el envoltorio de un trozo de sábana.

La llegada de mi amigo Argüelles coincidió con la vuelta de las parihuelas que obligaban á refrotar los cuerpos de los conductores á lo largo del pasillo. Traían, según me dijeron, el cuerpo de aquel infortunado, que sin volver del letargo, acababa de sufrir una amputación por muy arriba del muslo, casi á cercén del tronco.

No pude en aquella noche conciliar el sueño, ni aun abusando de los tragos de bromuro.

En las primeras horas del alba, volvió en sí dando gritos desgarradores el amputado.

Pusiéronse en conmoción los enfermeros de guardia, y en unión de la hermana, le suministraron

una dosis de calmante que adormeció las explosiones agudas del dolor, para dar paso á una queja sollozante y débil, que escupía á ratos blasfemias y súplicas, revolviéndose no ya contra el destino sino contra el dolor implacable:

— Pero ¡Dios mío! ¿qué es esto? si me duele el pie; el pie izquierdo, ¡el pie que no tengo!—

Recordé las torturas que narra Silvio Pellico. De un modo semejante se quejaba aquel desdichado, y se revolvía suplicante contra la pobre naturaleza que mísera y doliente sufría en la carne desgajada.

Pasó por mis ojos la vista de aquel cubo y de aquel pedazo de pierna amarillenta; carne muerta é insensible que, á la sazón enterrada ó arrojada al río, mortificaba, por un fenómeno muy común, el cuerpo abandonado del vivo.





XXIII

Sucediéronse los días y las noches y conllevé el tiempo auxiliado por mi buen amigo que, sujeto á la cabecera de mi cama, separábase de ella para retirarse á descansar de noche ó para asuntos perentorios del día.

Fué aproximándose el de mi mejoría, pero, entretanto, á los dolores del cuerpo sucedieron mil emociones del espíritu.

Los cuartos vecinos del largo pasillo fueron llenándose á medida que avanzaban las operaciones de la columna del Sungay, y por las frecuentes altas de hospital, estábamos al tanto de los combates.

No dejó un momento de sonar la campana anunciadora de las gabarras ensangrentadas del río.

A diario llegaban nuevas vítimas y á diario sucedíanse los asaltos.

Cada convoy de carne suponía una jornada; y sólo en esta forma ganábase el camino y sosteníase enhiesta la bandera que tremolaba á impulsos del avance.

¡España! ¡España! Durante las horas del día, compañeros venidos de las Piñas y de las avanzadas del Zapote traían, con el recuento de las últimas operaciones, ráfagas de entusiasmo y ambientes de salud y riesgo que vivificaban la atmósfera de los lechos cargada de iodoformo, de pesadumbre y desdicha.

Al cerrar la noche y en el silencio de ella, salía por igual la imaginación de los enloquecedores delirios ó de las pesadas vigilias con la frase entusiasta: ¡España! ¡España! que, ora débil ó robusta, respondía al ¡quién vive! de los centinelas apostados en la margen del río.

Una tarde y una noche faltó mi amigo Argüelles, y coincidiendo con las horas de su habitual llegada, un movimiento desusado puso en conmoción las fuerzas de sanitarios y enfermeros, y tras de ellos vinie-

ron á nombre del oficial de guardia en demanda de mis asistentes, para que armados fueran á reforzar las patrullas encargadas de defender el edificio.

Por el sargento encargado de comunicarme la petición supe que aquella misma mañana acababa de sublevarse una fuerza indígena de carabineros y que secundaban el movimiento en los barrios extremos numerosos afiliados al Katipunan. Por delación acababan de hacerse prisiones entre el servicio del hospital, y hasta aquella hora no se tenían noticias del movimiento de insurrección, porque voluntarios y tropa batíanse contra los sublevados en la calle.

Quedé solo, completamente solo, en mi cuarto-celda, y por el cristal de la entornada ventana desfiló un atardecer somnoliento y triste, alterado por el paso de las patrullas que iban á reforzar el cordón del río ó las puertas avanzadas del exterior.

Sumido en la soledad del cuarto y de mi abandono, creí percibir anochecido ecos de descargas lejanas, que zumbaron en mi almohada con rumor más distinto del que á cada cambio de postura llegaba á mis débiles oídos...

La noche cerró sin que sor Ana, con su habitual displicencia, calmara con palabras mis incertidumbres.

Era bien corrida la media noche cuando el relevo devolvió mis asistentes, y por ellos supe noticias comunicadas en la avanzada.

Se había vencido la insurrección en las calles, pero con muchas bajas de una y otra parte.

La mitad de los enfermeros é internos indígenas de la facultad de Medicina, estaban presos por haberse comprobado que fraguaban un complot para rematar á los heridos y prender fuego al hospital al estallar el movimiento subversivo.

Toda la mañana repitióse el cruce de las patrullas por debajo de mi ventana, y alternándose con ellas, se sucedían los «alertas» de los centinelas que aseguraban el exterior del edificio.

A los pies de la cama aguardaba á mi buen amigo su ropa de enfermero; y pensé que, afiliado á una guerrilla de voluntarios, acaso á aquellas horas estaría batiéndose con los restos dispersos de los sublevados.

Muy de madrugada, logré conciliar el sueño por breve espacio, y me sacó de él el trajín de la diaria visita médica.

Llegó á la cama el buen doctor, y pulsándome en tanto buscaban mis ojos á mi buen amigo, ordenó me suministrasen una poción de bromuro.

No reconoció aquel día los vendajes, y sentándose á los pies de mi cama, dijo con inflexiones de voz trémula y cariñosa:

—Creo no necesitar entereza para comunicarle una mala noticia: su amigo Argüelles quedó grave·

mente herido en el combate contra los sublevados y no hay esperanza de salvarle.

La desgracia, fatal é irreparable, llevó con toda su gravedad la emoción á mis ojos:

—¿Muerto?

—Muerto, sí. Un balazo en la cabeza. Pero hay que sobreponerse, ¡ea! Usted debe de estar hecho á fortalecer el ánimo...

Tragué la amarga noticia. Toda la abnegación de mi buen amigo, de mi buen enfermero, durante mi estancia en el hospital, pasó por mi memoria y á la par acudió á mis ojos su figura fraternal y cariñosa que yo veía entonces en el fondo de aquellas ropas que, colgadas á los pies de mi cama, aguardaban el calor de su dueño.

Resbaló la chaqueta al suelo al rozarla un sanitario, y pensé en la caída de mi buen amigo, descolgado de la vida como guiñapo ensangrentado, en las aceras de una calle.

—Es preciso ser fuerte, volvía á repetir el doctor. No basta el esfuerzo físico, hace falta el moral: y con él sobreponerse á todo; yo lucho también, hijo; y tengo mis quebrantos de cuerpo y alma. Quisiera tener cien vidas para cuidar á mis enfermos y cien manos para asistirles... Lucho con la muerte á brazo partido... á cambio de mi salud disputo la ajena; y sin embargo, la muerte, bataliando, aniquila mis fuerzas y se lleva los enfermos. No se puede luchar

con el destino y hay que sucumbir á sus exigencias... Menos mal cuando viene de golpe y se lleva una vida, pero ¡qué cruel cuando da esperanza; cuando da aliento para la lucha y reta con un asomo de asidero, de flaqueza!... Estoy hecho á luchar y acabo por declararme vencido sin capitular nunca. Usted conoce mis esfuerzos con el último amputado; pues bien, al cabo se murió y de aquí se le sacó sigilosamente. Luché con él lo indecible, acudí á horas extraordinarias, combatí sin descanso la muerte y la muerte vino. Anoche se me murió en la sala general otro en quien saqué, á fuerza de cuidados, un asidero de esperanza. Vano empeño en los dos... Pero no desmayo, tengo otros aun, y á fuerza de salud y vida reanimaré las suyas. Empero es preciso sobreponerse á la desgracia y ser fuerte. Ustedes tienen su heroísmo allá bajo, frente á trincheras; yo lo tengo aquí junto á las camas, y es por igual gloriosa la misión. Ustedes á salvar honras, yo á salvar vidas. Heroísmo hay allí y heroísmo aquí: heroico es todo sacrificio de vida por el bien ajeno.

Escuché al doctor, y consolado y más conforme eché de ver en su semblante los estragos de la vida activa. Su abnegación y su trabajo excitaba vivísimo reconocimiento y gratitud en sus clientes.

Desde el día de la primera visita, notábase en el semblante del médico la palidez terrosa de la fatiga, y al través de los lentes una orla violácea rodea-

ba los negros vivarachos ojos de... (á punto estuve de ser indiscreto).

Se despidió de mí con un efusivo apretón de manos y le oí exclamar á lo largo del pasillo:

—Hoy no hay cura.

De todos los cuartos salieron alegres saludos para el doctor y suspiros de satisfacción que, ante la idea del descanso, exhalaba la carne dolorida...

Terminada la visita, volví apesadumbrado al recuerdo de mi pobre amigo, que con un «hasta luego» habitual se despidió de mí la tarde anterior. Recordé sus pesimismos y vi empezaban á cumplirse sus profecías: la insurrección iba en aumento y amenazando prender en toda la población del Archipiélago... El no tenía esperanza de volver á España, ni aun casi de ver la esterilidad de los esfuerzos de la guerra.

Vino á mi pensamiento el recuerdo do la tarde que, paseando en coche á lo largo de las calzadas, me señaló la balumba de *bahais* de los barrios exteriores: allí, allí anidaba el foco y de allí vendría la oleada formidable.

La muerte de mi amigo en una encrucijada de aquellos mismos lugares, por él señalados, ponía un sello de triste garantía al resto de sus aseveraciones.

Toda la mañana estuvieron entrando en el hospital heridos de la tarde anterior. Al mediodía un triste y acompasado campanilleo, seguido de un lento

arrastre de pies, para mí conocido, cruzó por el patio, recordándome que iban á administrar el viático á los más graves.

Se iluminó por un momento con un hilito de luz artificial la juntura cuadrangular de la ventana, y sus maderas, herméticamente cerradas y expuestas al sol, empezaron á sudar durante la tarde lagrimones de resina á través de los nudos que diéronse á mirarme fijos como pupilas sangrientas.





XXIV

Un día, el cabo de mes y medio de inmovilidad y de cama, me concedió el médico autorización para levantarme. Trajéronme unas flamantes muletas que supe había encargado á prevención aquel solícito y cariñoso amigo,—perdido para siempre,—con el afán de verme levantado pronto y de poder realizar nuestros proyectos de feliz y tranquila convalecencia en el retiro de una quinta alquilada por él.

Colgado de los palitroques sin acertar á dar un paso, salí con el apoyo de mis asistentes, al patio central, donde á la sazón otros heridos y enfermos respiraban el aire embalsamado de la mañana.

Me tendieron en una dormilona (silla larga) de

mimbre, y apoyado entre almohadas, ordené que dejasen las irresistibles muletas junto á la cabecera.

Respiré con fuerza y fruición el aire inhalado de sol y de emanaciones de aromáticas plantas del parterre.

El hospital de una sola planta componíanlo un sistema radial de galerías y salas que iban á rematar en escalinatas resguardadas por cobertizos de madera y zinc. Sobre la plazoleta central enarenada á lo largo de los laberínticos macizos de tierra erguíanse esbeltas palmeras, coquetones arbustos, y multicolores plantas.

Tendido en la perezosa y alzando poco más de una cuarta del embaldosado suelo, veía un retazo de firmamento de un azul limpio y sereno que á lo lejos recortaba airosas las siluetas de los árboles, cuyas hojas estremecidas por la brisa cantaban alborozadas, bajo los efluvios de dulzura emanados del celaje diáfano y azulado.

Contesté á las preguntas de mis compañeros y entré en la conversación general de los contertulios que, formando corro y en caprichosas posturas, cuidaban solícitos de salvar de roces y de trasladar á lo largo de la silla con esmero la parte dolorida del cuerpo.

Espaldas y pechos enguatados formando jorobas de vendajes: cabezas y caras escondidas entre turbantes de algodón en rama; brazos enfundados en cabestrillos de charol; manos y pies entablillados so-

bre plantillas de madera que asomaban bajo apelotonados envoltorios: he aquí el bosquejo del corro de oficiales que charlaban.

En el frente opuesto del parterre y en el ala del edificio destinado á la enfermería de tropa, los convalecientes vestidos con batines de enfermo discurrían en corros ó paseaban apoyados en brazos de enfermeros ó colgados de muletas.

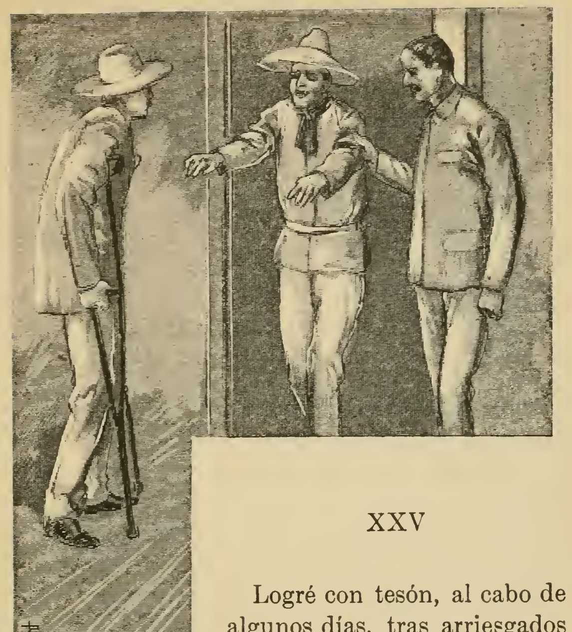
Mucho rato me entretuve en ver á un soldado amputado de una pierna hacer los primeros pinitos y dar solo algunos pasos con muletas á lo largo de las revueltas y enarenadas avenidas del jardín.

Creí aquella soltura hija de una habilidad prodigiosa.

Hasta entonces no había parado el pensamiento á considerar la difícil maniobra de acostumbrarse á guardar el equilibrio colgado el cuerpo de las muletas.

¡Ah! ¡hasta que yo aprendiese!





XXV

Logré con tesón, al cabo de algunos días, tras arriesgados ensayos servirme de las muletas, y cuando una tarde embalsamada y melancólica logré atravesar el parterre, sentí un estremecimiento de dicha y una súbita emoción me hizo detener junto á un macizo de palmeras y ocultar el rostro bañado en lágrimas.

Largo rato estuve sin poder sofocar los sollozos. No supe entonces, ni sé ahora por qué lloré. Pero sin saber la causa, el llanto corría abundante por mis me-

jillas y estremecía mi cuerpo con una sensación inefable de alivio.

Lloraba al retorno de la movilidad... Lloraba mi histerismo traumático,—según me dijo el médico. Pero no. No me basta. Lloraba algo más que eso, y sentía desfallecer mi cuerpo en un abandono de ternura que estuvo á punto de dar conmigo en el suelo, en medio del blando y dulce ambiente de la tarde embalsamada y melancólica.

Pasada la crisis enderecé el cuerpo y proseguí la marcha en demanda de la escalinata que daba acceso á la sala general de heridos de tropa. Muy cerca de mí pasó el furgón amarillo y negro que á diario conducía los muertos del depósito ó del anfiteatro.

Subí la escalerilla del brazo de los enfermeros y fuí á lo largo de las dos hileras de camas de la sala buscando rostros de soldados conocidos.

Incorporados entre almohadas algunos; tendidos como cuerpos exánimes ó revolcándose entre sábanas á los sacudimientos del dolor otros. Todas las caras de los enfermos, de un amarillo de cera, contrastaban con los semblantes sanos de los enfermeros y sanitarios, que daban pociones á los heridos, acudían á sus llamamientos, ó formaban caprichosos grupos ayudando á vestir ó asistiendo en los primeros pasos á los convalecientes.

Sobre algunas camas vacías que acababan de re-

cogerse, la tablilla «fallecido» sustituía á la plancheta del número y daba al montón de jergones y almohadas recogidas en el testero un aspecto de sensación heladora, de humedad, de frío.

Fuí saludando y recibiendo las cariñosas felicitaciones de algunos de mis soldados Sobre una de las camas, el blanco lienzo de una sábana cubría las rigideces de un cuerpo que acababa de expirar. En la cama inmediata, un herido volvía los ojos con expresión de angustia infinita, y paseaba sin cesar la mirada por los pliegues de la sábana que denotaban la rigidez de los salientes del cuerpo lívido y helado.

Volví sobre mis pasos, después de reanimar con esperanzas de pronta cura á los soldados de mi compañía. Muy cerca de la puerta inundada por la luz mortecina del crepúsculo, y oreada por ráfagas balsámicas que ventilaban el pesado olor de iodoformo y gasa fénica, un enfermero se me acercó guiando á un soldado ciego que extendiendo anheloso los brazos en el vacío me llamó indistintamente:

—¡Mi capitán! ¡mi capitán!

Reparé en el infeliz y recordé que el día del asalto recibió un balazo de sien á sien que le dejó milagrosamente con vida, vaciándole los ojos...

Le así cariñosamente de un brazo y á mi voz le sentí estremecer y parpadear penosamente con el semblante compungido:

—Yo no veo, mi capitán: no veo, pero oigo su voz: está bueno ya. Sé que lleva V. muletas porque las oigo. Qué pena, mi capitán, no poder ver ya las caras conocidas de otras veces. ¿Curará V. bien?

—Sí, hijo, sí, que Dios te bendiga, ya volveré á verte... Y salí de allí con el corazón angustiado por el interés del pobre ciego.

A la mañana siguiente, se supo en el hospital la noticia de un nuevo y reñidísimo combate de la columna del Sungay.

Cuando llegó el médico á pasar la visita, me anunció que al día siguiente sería trasladado al convento de Padres jesuítas. Supe que las diversas comunidades se repartirían los convalecientes para dejar libres las habitaciones á las nuevas remesas de heridos.

Abandoné el hospital después de visitar muy de madrugada la sala general de oficiales, la de tropa, y de saludar á las hermanas.

Di un adiós de despedida á aquella cama mía y al cuartucho, y salí para tomar el coche que había de conducirme al convento. Bajé las escaleras solo, apoyado en los palitroques y sintiendo oscilar la pierna como un péndulo.

Cuando salía el vehículo de las puertas del hospital á las que di emocionado un cariñoso adiós, la campana de la puerta volteaba anunciando la presencia de las gabarras del río.

Con el caballo al paso y en una mañana esplén-

dida atravesó el coche la calzada de Arroceros y siguió á lo largo del río dejando á la derecha el puente de España, para entrar por una de las puertas de la ciudad murada. Entre bocanadas de viento parecían mis pulmones aspirar un algo dichoso que hacía hormiguear la sangre en mis venas y trajo á mi semblante un ligero ardor.

Me pareció que salía á otro mundo. Al mundo de los dichosos, y, complacido, veía discurrir la gente á derecha é izquierda lozana y ágil.

Un landó que llevaba un ramillete de lindas europeas pasó á la carrera por mi lado, y fué á perderse á lo lejos con el toldo de pintadas sombrillas y entre nubes de polvo que entrevelaban una desbordante espuma de blondas y encajes.

Aspiré con fuerza el olor á carne rosada y sana, y estremecido entré en la vetusta Manila, bajo el repiqueteo de campanas que á mí se me antojó risueño nuncio, invitador de albergue tranquilo y sosegado.





XXVI

Me alojaron en el convento en una buena celda cuyas ventanas abrían á una calleja.

De blanco armiño que respiraba pureza era el color dominante en el lecho que me destinaron, cuya estrechez extremada asociando de continuo al cuerpo y al espíritu la idea de la castidad y el celibato hacía imposible todo sueño pecaminoso en el angosto espacio del catre, que apenas si dejaba libres los brazos para que, apoyándose en los bordes de la cama, permitieran revolver el cuerpo.

Una mesa con devocionarios; sillas de baqueta, una perezosa á un lado y cuadritos de bíblicas y mi-

lagrosas leyendas, completaban el ajuar del cuarto que, exento de todo lujo, respiraba quietud bendita, recogimiento solemne y misteriosa unción.

Los buenos padres interesados por mi comodidad y mis deseos, acudían frecuentemente á interrogar mis gustos y sostenían animosas pláticas sobre la guerra, facilitándome de continuo cuantos periódicos y noticias venían á dar cuenta de las operaciones.

El severo reglamento de la comunidad daba al ocio de los padres y hermanos escasas horas; y en ellas acudíamos los convalecientes á la sala de visitas, inmediata á un vasto corredor asoleado que daba al mar y desde el cual se divisaban las costas de Cavite.

Con fervoroso interés, y ayudados por potentes anteojos terrestres que los religiosos hicieron llevar del observatorio, seguíanse á diario las operaciones de la columna del Sungay. Gozábase la comunidad con cada uno de los triunfos de nuestras armas; y con el ondear de las banderas después de nuestros asaltos sobre las torres de los pueblos enemigos, visibles á través de los potentes anteojos, llegaba al convento la noticia de cada triunfo casi á la par que á los centros oficiales.

Establecieron un hermano de guardia permanente para avisar las nuevas, y éstas interrumpían á toque de campana las pláticas religiosas, en ocasiones, apenas comenzadas.

Fuera de estas oportunidades ó del rato de solaz de las tardes, la comunidad desaparecía para acudir á las cátedras de los numerosos discípulos ó para encerrarse en las celdas abiertas en los anchos pasillos, pavimentados con maderas suntuosas. El palacio conventual alzábase en cuatro acodados cuerpos de edificio que rodeaban un patio destinado para gimnasio y solaz de los alumnos internos.

Alumnos, clases, bibliotecas, gabinetes y museos, ocupaban dos alas del convento y las otras dos quedaban para uso de los padres, entre cuyas celdas,—eligiendo las mejores,—se colocaron los enfermos.

No comíamos en el refectorio general. Servíannos dos hermanos en un cuarto asoleado que daba á la calle y hasta el cual subía de continuo el rumor mundano del exterior.

Vinos generosos y abundante y sazonada comida presentaban en la mesa, no exenta de distinción y adornada á diario con aromosos centros de flores.

Los buenos hermanos, con discreta distracción, pasaban inadvertidos por los retazos sueltos de nuestra conversación que á veces excedía del tono rosa, ó alternaban con calor en nuestras discusiones de la guerra, cuando dejando reposar el opoponax y la encarnación tibia de Eva, volvíamos al tema inacabable de la profesión y de la guerra.

El prior y los padres, al salir del refectorio, venían á mezclarse en nuestras conversaciones de so-

bremesa y á preguntar consecuentemente: «Cómo habían comido sus enfermos».

A la hora de los postres reinaba en el comedor la franca alegría de los cuerpos que, convalecientes, iban tomando vida en medio de la paz claustral.

La animación de los semblantes de los padres que respiraban salud y fuerza, parecía contagiarnos en medio del ambiente de recogimiento y paz que llenaba los pasillos y habitaciones del convento.

La noticia de la última heroicidad realizada en los asaltos diarios, era el tema obligado de la conversación final... A los padres les encantaban los héroes, y ellos también los tenían en sus huestes y á su vez nos señalaban los cuadros del comedor...

No eran del todo malas las pinturas. Un cuadro representaba un naufragio; la tripulación acababa de replegarse en las lanchas como última esperanza, y un padre de la Compañía desaparecía arrodillado en la cubierta, embestida por oleadas gigantescas, negándose á seguir á todos, para que sus últimas oraciones y sacrificio sirvieran de redención que salvase á los náufragos apiñados en los botes. Más allá, otro cuadro representaba el martirio de un padre vestido de fakir indio, entre tribus implacables y feroces. Acullá, preparábase un festín canibalesco y una tribu de negros disponíase á tostar vivo á un anciano, cuyos brazos, trabados por la espalda, dejaban á las manos libre espacio para poder llevar á

los labios un crucifijo, besado entre plegaria y plegaria... Se llamaban fray Domenech... fray Juan. No recuerdo bien los nombres, ni creo que la comunidad los conocía con certeza. Eran héroes anónimos, cuyo sacrificio ejemplar se enseñaba á todos y se repetía de unos á otros agrandado por la aureola de la innotoriedad. Murieron en un día, en una hora, no importa la fecha ni el momento, y en la obscuridad de su sacrificio iban á vivir en aquellos cuadros vida póstuma y gloriosa, llenando las paredes de aquel comedor asoleado, único cuarto de la casa al que llegaba distinto el rodar alegre y mundano de la vida exterior.

Recogíase la comunidad en las primeras horas de la noche y alzábase con las del alba entre alegre toque de maitines, al que seguía á poco el repiqueteo de la primer misa que iban á oir los religiosos en la iglesia inmediata, que comunicaba con el palacio conventual.

Fuí haciéndome en los días sucesivos á la quietud ambiente que calmaba el cuerpo y el espíritu, mejor que las dosis de bromuro.

Bajo chorros de sol, filtrados á través de las verdes persianas de mi cuarto, despertaba invariablemente entrado el día, entre alegre repiqueteo de campanas y oyendo el sonar plañidero y aflautado de los órganos de la iglesia, que iban á estremecer mis carnes con efluvios de vida reposada y lozana.

Avanzaba la cicatrización de mi herida. El buen doctor no nos abandonó ni un solo día, y cada vez acentuábase más en su pálido semblante el color aceitunado de las ojeras *pisadas* por el cansancio y la fatiga.

A lo largo de los pasillos, y haciendo prodigios con las muletas, discurría con el resto de mis compañeros ó iba á distraerme en la sala de visitas mirando la dilatada extensión del mar ó el frondoso bosque de la lejana costa enemiga.

Cruzaban los padres silenciosos á lo largo de los pasillos, llevando recogidas entre las manos las cuentes de rosario y un libro de oraciones é iban á desaparecer con sus hábitos negros, después de saludarnos con inclinaciones de cabeza, sobre los boquetes del muro en que se abrían las celdas.

Una mañana se alteraron las costumbres del convento por todo el día. Fué aquel en que las operaciones marcaban la toma de Imus.

Imus era para todos la llave de la insurrección, y tales defensas tenía desde largo tiempo acumuladas el enemigo y tales esperanzas, que, de arrollarlas, podía darse por concluída la guerra. Desde muy temprano nos instalamos en la sala de visitas, alternando en mirar por los anteojos que enfilaban la cúpula y la torre del pueblo enemigo.

El bosque cubría la casa del poblado y extendíase como un mar, ocultando la marcha de la colum-

na. A media mañana, una nubecilla de humo que avanzaba por encima de la copa de los árboles y que nosotros conocíamos como indicadora del fuego, por los asaltos anteriores, fué á estacionarse por las inmediaciones del pueblo. No avanzó resuelta la nubecilla como otras veces. Se mantuvo estancada, é irritando nuestra impaciencia durante muchas horas de observación, nos cogió á todos el toque de campana del medio día.

Lanchas de vapor cruzaban sin cesar por la tersa superficie del mar, llevando y comunicando órdenes á la escuadra que, anclada en las costas de Cavite, rompía el fuego sobre los pueblos enemigos inmediatos á la costa.

Durante la comida, no hablamos de otra cosa que del resultado del combate.

La incertidumbre, siempre temerosa, exageraba las defensas insuperables del enemigo. Y el temor á un descalabro, después de la rápida serie de triunfos, se pintó en todos los semblantes é hizo al final exclamar á los animosos padres: «Es raro que el humo no avance como otras veces».

Volvimos á las ventanas que nos servían de observatorio, y la aprensión barrió la esperanza y nos hizo creer que el círculo de humo se alejaba cada vez más del circuito del pueblo. Pasó la tarde y en medio de la transparencia del ambiente veíamos claro, con ansiedad anhelosa, cerrar ó distanciarse la

columna de humo. Por fin cesó el flujo y reflujo, y empezó á alejarse como barrida por el viento, primero un trecho, luego otro, hasta desaparecer á lo lejos en los confines del bosque. Pasó por todos los espíritus marcado desaliento, y los atónitos ojos, mirando desmesuradamente abiertos la lejanía, no podían hallar pretexto para engañar la realidad. Se iba, se iba el humo. Era indudable que retrocedían. ¿Y á qué costa? ¿qué horrible desastre arrollaba nuestras fuerzas como barridas por un viento de tempestad? No había esperanza. Se dejaron los anteojos que inmóviles enfilaban silenciosos la torre de Imus, próxima á quedar arrebujada en las sombras de la tarde, que para todos empezaba á trasponerse en medio de un silencio trágico.

El hermano de guardia movió el anteojo y contestó á nuestras miradas con signos negativos: «El humo se alejaba».

Una de las veces limpió el retículo con la sotana y gritó alborozado: «¡La bandera, la bandera!»

Fué la conmoción tan violenta para todos, que nos precipitamos á los anteojos y, á la aseveración del segundo observador, estalló una unánime salva de aplausos. ¡España! ¡España! Era verdad. En lo alto de la torre tremolaba gallarda al viento la bandera de la patria roja y gualda. Roja con la sangre vertida por sus hijos para salvarla, amarilla con la amarillez oriflama de la gloria. Permanecí largo

rato pegado al catalejo, cuyo cristal acababa de empañarse al vaho lacrimoso del entusiasmo. Al fin era nuestro el triunfo y la enseña gloriosa, apuntando á Occidente sacudida por una fuerte brisa, que aventó poco antes las nubes de humo, vibraba trémula al espacio salpicada de sangre y oro.

Coincidiendo con la realidad y nuestra alegría, lanzáronse inopinadamente al vuelo todas las campanas de las parroquias. La noticia habíase comunicado por igual á todos; y á poco rasgaron el espacio estallidos de cohetes y bengalas, rompiendo el silencio trágico del día que, á su vez, nos pareció verle acostar risueño entre sombras, allá lejos, en la vasta superficie del mar.

En las primeras horas de la noche vinieron emisarios á comunicar nuevas al convento. Manila se engalanaba con colgaduras. Cohetes y bengalas chorreaban fuego en el espacio, y las músicas tenían orden de recorrer los arrabales céntricos para animar y hacer general el regocijo.

Habíamos vencido la llave de la insurrección, pero entre raudales de sangre. Las primeras noticias hacían ascender de nuevecientos á mil el número de nuestras bajas.

Cerró la noche por completo. Después de cenar y tras animados brindis de sobremesa, me retiré á mis habitaciones, rendido por las emociones del día que hacían hormiguear las cicatrices de mi herida.

A través de la entreabierta ventana llegaban el alegre voltear de las campanas y los estallidos de tracas y cohetes, mezclados en lejanas ráfagas de músicas y gritos. Un «¡viva España!» trémulo, débil y rumoroso, á semejanza del que oí en el viaje á lo largo de las aguas, llegó á mis oídos. Recordé la bandera plegada en el Alfonso XIII con exangües palpitaciones de moribundo; henchida luego en la popa de los barcos, la tarde de la primera concentración de tropas á lo largo del Pasig; y por fin, erguida y flamante en el anochecer de aquel día para nosotros de ansiedad y de zozobra.

¡España! ¡España! Sólo la imbecilidad egoísta que no entiende el sacrificio, puede desconocer el entusiasmo y la melancolía que á mi mente llevó en aquella noche el apagado grito venido de la lejanía.

Reconté la lista de los sacrificados y mi imaginación se transportó á las pilas de muertos que, en aquella noche, dormirían el sueño eterno bajo el fulgor de aquellas mismas estrellas que yo miraba brillar por entre las persianas de mi cuarto. ¡España! ¡España!: recordé el alerta del cordón de centinelas que á la derecha del río aguardarían el paso de las gabarras atestadas de heridos. Volvió á mi imaginación el recuerdo de tanto infortunio como atestaría las salas del hospital. Creí percibir el estertor de los moribundos oído durante tantas noches; el arrastrar del furgón de muertos; el paseo lento del Viático, las

quejas dolorosas de los amputados y el descuartizar de miembros que palpitando llevaríanse á enterrar en las orillas del río.

Más distintos y vecinos llegaron hasta mí los acordes de música y los vivas de entusiasmo: «¡España! ¡España» la muchedumbre coreaba junto al gobierno general. ¡Ah! benditos mil veces los penosos sacrificios por la patria. La madre besaría bienhechora y calmaría con gratitud las torturas de sus hijos. Para algo había sido el esfuerzo. Y el esfuerzo había conseguido que tremolara en la torre de Imus el escudo noble, y blasonado de todos. Volví á verle, como en la tarde, tremolar sacudido por la brisa; apuntando á Occidente; al camino de la tierra bendita. Y pensé que en aquel paño mandaban los hijos á la madre un beso empapado á flor de labio en la sangre bendita del sacrificio.





XXVII

Vencida la resistencia en Imus, se forzó el paso del Zapote, y combinadas las fuerzas de una y otra orilla, fueron apoderándose de Bacoor, Noveleta, Cavite, y siguió el avance empujando al batido enemigo sobre la costa y la cordillera del Sungay.

En los días que tardaron las fuerzas para desarrollar su plan, servíanos á maravilla el observatorio improvisado en la sala de visitas del convento. De día en día denotaba el avance de la columna, la marcha y progreso de nuestra acción ofensiva.

Al final de cada jornada, el pabellón español ondeaba glorioso en la torre del pueblo conquistado.

A cada conquista la población se engalanaba festejando el suceso con músicas y cohetes. Hasta la austeridad del convento pareció llegar el regocijo y

en los risueños semblantes de los padres y en las frecuentes visitas á la sala-observatorio, creí ver romperse la severidad solemne que llenaba los pasillos en los primeros días. Una alegría discreta y mundana venía de la calle y alborozaba á todos con las frecuentes visitas de los mensajeros diarios de sucesos.

En el comedor abundaron profusas las flores, y desde aquel día, á iniciativa nuestra no faltó un ramito para colgar al pie de los cuadros que representaban el más sublime de los heroísmos: ¡Aquel que con el sacrificio y la vida entierra la notoriedad!

El aroma de las flores embalsamaba en el alegre comedor la vida póstuma de aquellos santos, nacidos para acabar en el martirio, hartos de cosechar espinas. El padre náufrago; el misionero vestido de fakir; el venerable anciano atenazado en el fuego: todos vivían en aquellas pinturas y todos recibían el balsámico agasajo, tributo de nuestra admiración despertada por otro heroísmo análogo, por el de aquellos que á diario sucumbían allá abajo entre raudales de sangre para alzar en las torres un símbolo, una enseña: la más grande después de la sacrosanta de la Cruz.

Un día llegó al convento la noticia de que acababan de suspenderse las operaciones, porque el general en jefe iba á regresar á la Península en el primer correo.

La noticia fué cierta; desde entonces se paraliza-

ron los trabajos de avance, y se supo que era un hecho el regreso del general.

Por consejo del doctor, yo debía regresar en aquel correo, porque la curación completa de mi herida sería larga y exigía el uso de aguas termales. Me autorizó el médico para salir á la calle. Y desde la tarde de la autorización procedí á activar los preparativos del viaje.

Quise dar antes un adiós á los alrededores de Manila, en las tardes que me dejaban libre las ocupaciones preparatorias de marcha. Volví solo á reco rrer en coche las aromáticas calzadas orilladas por chalets y verjeles encantadores. Bajé al hospital emocionado un mediodía, crucé todas las salas donde el dolor y la interminable vigilia de días y noches revolvía desasosegados los cuerpos. Volví á mi antiguo cuartucho amparador de renovadas desdichas. Observé que dormía sudoroso y jadeante el nuevo enfermo y me retiré sin hacer ruido, viendo los nudos rojizos de las maderas de la ventana que, al igual que á mí, miraban al dormido herido como pupilas implacables y sangrientas que, sin pestañear, lloraban lagrimones de resina.

Al anochecer volvía invariablemente á lo largo del Malecón, y siguiendo en turno la hilera de los coches entraba en el paseo y veía pasar los semblantes animosos de la excesiva concurrencia de uno á otro extremo del macizo central, entretanto

que en el kiosco la música tocaba alegres sonatas. Destacábanse en el puerto como estrellas de colosal magnitud los farolillos de los barcos. Allí estaba el «León XIII» que nos había de conducir, y entre las densas sombras apenas si se dibujaba como enorme y confusa masa un escorzo del transatlántico.

Ni una hoguera alumbraba como otras veces las costas de Cavite, y dando la vuelta al paseo, sobre la plazoleta donde se habían efectuado los fusilamientos, pesaba un silencio de contrición indescifrable y misterioso.

Vuelto al convento, de noche nos reuníamos en torno de la mesa y, complacidos los hermanos con nuestro apetito y buen humor, esforzábanse con alegres ojos por aparecer severos cuando la conversación abusaba del opoponax y de la tibia y rosada carne de Eva.





XVIII

Muy temprano oí una mañana misa en el templo, y me despedí de los buenos padres, del infatigable doctor y de los compañeros del convento.

Reía el sol en la fachada del palacio y en las ventanas de mi cuarto, cuando me volví desde la calle á decir adiós á aquellas vetustas paredes que me despedían vibrando con la salmodia aflautada y melodiosa que entonaban las voces del órgano dentro de la iglesia. Sentí enternecida gratitud al recuerdo de aquella voz familiar y conocida que, en mis mañanas de convaleciente, soplaba en mis oídos inefables y despertadoras caricias.

Sobre la cubierta del «León XIII», que enfilaba su proa á la salida, fuí á tenderme en una silla de mimbres y desde ella contemplé por una banda el arribo de generales, plana mayor y soldados enfermos y heridos que iban á componer la totalidad del pasaje.

Recordé mi regreso de Cuba. En aquel viaje también llevábamos un rosario de infortunados moribundos. ¡Dios sabe las cuentas y sartas que dejaríamos en el camino!

A media tarde zarpó el buque. Eché un vistazo último á Manila. ¡Cuántos sucesos en poco más de medio año!

La población amurallada daba al espacio las torres y las cúpulas de las iglesias. Más á la izquierda, el fulgor de la techumbre de zinc del hospital hirió mi vista, y el resplandor de fuego de su techo me pareció reflejo del infortunio que en aquellas horas abrasaría á los cuerpos ensangrentados de los heridos. Más lejos y á la derecha, las blancas tapias del cementerio de Paco trajeron á mi memoria el recuerdo de mi buen amigo Argüelles, dormido en el fondo de un nicho, frente por frente á la ruta de correos de la patria que nunca tuvo esperanza de volver á pisar.

Atravesaba el barco la bahía y á la vista de los lugares conocidos se evocaban los sucesos. Ya no era perceptible Manila. Ahora dejábamos á nuestra

derecha la ensenada de la Pampanga. Recordé la casita del señor N... su enfermedad, sus presagios, y se me aparecieron las figuras llorosas y enlutadas de las huérfanas. ¿Qué habría sido de ellas?

La cordillera de Bataán surgió á mi vista. Recordé mis primeras jornadas á lo largo y á través de aquella sierra abrupta.

Cuando anochecido doblamos la punta de Mariveles dejando á la izquierda la isla del Corregidor, me incorporé para dar un adiós á la la playa occidental que se dilataba hasta perderse de vista. Bagac, Morón eran puntos apenas perceptibles á los sentidos, pero el recuerdo los descubre claros en la imaginación. Acudió á mi pensamiento la visión del madero, empotrado en las arenas y besado por las olas, que guardaba los cuerpos de los soldados muertos de mi compañía. Náufragos de la vida, todos, protector y protegidos, dormían en apretado haz el sueño eterno y recibían con las intermitencias de la marea el beso consecuente é inolvidable de las piadosas aguas.

Como en Cuba, todo el Archipiélago lo salpicaban tumbas que tampoco tenían en la patria un monumento de recuerdo. El olvido de las víctimas gloriosas que encerraban Joló, Mindanao y todo el Archipiélago desde su conquista, pesaría por igual sobre los sacrificados en la presente campaña.

El viento y las aguas besarían en adelante las

tumbas removidas en la tierra de los bosques y en las arenas de las playas.

Quedó esfumada la costa. Entrábamos en pleno mar de la China, y el «León XIII» cruzaba soberbio el mar ligeramente ondulado y hendía entre espumas las olas indolentes y desidiosas.





XXIX

Toda la navegación fué para mí triste y penosa. Imposibilitado de bajar, sin riesgo, á los puntos de escala, distraje mi soledad con los recuerdos en las largas paradas que el barco hizo en los puertos para proveerse de carbón.

Las tres últimas semanas de navegación las hice sumergiendo alternativamente mis miradas de tristeza en el mar y el espacio. Durante tres noches vino á mortificarme un mismo sueño que acabó por atormentar mi imaginación durante el día.

Soñé la primera vez, después de asistir una noche

á la triste ceremonia de lanzar al agua á un pobre empleado que había muerto devorado por las fiebres y la anemia contraídas en el país, tras largos años de trabajos.

Entre sueños veía á mi amigo Argüelles y al Sr. N... que por igual me mostraban la realidad de sus profecías, que yo motejé de pesimismos.

Todos los esfuerzos habían sido inútiles y estéril toda la sangre vertida. La metrópoli se engañó á sí misma; apagó los resplandores de la guerra aparentemente y por desidia dejó un rescoldo, que soplado por extraños vientos, propagó el incendio á todas las islas. Ya no era nuestro el Archipiélago. La nación, viendo vecina la catástrofe, abandonó su soberanía y con un «sálvese quien pueda» abandonó á sus hijos.

Pocos habían logrado escapar y la mayoría, olvidados de la nación, arrastraban en poder de los indios una vida miserable, de esclavitud cambiada, á diario, en muchos por la muerte. Veía entre sueños la casita del Sr. N... reducida á cenizas. El pobre viejo medio moribundo sentábase entre los calcinados leños... Sus hijas... ¡Oh! sus hijas se las llevaron las partidas y no había vuelto á saber de ellas. En alas del sueño recorría todos los lugares por mí frecuentados... Era otro país para mí, otra tierra sobre la que restos de un ejército harapiento, abandonado y vencido trabajaban sin descanso, sometidos

al palo del vencedor que les exigía reconstituir las ruinas. Sobre las torres, donde otras veces se alzó ufana y gloriosa la bandera patria, flotaba al aire la del Katipunan, izada entre lágrimas y golpes por aquellos mismos temblorosos cuerpos de esqueleto que un día, por alzar la enseña de España, dieran gustosos al pie de aquellas mismas torres la sangre de sus venas. Sobre las abiertas cicatrices marcábanse los cardenales de los golpes con que los verdugos sacudían la extenuación ó la resistencia de aquellos pelotones astrosos en que se mezclaban por igual jefes, oficiales y soldados... No había redención posible ni esperanza. La crueldad de los verdugos aumentaba al saber el abandono en que la nación dejaba á aquellos infelices. Cuando su patria los abandonaba, ¡sabe Dios en qué forma los había reclutado! ¡Abajo aquella horda! A exterminar aquellos montones de carne abandonados por los suyos...

Invariablemente me despertaba del sueño una aguda indignación. ¡España! ¡España! recordaba el grito entusiasta de las tropas, volviendo del combate á orear las pilas de los muertos y las sienes ardorosas de los heridos. No era posible. Pero á fuerza de soñar durante tres noches consecutivas, despierto, tuvo para mí la horrible historia fuerza y fijeza de presagio. No, no era posible. Pasaban por mi imaginación los esfuerzos hechos por España para

conquistar al cabo de cuatro siglos el Archipiélago. Recordaba todas las expediciones: la de Magallanes, la segunda de Loaisa, la de Saavedra dispuesta para salvar el puñado de españoles supervivientes de la anterior expedición, que en un fortín de la costa defendían heroicamente sus vidas. Seguía á éstas la expedición de Villalobos, después la de Legazpi hasta la dominación, y tal esfuerzo ponía España en la conquista y de tal manera se reclutaban hombres y dineros para ir á salvar á los hermanos perdidos en los viajes, que las expediciones llegaron á tener carácter de cruzada. No empujaba sólo la codicia, el medro ni el negocio: la noble idea de rescatar á hermanos cautivos abanderaba á aquellas tropas de expedicionarios, que, á poder aunar los medios con el deseo, hubieran reclutado soldados de las más ínfimas aldeas y villorrios de la península.

No, no era posible. Y en mis ratos de tristeza, revolviéndome contra el asedio del sueño, iba á sumergir mi mirada angustiada en el piélago insondable de las aguas ó en el azul diáfano del clemente cielo.

No, no era posible. Bastaba con el abandono de los muertos de Cuba dormidos en el fondo de las ciénagas, en la orilla de los caminos, en la vera de los bosques, con los que recientemente abandonábamos en aquellas costas del Archipiélago, y con

los que al final de la campaña sembraríamos en el mar como sarta de rosario que uniese la metrópoli con la colonia de Oriente.

¿Abandonar los vivos? Jamás, jamás. El país legendario de las cruzadas, el que dió siglo tras siglo sangre para rescatar cautivos, ¿qué esfuerzo colosal no haría para rescatar hermanos?

La lógica y la razón borraban los deliquios del sueño y en los últimos días del viaje próximo á las costas de España, aspirando lejanas brisas saturadas en el regazo aromoso de la tierra, pensé en los felices resultados de la campaña Iba esperanzado en el próximo triunfo, y decidido á sacudir sueños y delirios de enfermo, así mis muletas y una tarde, á la vista de Cerdeña, haciendo equilibrios y pinitos me lancé... por primera vez, á pasear sobre cubierta.





XXX

Consummatum est

Ha transcurrido, para mí, el tiempo, ora breve ó largo, desde la fecha aquella en que açaecieron los sucesos y ésta en que los transcribo.

La catástrofe entrevista á través de las brumas de mis ensueños, vino al cabo. Desde la casita de campo enclavada en la gradería de montañas de los alrededores de Barcelona, pergeño los recuerdos y van al papel requemados tal vez por la hoguera candente de la indignación y el entusiasmo.

Asomado á la blanca azotea de mi casa, completamente curado y restablecido de mis heridas, no hay una sola tarde que, al contemplar la vasta extensión de Barcelona tendida á mis pies y al llevar luego la vista al puerto erizado de mástiles y á la dilatada extensión del mar que cierra el horizonte, no piense en la tarde feliz de mi salida para

el Archipiélago magallánico y en aquella otra venturosa también de mi arribo.

Ha transcurrido para mí el tiempo, alternativamente breve ó largo, pero en la larga sucesión de días jamás faltó en mi pensamiento uno solo que no dedicara á la memoria de los compañeros que, á través de aquel mismo puerto que descubren mis ojos, por la tarde, salieron ufanos y gozosos á defender los derechos de una madre que tuvo la avilantez de vivir después de abandonarles.

Allá abajo, quedaron unos; acullá, otros; en las Indias orientales y en las occidentales; ya no era un mar: dos mares, el de Oriente y Occidente, guardaban en las profundidades de su albergue misericordioso, como sartas de un rosario, la cuenta de los muertos.

¡España! ¡España!:

El grito placentero que al retorno de Cuba reanima a los moribundos; el grito que en el Océano Índico hizo restallar las arterias de entusiasmo; el grito que al retorno del combate, en boca de los soldados enardecidos, iba á besar la pila ensangrentada de los muertos y las sienes ardorosas de los heridos:

¡España! ¡España!

El grito mental de los moribundos: al pie de los parapetos; á lo largo de las ciénagas; en el fondo de los bosques; en la sentina de los buques:

¡España! ¡España!

El grito que calmaba los infortunios del hospital; los de la sed; los del hambre; los de la *justicia.* El grito aquel, para mí, un día, delirante, un día heroico, ahora acude á mis oídos con una melancolía infinita, con un dejo de amargura y de tristeza... ¡España!... ¡España!...

Aun es tiempo. Algo le queda que hacer al país. Lo consigno en un trabajo que copio, y que condenso en esta frase:

¡GLORIA A LOS MUERTOS!

«Toda la prensa extranjera se hizo eco de la hermosa ceremonia que en el campo de Saint-Privat presidió el emperador Guillermo, al inaugurar la estatua gloriosa y conmemorativa del primer regimiento de la Guardia.

»Conmovedora y elocuente fué la fiesta, y no desmereció un punto de ella el discurso de Guillermo II.

»Sobre el mismo polvo que bebió la sangre de los pasados camaradas del regimiento, el primero de la Guardia alcanzó el honor de desfilar en cabeza; y entre los *¡hurras!* de las tropas y el estruendo de los ciento once disparos de las baterías, las gloriosas banderas del 70 y 71, al desfilar por delante de la estatua que representa al arcángel San Miguel, bajaron las moharras hasta besar el suelo. ¡Suelo que hizo sacrosanto la sangre bendita del heroísmo!

»Digno tributo y glorioso homenaje rendido á los muertos, sin distinción de amigos ó enemigos. El emperador acababa de decirlo en el final de su soberbio discurso:

»...Yo quiero que esta estatua, dedicada al regimiento-escuela de los Hohenzollern, alcance una significación general. Sobre esta tierra empapada en sangre se alza este bronce para conmemorar la muerte de todos

los bravos que sucumbieron en el combate, así soldados franceses como nuestros. La muerte cubre por igual de gloria al vencedor y al vencido. Y cuando nuestras banderas se inclinen y saluden desplegadas al bronce conmemorativo, flotando melancólicamente sobre las tumbas de nuestros antepasados gloriosos, saludarán y se inclinarán también ante las de nuestros adversarios, porque este homenaje se rinde por igual á todos los bravos que sucumbieron en la lucha».

. . . .

»¡Hermoso discurso! Conmovedora ceremonia que hizo subir la emoción á los semblantes y que secó bruscamente una atronadora ráfaga de disparos de cañón que apagaron por un momento los viriles y potentes *¡hurras!* de las tropas.

»Leyendo este relato ha venido forzosamente á mi imaginación el recuerdo de nuestras recientes desdichas, y como era lógico, con ellas ha salido eslabonada la larga sarta de todo el siglo.

»Nuestros desastres van pasando á la Historia; los muertos al olvido. Y como si la muerte no ciñera de laurel las sienes de los muertos en el campo de batalla, vencedores ó vencidos, así nosotros, al querer correr un velo sobre los desastres, tan tupido lo forja el egoísmo, que con él cubrimos la memoria de aquellos hermanos que, en aras del deber ó del entusiasmo, é irresponsables de la mala dirección ó desdichadas condiciones del combate, pagaron en el campo de batalla el más sublime tributo que paga el hombre.

»No hay, desde la campaña de Santo Domingo hasta el presente, un solo monumento que conmemore en España el sacrificio de los que sucumbieron en nuestras guerras civiles ó coloniales.

»Sucederá igual al presente.

»Los gobiernos que alardean de programas regeneradores, no consignan en los suyos la labor de glorificar en lo sucesivo la memoria de los soldados muertos. No merece entre nosotros un instante de atención esta

labor, con tanto ahinco emprendida por el jefe de otros Estados.

»Francia conmemora en monumentos cada una de sus derrotas; y allí donde no alcanza el laurel, sirve el crespón de tributo y de recuerdo.

»Volveremos en España al olvido. A lo largo de las ciénagas, en el fondo de los bosques, á la vera de los caminos, dormirán eternamente los restos de los que sucumbieron al combate; y de ellos no habrá en esta nación otro recuerdo, ni se les rendirá otro tributo que el que la piedad familiar rinde aisladamente, no al soldado, al sér querido.

»Si hemos de empezar la regeneración, démosla principio glorificando á los muertos y erigiendo un simple túmulo de perpetua memoria.

»Acuda en la nación la piedad á enmendar el olvido de un gobierno; que acometa alguien esta obra pía organizando una suscripción. Y si la rudeza de los recientes golpes tiene adormecida á la sensibilidad nacional, emprenda el ejército solo esta tarea, porque sobrados medios tiene, y encabece esta suscripción, dejando un día de haber de todas las cruces pensionadas, para con él poder glorificar la memoria de los que, perdiendo con la vida todo derecho á recompensa, sólo pueden lograr, como única y justa, vivir perpetuamente en el recuerdo de los vivos».

Cumpla cada cual con su deber en esta tarea de arrepentimiento y enmienda...

Yo he cumplido con el mío y hágole cumplir á mis hijos. A falta de monumento donde rezar y rendir tributo, hoy, mañana y siempre, por tradición,—si alcanzo á transmitir la tradición á los nietos,—reza mi prole al pie de un crucifijo de redención, orlado

con un jirón de bandera de la patria... Rezan por los «manes» de los gloriosos muertos: por mi hermano, por mis compañeros, por mis soldados... por España, al fin... Y el grito que una tarde enardeció á mis soldados y erizó la raíz de mis cabellos al dar sepultura bajo un sendero á los primeros muertos, en aquella lejana y sacrosanta playa, electriza á mis pequeños y les hace prorrumpir al pie de su Cristo, de su Rey y su Bandera, en el primer nombre que aprendieron á balbucear:

—¡España! ¡España!

Barcelona, Septiembre de 1900.



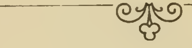
DEL MISMO AUTOR

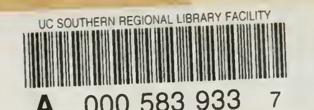
¡LA GUERRA!

CUBA

(DIARIO DE UN TESTIGO)

Un tomo de más de 200 páginas, ilustrado con profusión de hermosos grabados.






Univers
Sout
Lib